REVISTA Berit INTERNACIONAL

INSTITUTO DE LA FAMILIA · UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS

AÑO XIX / Nº 23 / 2025

UST
UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS

Instituto de la Familia
BERIT

REVISTA BERIT INTERNACIONAL
Instituto Berit de la Familia, Universidad Santo Tomás
AÑO XIX , Nº 23 (DICIEMBRE DE 2025)

CONSEJO DIRECTIVO INTERNACIONAL

Lydia Jiménez González
Directora General Instituto Secular Cruzadas de Santa María

P. Abelardo Lobato, O.P.†
Presidente de la Sociedad Internacional Tomás de Aquino

P. Aníbal Fosbery O.P. †
Presidente y Fundador de FASTA

P. Horacio Bojorge S.I.
Presidente S.I.T.A en Uruguay

Mariano R. Brito †
Rector de la Universidad de Montevideo

José Tomás Raga
Ex-Rector de la Universidad San Pablo CEU

Eduardo Soto Kloss
Ex-Decano de Derecho Universidad Santo Tomás

Fernando Moreno Valencia †
Ex Director del Instituto de Filosofía Universidad Gabriela Mistral

DIRECCIÓN DE LA REVISTA

Directora

María Montserrat Martín Martín

Comité Editorial

Ps. Marcela Ferrer

Dr. Mauricio Besio Rollero

Dr. Aníbal Vial Echeverría

Dr. Mauricio Echeverría Gálvez

REPRESENTANTE LEGAL

Sebastián Rodríguez Rivera
Se autoriza la reproducción de los artículos de la Revista citando la fuente de origen
Av. Ejército 146
Santiago – Chile
Teléfonos: 56 2 2 362 4948 - 56 2 2 471 7663
revistaberit@santotomas.cl
Revista BERIT Internacional
Universidad Santo Tomás
Santiago de Chile
ISSN

ÍNDICE

Editorial 7

ESTUDIOS

Los padres como primeros evangelizadores y catequistas
Mons. Michael Miller 11

Lo que la paternidad y la maternidad aportan a los hijos
Dr. Aquilino Polaino-Lorente 31

Apuntes para una filosofía de la infancia
Dr. Tomás Melendo 65

Lo auténtico femenino y la cultura de la vida
Profª. Dalia Santa Cruz Vera 87

La pastoral familiar y la paternidad responsable
Pbro. Álvaro Toro Escobar 103

EDITORIAL

Es mucho lo que debemos a nuestros padres. A su colaboración en la obra creadora de Dios debemos, en primer lugar nuestra existencia. Además, casi siempre es de ellos de quienes recibimos los primeros cuidados necesarios para seguir viviendo y la inicial formación humana y espiritual. Ser padres no significa solamente criar y satisfacer las necesidades de los hijos. Los padres además nos otorgan el amor y apoyo incondicionales en nuestro desarrollo como personas.

En el capítulo séptimo de la exhortación apostólica Amoris Laetitia, el papa Francisco destaca que los padres siempre influyen en el desarrollo moral de sus hijos para bien o para mal. Esta tarea de la formación ética de los hijos por parte de los padres es fundamental y compleja, además de inevitable, por ello es importante para los padres tomar conciencia de esta función, aceptarla y desarrollarla del modo más adecuado.

Entre las condiciones necesarias para desarrollar esta tarea, en la exhortación se destacan dos: saber dónde están los hijos y generar un vínculo de confianza con los hijos.

Saber dónde están los hijos

Los padres necesitan plantearse a qué están dispuestos a exponer a sus hijos y preguntarse a qué están expuestos sus hijos realmente. Es importante que conozcan quiénes se ocupan de la diversión de sus hijos, de sus tiempos de ocio, quienes entran en su vida a través de las pantallas. Este conocimiento requiere tiempo real para conversar con sencillez y cariño con los hijos y a la vez exige creatividad para realizar propuestas sanas para que los niños ocupen su tiempo y con ello evitar la nociva invasión de terceros.

Este saber dónde están los hijos implica una vigilancia atenta, situada en el punto medio entre el abandono y el control obsesivo.

La madurez personal no se da espontáneamente como si estuviera inscrita en el código genético. La prudencia, sensatez y buen juicio dependen de varios elementos que se van asimilando en el interior de la persona, en el centro de su libertad. Es tarea de los padres, orientar, guiar a los hijos, prevenirlos frente

a los posibles riesgos; promover en ellos un adecuado y responsable uso de la libertad.

Saber dónde está el hijo no es saber en todo momento dónde está físicamente invadiendo su espacio. No se trata de controlar todos los movimientos del hijo sino de generar en él procesos de maduración de su libertad, de capacitación, de cultivo de la auténtica autonomía, de crecimiento integral. Para ello es preciso conocer dónde está el hijo existencialmente, conocer cuáles son sus convicciones, objetivos, deseos y proyecto de vida.

La confianza

Es el segundo elemento para tener en cuenta en el desempeño adecuado de esta tarea tan importante del desarrollo moral de los hijos.

“El desarrollo afectivo y ético de una persona requiere de una experiencia fundamental: creer que los propios padres son dignos de confianza.”

Esta confianza se genera a través del testimonio y del afecto. La coherencia de vida en el bien de los padres es fundamental para ser creíbles ante los hijos. Esto no implica que los padres sean impecables en su conducta, que no cometan errores, pero sí es importante que los hijos puedan ser testigos del reconocimiento de estos errores y el esfuerzo de los padres por enmendarlos y superarlos.

En cuanto al afecto, si los hijos se sienten abandonados afectivamente por sus padres, esta percepción generará en ellos profundas heridas que dificultarán su madurez personal. Es importante que el hijo se sienta valioso antes sus padres, aunque sea imperfecto, que perciba una sincera preocupación por él que, unas veces se manifestará a través de una muestra de cariño o recompensa por una buena acción y en otras, este sincero interés por el hijo reclamará de los padres una corrección ante una mala acción que ayude al hijo a reconocer su fragilidad, las consecuencias de sus acciones y deje abierto el camino para la enmienda y superación.

Una misión y tarea importante, ardua, aunque muy gratificante, la de ser padres. En este nuevo número de la Revista hemos querido aportar un granito de arena que apoye a quienes son padres y a todos aquellos que les ayudan, a través de la recopilación de varios artículos ya publicados en anteriores ediciones que reflexionan en los diferentes aspectos de la paternidad y maternidad.

ESTUDIOS



LOS PADRES COMO PRIMEROS EVANGELIZADORES Y CATEQUISTAS[1]

Michael Miller, CSB

Arzobispo de Vancouver

Introducción

El tema de este artículo versa sobre la maravillosa misión de los padres como los principales educadores en la fe de sus hijos.

En primer lugar, mencionaré algunos desafíos que enfrentan los padres al hacerse cargo de esta responsabilidad, posteriormente trataré algunas especificidades sobre su ser los primeros evangelizadores y catequistas de sus hijos. A continuación, haré alusión a los espacios en los cuales esta formación puede darse y terminaré entregando 10 sugerencias sobre la transmisión de la fe a las nuevas generaciones.

I Desafíos que enfrentan los padres como educadores

Comencemos nuestro artículo citando el Concilio Vaticano II, donde los Padres reafirmaron la enseñanza tradicional católica que señala: "puesto que los padres han dado la vida a los hijos, están gravemente obligados a la educación de la prole y, por tanto, ellos son los primeros y principales educadores."[2] O, en palabras más recientes del Papa Francisco, "En efecto, los padres siguen siendo los primeros y principales educadores de sus hijos, por tanto, tienen el derecho de educarlos en conformidad con sus convicciones morales y religiosas."[3] Este

1 Conferencia presentada en el VIII Encuentro Mundial de Familias Filadelfia 23 de septiembre de 2015 y publicada en Revista Berit Internacional n°16, diciembre 2016.

2 Concilio Vaticano II, Gravissimum Educationis, 3; cf. San Juan Pablo II, Familiaris Consortio, 36: La tarea de educar a los hijos "tiene sus raíces en la vocación primordial de los esposos a participar en la obra creadora de Dios; ellos, engendrando en el amor y por amor una nueva persona, que tiene en sí la vocación al crecimiento y al desarrollo, asumen por eso mismo la obligación de ayudarla eficazmente a vivir una vida plenamente humana."

3 Francisco, Discurso a los participantes en la Asamblea Plenaria del Consejo de Conferencias Episcopales de Europa. (3 de octubre de 2014).

deber no puede ser usurpado por otros o delegado a otros sin su permiso.[4] Todo lo planteado hasta aquí es doctrina católica conocida, pero es importante recordarla ya que es el fundamento de toda nuestra discusión.

La misión de educadores de la pareja recibe "la dignidad y la llamada a ser un verdadero y propio «ministerio» de la Iglesia al servicio de la edificación de sus miembros."[5] del Sacramento del Matrimonio. Cuando llevan a cabo este ministerio particular, los padres están participando en la tarea profética de enseñar la verdad divina que pertenece a Cristo y a la Iglesia,[6]sobre ello nos habló elocuentemente Monseñor Robert Barron en el discurso de apertura del VIII Encuentro Mundial de las Familias.

San Agustín escribió hace 600 años que "los padres son llamados, no solo a engendrar a los hijos sino a conducirlos hacia Dios."[7] Como educadores, su ministerio está llamado a fomentar en su descendencia una vida verdaderamente buena y santa en este mundo y guiarlos hacia la vida eterna en el Cielo.

Pero podemos preguntar: ¿Están bien preparados los padres católicos para llevar adelante, esta responsabilidad para con sus hijos, desde su infancia hasta su adolescencia? En respuesta a esta pregunta, el Papa Francisco hace una sobria observación que no podemos pasar por alto, escribe: "que en las últimas décadas se ha producido una ruptura en la transmisión generacional de la fe cristiana en el pueblo católico."[8]Para la mayoría, y a pesar de que hay, afortunadamente, muchas excepciones, parece que los padres no son completamente exitosos en formar a sus hijos para que sean católicos comprometidos y practicantes

4 Cf. San Juan Pablo II, Familiaris Consortio, 36.

5 San Juan Pablo II, Familiaris Consortio, 38; cf. Santo Tomás de Aquino, Summa contra gentiles, IV, 58: Santo Tomás de Aquino comparó este ministerio educativo de los padres con el ministerio de los sacerdotes: "Algunos propagan y conservan la vida espiritual con un ministerio solo espiritual: este es la función del Sacramento del Orden, otro hacen esto respecto de la vida a la vez corporal y espiritual, y esto se realiza con el sacramento del matrimonio en el que un hombre y una mujer se unen para engendrar la prole y educarla en el culto a Dios. "

6 CF. San Juan Pablo II, Redemptor Hominis, 19.

7 San Agustín, De Nuptiis et Concupiscentia I, 4, 5: PL 44, 413: "Habent quippe intentionem generandi regenerandos, ut qui ex eis saeculi filii nascuntur in Dei filios renascantur", citado en Francisco, Lumen Fidei, 43.

8 Francisco, Evangelii Gaudium, 70.

cuando sean adultos. Lamentablemente, casi todas las familias católicas están familiarizadas con esta situación. ¿Por qué es esto? Sugeriré algunas razones. Ustedes juzgarán si éstas son acertadas.

Primera, además de aquellos padres que no han tomado conciencia de sus deberes de transmitir la fe en la familia, y dadas las estadísticas de no practicantes, estos serían un considerable número de católicos, otros muestran un interés pequeño en asegurar que sus hijos participen en algún programa de catequesis ya sea en casa, en su parroquia o en la escuela católica. Además, incluso si estos padres inscriben a sus hijos, y este número es más o menos 1 de cada 3 en Estados Unidos[9], estos suelen evadir participar en actividades tales como encuentros de padres y trabajos compartidos elaborados para ayudarles a llevar adelante su misión de educadores. La excusa más frecuente que presentan para justificar este mínimo compromiso es la falta de tiempo y la presión laboral.[10]

No pienso que esta aparente indiferencia signifique que los padres no creen. Después de todo, aún solicitan los Sacramentos de Iniciación cristiana para sus hijos. Pero, más allá de estos momentos sacramentales, los cuales a menudo se toman como una actividad más cultural y social pasajera que como celebraciones religiosas, la fe juega un papel pequeño en la vida cotidiana de la familia.[11] Esto no significa que nieguen la fe, esta es solamente ignorada o se juzga irrelevante.

Segundo, muchas madres y padres se sienten inseguros para formar a sus propios hijos en la fe, y por ello no lo hacen. Piensan que no están suficientemente preparados para la tarea, quizá dándose cuenta de que ellos no pueden dar a

9 De acuerdo a Mark M. Gray, Cara Report, The Catholic Family: 21St Century Challenges in the United States (June 2015), solamente el 21% de los padres reportaron inscribir a sus hijos en clases de religión en la parroquia y solamente en un 5% los hijos estaban comprometidos en alguna actividad juvenil. Solamente un 8% asistían a escuelas de educación primaria católicas, y un 3% asistía a escuelas secundarias católicas.

10 Cf. Sínodo de los Obispos, Instrumentum Laboris, III Sínodo Extraordinario, “Los desafíos pastorales de la Familia en el Contexto de la Evangelización” (2014), 142. Aún así, como el Papa Benedicto señaló, “raramente se encuentran padres totalmente indiferentes con respecto a la formación humana y moral de sus hijos, y, por tanto, no dispuestos a dejarse ayudar en una labor educativa que consideran cada vez más difícil.” (Benedicto XVI, Discurso en la Inauguración de los trabajos de la Asamblea Diocesana de Roma (11 junio 2007)).

11 Cf. Sínodo de Obispos, Instrumentum Laboris, III Sínodo Extraordinario, “Los Desafíos Pastorales de la Familia en el Contexto de la Evangelización” (2014), 143.

sus hijos lo que ellos no tienen.[12] Lamentablemente, este juicio no está lejos de ser acertado. En la actualidad tenemos una o tal vez dos generaciones de padres que están poco catequizados, y por ello mal preparados para catequizar a sus hijos.

Una tercera razón del escaso compromiso de los padres en la transmisión del Evangelio en la familia deriva de su propio desconcierto acerca de qué es lo que verdaderamente la Iglesia enseña y defiende. Están con frecuencia confundidos por los falsos maestros y voces que disienten tan presentes en los medios de comunicación. "¿Qué creen realmente los Católicos, especialmente sobre cuestiones morales?" preguntan. Incluso, adultos con formación son demasiado frecuentemente incapaces de expresar sus convicciones de fe en un modo que responda a las difíciles cuestiones planteadas por los jóvenes, cuya visión del mundo refleja aquello que está abundantemente esparcido en la sociedad.

La última razón que puede explicar por qué los padres están fallando en transmitir la fe a las nuevas generaciones es simplemente que las condiciones que se dan en la sociedad son contrarias: el frenético ritmo de trabajo, el hecho de que ambos padres a menudo tienen trabajos que demandan largas horas fuera del hogar, la amplia secularización y la indiferencia religiosa así como la separación de los abuelos, quienes al final han sido excluidos de compartir la responsabilidad de transmitir la fe, de la familia nuclear. Además, los jóvenes asombrosamente están poco tiempo en el hogar, porque pasan muchas horas en la escuela en actividades extracurriculares. Y, cuando están en casa, están con frecuencia solos y se refugian en sus computadores, video juegos y diversas formas de comunicación social. Si cada miembro de la familia vive en su propio mundo, queda poco espacio para conversar, y mucho menos para discutir sobre temas espirituales o religiosos. Sin al menos un mínimo sentido de "unión familiar," es imposible criar a los hijos quienes serán los adultos católicos practicantes.[13]

12 Cf. Sínodo de los Obispos, Instrumentum Laboris, III Sínodo Extraordinario, "Los Desafíos Pastorales de la Familia en el Contexto de la Evangelización" (2014)132: "Los desafíos que la familia debe afrontar en ámbito educativo son múltiples; con frecuencia, los padres no se sienten preparados para esta tarea."

13 Cf. Benedicto XVI, Discurso al Clero Romano (2 Marzo 2006).

II Los padres como evangelizadores y catequistas

Si queremos que la fe sea transmitida a la próxima generación, y asumo que nosotros todos lo hacemos, entonces tenemos que reconquistar la convicción del papel irremplazable que juegan los padres como primeros y principales educadores de sus hijos. Ese es el principal punto que quiero desarrollar en este artículo. De hecho los padres no son solamente "primeros catequistas" de sus hijos sino también, e incluso más importante, sus "primeros evangelizadores."[14]

1. Primeros Evangelizadores

La responsabilidad de los padres de transmitir la fe se divide en dos funciones distintas pero interrelacionadas. Primero y más importante, ellos están llamados a evangelizar a sus hijos, y así, sobre este fundamento, los están catequizando. Me explico.

La Iglesia mira a los padres como los primeros responsables de la evangelización de sus hijos, como "los primeros mensajeros de la fe para ellos"[15]En la casa, los padres están llamados a introducir a sus hijos en el conocimiento de Jesucristo, compartir su Evangelio con ellos e inducirlos a ser sus discípulos.

Como todo evangelizador, los de los niños tienen un claro propósito: guiarlos a "un encuentro personal con Jesús", [16]es decir, a un "encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva."[17] Evangelizar a los jóvenes es despertar en ellos "una relación personal con Dios que es amor… en la cual se experimenta la alegría de ser amado y ser capaz de amar."[18]

---

14 Cf.Sínodo de los Obispos, Lineamenta, XIV Asamblea General Ordinaria, "La Vocación y Misión de la Familia en la Iglesia y el Mundo Contemporáneo" (2015), Cuestión 46: "¿Cómo promover en los padres y en la familia cristiana la conciencia del deber de la transmisión de la fe como dimensión intrínseca a la misma identidad cristiana?"

15 Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica, 460.

16 Francisco, Evangelii Gaudium, 3.

17 Benedicto XVI Deus Caritas Est, Introducción.

18 Francisco, Discurso a la Conferencia Episcopal Polaca en visita "Ad Limina Apostolorum" (7 de febrero 2014); cf. Lumen Fidei, 18.

Para afirmar que los padres son los principales evangelizadores de sus hijos, estoy aplicándoles específicamente lo que el Papa Francisco ha dicho acerca de todos los bautizados: cada uno de nosotros está llamado "aquí y ahora, a comprometerse activamente en la evangelización."[19] Por su parte, los padres viven este llamado en primer lugar en la familia.

La liturgia del Bautismo dramáticamente simboliza la responsabilidad que los padres asumen en cuanto a la evangelización de sus hijos. Esto se hace más evidente cuando el celebrante entrega a la madre y al padre la vela encendida de su hijo recién bautizado. Aceptándola, están asumiendo fomentar la nueva vida de fe que se le acaba de otorgar a su hijo. Transmitir esta luz de la fe es ahora un deber que los padres han prometido llevar adelante.[20] Al mismo tiempo, y esto es algo que con frecuencia se olvida, una vez bautizado, cada niño tiene el derecho de ser "instruido, educado y apoyado en la fe y la vida cristiana."[21] Por lo tanto, la obligación de los padres de transmitir la fe a sus hijos encuentra en los hijos el derecho de recibir la fe en primer lugar de sus padres. Además, la pareja está respondiendo a la necesidad profunda de sus hijos, aunque no estos no lo expresen, de conocer la verdad sobre Dios. [22]

1. Primeros catequistas

Además de evangelizar a sus hijos, los padres también deben catequizarlos, son "los primeros y más importantes maestros en la fe de sus hijos."[23]

Con el término "catequesis" me refiero al proceso de desarrollar en sus hijos una evangelización inicial proveyéndoles con "un conocimiento más profundo y sistemático de la persona y del mensaje de Nuestro Señor Jesucristo."[24] Los padres "deben ser los primeros, insustituibles y ejemplares catequistas de sus

19 Francisco, Evangelii Gaudium, 120; cf. Evangelii Gaudium, 119: "En todos los bautizados, desde el primero hasta el último, actúa la fuerza santificadora del Espíritu que impulsa a evangelizar."

20 Cf. Benedicto XVI, Discurso en la Vigilia de Oración, V Encuentro Mundial de las Familias, Valencia (8 de Julio 2006).

21 San Juan Pablo II, Christifideles Laici, 34.

22 Cf. Francisco, Evangelii Gaudium, 265.

23 San Juan Pablo II, Homilia en el rezo del Rosario, New York (7 octubre 1995),6.

24 San Juan Pablo II, Catechesi Tradendae, 19.

hijos, educándolos desde la infancia en el conocimiento y amor de Jesús y de su mensaje."[25]

La catequesis es el esfuerzo dirigido a capacitar a los jóvenes en el crecimiento en su amistad con el Señor aprendiendo más sobre Él. Esto impulsa la instrucción sobre las enseñanzas de la Iglesia y la educación en la liturgia, así como la formación moral y la participación en la vida y misión de la comunidad eclesial. [26] Para que los hijos maduren en su fe, es esencial una catequesis completa y fiel al Magisterio. No obstante, y aun a riesgo de reiterar lo ya señalado, todo esfuerzo por catequizar será ampliamente infructuoso a menos que esta catequesis esté precedida y acompañada por promover en los jóvenes una relación personal con Jesucristo. Esto es la razón de porqué si queremos que haya católicos practicantes en el futuro, los padres deberían concentrarse hoy más que nunca en el primer paso de la formación en la fe, esto es en la evangelización de sus hijos. Sin iniciativas deliberadas de los padres, los jóvenes a lo sumo serán catequizados, pero no serán formados como discípulos con una fe que permanezca en la edad adulta.

Los padres no pueden ser ejemplo, simplemente dejando a sus hijos en la parroquia durante una hora una vez a la semana participando en un programa de educación religiosa, retirándose de inmediato a sus ocupaciones y después regresar, esperando tener un hijo catequizado y evangelizado que llevarse a casa.[27] Muchas parejas parece que piensan que su papel en la formación en la fe de sus hijos consiste en lograr que sus hijos sean bautizados, reciban la Primera Comunión y se confirmen, mientras entregan toda responsabilidad de evangelización y catequesis a los sacerdotes, religiosos o catequistas. Pero nada ni nadie puede reemplazar la influencia que los padres tienen en el crecimiento espiritual de los jóvenes.

---

25 San Juan Pablo II, Regina Caeli (29 abril 1979); cf. Conferencia de Obispos Católicos de Estados Unidos, Directorio Nacional para la Catequesis (Washintong: USCCB, 2005), 54C: "los padres son los agentes de catequesis más influyentes en sus hijos. Ellos tienen una responsabilidad única en la educación de sus hijos; son los primeros educadores, o catequistas."

26 Cf. Congregación para el clero, Directorio General para la Catequesis (1997), 85; Catecismo de la Iglesia Católica, 426.

27 Cf. Thomas Groome, "Show Me the Way," U.S. Catholic, 78:2 (febrero 2013), 18-21: http://www.uscatholic.org/articles/201301/show-me-way-how-can-parents-pass-faith-26739#disqus_thread.

¿Cuál es mi conclusión hasta ahora? Los padres cumplen su misión de educar a sus hijos no solamente transmitiendo doctrina y prácticas piadosas a sus hijos como catequesis primera sino, incluso de modo más exigente, como primeros evangelizadores de sus hijos inspirando en ellos el deseo de establecer una relación personal con el Señor porque ellos mismos están de corazón empeñados en vivir tal relación.

Recuerdo que se debe seguir un orden en la formación en la fe. Es un proceso de dos pasos en el cual la catequesis tiene su fundamento en una evangelización inicial. Como Mary Beth Bonacci ha señalado vivamente: "no tendría sentido enseñar a los jóvenes como vivir de un cierto modo si no entienden por qué deberían querer vivir así. Sería como dar a alguien un mapa de carreteras hacia un lugar al que no tiene interés en ir. El mapa para ellos no tendría ninguna utilidad. Estarían más propensos a utilizarlo para forrar la jaula del pájaro que para seguir sus indicaciones."[28]

III ¿Dónde evangelizan y catequizan los padres?

¿Dónde llevan adelante los padres su ministerio de evangelizar y catequizar? Este ministerio se realiza sobre todo en la familia, con la asistencia ofrecida por la parroquia y la escuela católica.

1. Familia: lugar privilegiado para la evangelización y la catequesis.

Desde el Concilio Vaticano II, nos referimos con frecuencia a la familia como "Iglesia doméstica."[29] ¿Por qué? Porque ella "manifiesta y realiza la naturaleza comunitaria y familiar de la Iglesia en cuanto familia de Dios…y (es) el lugar del primer anuncio de la fe a los hijos"[30]

28 Mary Beth Bonacci, "Evangelization before Catechesis," Arlington Catholic Herald (12 septiembre 2012), 4.

29 Concilio Vaticano II, Lumen Gentium, 11.

30 Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica, 350; cf. Francisco, Discurso a los Obispos de México en su visita "Ad Limina Apostolorum" (19 mayo 2014); San Juan Pablo II, Discurso, III Conferencia General de los Obispos de América Latina y el Caribe, Puebla (28 enero 1979), IV, 1ª: "La evangelización en el futuro depende en gran parte de la Iglesia doméstica", Francisco, Evangelium Gaudii, 66: "La familia es la célula fundamental de la sociedad, el lugar donde se aprende a convivir en la diferencia y a pertenecer a otros, y donde los padres transmiten la fe a sus hijos"

Es en la familia donde el Evangelio es mejor transmitido, y desde allí se expande por el mundo, cumpliendo su misión real. Dentro del hogar, los niños experimentan la fe como parte de su vida cotidiana y no como un conjunto de obligaciones externas impuestas y prácticas rituales. Simplemente siendo, la familia es "sujeto imprescindible para la evangelización."[31]

Sin duda, además, la familia, y no solamente la familia nuclear sino también la extendida, es el lugar donde la vida de fe de los jóvenes se nutre en primer lugar, porque "es el lugar donde se aprende a amar"[32] y a aceptar ser amado. Ambas experiencias son fundamentales, prerrequisitos, si los hijos van a ser evangelizados. Esto es por lo que Katie Warner ha remarcado, "el hogar es el verdadero epicentro de la Nueva Evangelización."[33]

No es sorprendente que, la familia tenga su propio modo de evangelizar. No es ciertamente a través de amplios discursos o lecciones teóricas, sino con el ejemplo del amor y testimonio de cada día. Dentro del hogar, la fe penetra por ósmosis, esto es, de modo imperceptible pero efectivo. [34]

2. La Parroquia

Al subrayar que la misión de los padres como pastores espirituales de sus hijos tiene lugar primeramente en la familia, no quiero rebajar la invaluable asistencia dada a los padres por los catequistas en la parroquia y/o los maestros en los colegios católicos. Igual que los padres son los primeros en atender a las necesidades de salud de sus hijos pero aun así han de recurrir a los médicos, así también las madres y los padres contarían con la ayuda de otros en el cumplimiento de su responsabilidad en la formación en la fe de sus hijos.

Para esta parte, la parroquia, tanto en el fomento del encuentro entre familias como en la entrega de catequesis para adultos anima a los padres, los ayuda a

31 Sínodo de los obispos, Instrumentum Laboris, XIV Asamblea General Ordinaria, "La Vocación y Mision de la Familia en la Iglesia y el Mundo Contemporáneo". (2015),2.

32 Francisco, Discurso a la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio para la Familia (25 octubre 2013).

33 Katie Warmer, Head and Heart: A Guide to Becoming Strong Spiritual Leaders for Your Family, manuscrito (2015), 68

34 Cf. Simcha Fisher, "Parents as Cathechist", National Catholic Register (30 mayo 2013).

llevar adelante su deber de educar a sus hijos en la fe.[35] La parroquia debería estar al servicio de los padres, creando programas que favorezcan la evangelización y catequesis de los niños, un cometido que debería ir más allá de la buena preparación para los Sacramentos de Iniciación cristiana. Además de servir como centro de catequesis y preparación sacramental, la parroquia también es la comunidad donde los jóvenes participan en la liturgia y se unen con sus pares en obras de caridad, actividades sociales y de proyección misionera.

Una estrategia probada y exitosa usada por muchas parroquias para apoyar a los padres es dar oportunidades para que ellos reciban catequesis al mismo tiempo que sus hijos. Cuando los jóvenes están siendo instruidos sobre una verdad de fe particular o de vida moral de modo adecuado a su edad, los padres están aprendiendo sobre el mismo tópico en un nivel de adulto y en un modo adecuado para adultos. La catequesis para adultos alienta a los padres en su misión como primeros catequistas entregándoles la experiencia de compartir la Buena Noticia y la belleza de la Fe católica con sus hijos en un modo ortodoxo, relevante y entendible. El aprendizaje en conjunto de los padres y los hijos facilita ocasiones para que posteriormente se den de manera informal discusiones sobre la fe en casa. Hablar sobre temas de fe así resulta menos forzado, más espontáneo y en definitiva más fructífero.

1. La Escuela Católica

La escuela católica apoya así mismo a los padres en el cumplimiento de su deber como primeros evangelizadores y catequistas. Las escuelas católicas no son solo instituciones educativas que tienen clase de religión en su curriculum sino que ellas mismas tienen la misión de ser comunidades de evangelización. Incluso aunque los profesores nunca pueden reemplazar a los padres como primeros evangelizadores y catequistas, las escuelas son un gran apoyo en este desafío. Esto es porque, como el Papa Francisco afirma, las escuelas católicas “intentan siempre conjugar la tarea educativa con el anuncio explícito del Evangelio”.[36]

En el corazón de toda educación católica, y esto está ahora siendo enfatizado como nunca en los documentos que provienen de la Santa Sede, está siempre

35 Cf. Congregación del Clero, Directorio General de Catequesis (1997), 227

36 Francisco, Evangelii Gaudium, 134.

la persona de Jesucristo: toda actividad que se realice en las escuelas católicas debería conducir en última instancia a un encuentro con Él.[37]

Además, la familia, escuela y parroquia, deberían hacer crecientes esfuerzos en común para integrar la evangelización y catequesis en curso de los jóvenes, preparándoles para una vida adulta madura en la Iglesia. Una mejor y mutua colaboración e intercambio entre todos aquellos implicados en esta tarea común, y relaciones más afectuosas entre ellos, harán más eficaces los esfuerzos para educar a los jóvenes.

IV Diez sugerencias para la evangelizacion y catequesis de los niños

En esta última sección, les voy a entregar algunas sugerencias de tipo práctico, como adelanté en la presentación, para los padres en el ya mencionado cometido de evangelizar y catequizar a sus hijos.

1. Es necesario estar presentes con los hijos.

En el mundo de hoy, muchas familias están fragmentadas no porque haya rupturas sino porque los miembros de la familia están muy ocupados. Dicha situación hace difícil garantizar que los niños recibirán uno de los más preciosos tesoros que la vida de familia puede ofrecer: vuestra presencia como padres. Esta presencia con vuestros hijos permite a cada miembro de la familia compartir en el camino de la vida con los otros en lugar de vivir como individuos aislados. De este modo los padres pueden transmitir a la siguiente generación sus recuerdos, experiencias adquiridas a través de los años y convicciones. Se puede hacer esto solo si se pasa tiempo juntos.

Sin vuestra “presencia real”, y no virtual o mediada por la tecnología, la formación en la fe de vuestros hijos no se dará. Así de simple. En una palabra, estar en casa, comer juntos al menos una vez al día, acostar a los más pequeños en la noche, y hacer cosas juntos como familia. Desafiante, seguro, pero posible, con voluntad. Estar juntos como familia es crucial, el fundamento de una exitosa evangelización y catequesis de vuestros hijos.

37 Cf. Congregación para la Educación Católica, Instrumentum Laboris, “Educando hoy y mañana, una renovada pasión”. (2014), III.

2. Ser alegres testigos del Evangelio

Si queréis saber si los hijos practicarán la fe cuando sean adultos, recordad que los padres tienen la mayor, pero no exclusiva, influencia en esta tarea. Estudio tras estudio indican que los testimonios dados por los padres, especialmente por el padre, es el factor más determinante de la futura práctica de los hijos. La evidencia de las ciencias sociales muestra que cuando los padres evangelizan a sus hijos, el éxito es mucho mayor que el de ningún otro agente involucrado en la evangelización de los jóvenes. [38]

Como el Santo Padre continuo diciéndonos, el personal "testimonio es el inicio de una evangelización que toca el corazón y lo transforma Las palabras sin el testimonio no valen, no sirven. El testimonio lleva y da validez a la palabra."[39] Los jóvenes reconocen la autenticidad. Solamente si estás abierto a la amistad con Jesucristo y a una vida de comunión con Él que da alegría a tu corazón puedes dar el testimonio que influirá positivamente en tus hijos.

Siempre que los hijos experimenten a un padre y una madre que viven su relación con Dios con alegría y no a regañadientes como si fuera una carga impuesta, tal testimonio enciende la chispa de una acogida de la fe que los marcará de por vida. "La fe es captada, no enseñada." Concedido que esta máxima es quizá citada con mucha frecuencia, como muchos dichos enjundiosos, igual resuena verdadera. Grandes catequistas pueden enseñar la doctrina de los libros de texto de modo muy competente pero una fe que da vida es transmitida a la larga más eficazmente de persona a persona, sobre todo de padres a hijos. En la familia tanto la evangelización como la catequesis se trata de algo "más testimonial que de la instrucción, más ocasional que sistemática, más permanente y cotidiana que estructurada en períodos."[40]

Y hay que asegurarse de que el testimonio tenga "tonos gozosos", con ese tipo de alegría pascual que no oculta las realidades del sufrimiento, la dificultad

38 Cf. "Dad Matters!...The Spiritual Influence of Fathers": https://formingfaith.wordpress.com/2015/06/18/dad-matters-the-espiritual-influence-of-fathers/.

39 Francisco, Discurso a los participantes en el Encuentro organizado por el Consejo Pontificio para la Nueva Evangelización (19 septiembre 2014).

40 Congregación para el Clero, Directorio General para la Catequesis Catequesis (1997),255.

y la incomprensión que marcan la vida humana. [41] Como el Papa Francisco ha señalado en su Exhortación Apostólica, Evangelii Gaudium, "la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús."[42] Si vosotros lo habéis encontrado, vuestros hijos reconocerán dicha alegría.

3. Saber del tema

Porque toda catequesis es una actividad eclesial, como padres tenéis que preocuparos por garantizar que lo que estáis transmitiendo a vuestros hijos es la fe de la Iglesia, y no vuestra opinión infundada. Esto implica que hay que entender lo que la Iglesia enseña y hay que saber cómo explicarlo a los jóvenes.

Cuando el Papa Juan Pablo II estuvo en Nueva York hace 20 años, urgió a los padres "a utilizar el Catecismo de la Iglesia Católica para aprender sobre la fe y responder las preguntas que surgen, especialmente en cuestiones morales a las que todos tenemos que hacer frente hoy"[43] Benedicto XVI posteriormente secundó a su predecesor advierte a los padres: "El estudio atento del Catecismo de la Iglesia o del Compendio de este Catecismo, dijo, contiene los elementos esenciales de nuestra fe y podrá ser un instrumento muy útil e inmediato para crecer vosotros mismos en el conocimiento de la fe católica y para poderla transmitir íntegra y fielmente a vuestros hijos."[44]

Personalmente, pienso que sería beneficioso tener el YOUCAT,[45] un catecismo especialmente escrito para adolescentes y adultos jóvenes, muy sencillo, fácil de utilizar y que presenta la fe de un modo atractivo, sería Es una herramienta de referencia excelente y puede ser un trampolín para la discusión con los hijos mayores. También ayudan, cuando son elegidos con prudencia, los diferentes medios de comunicación social católicos disponibles: blogs, páginas web,

41 Cf. Benedicto XVI, Audiencia General (28 de noviembre 2012).

42 Francisco, Evangelii Gaudium, 1.

43 San Juan Pablo II, Homilía en el rezo del Rosario, Nueva York (7 octubre 1995); cf. Angelus, Jubileo de los Catequistas (10 diciembre 2000): "deseo invitar a todos los que se dedican a la enseñanza de la fe, especialmente a los padres y a los catequistas, a hacer del Catecismo un recurso familiar y a emplearlo en el hogar, en la parroquia y en la escuela."

44 Benedicto XVI, Homilía (7 enero 2007).

45 YOUCAT: Youth Catechism of the Catholic Church (San Francisco: Ignatus Press, 2011). También puede ser útil el United Sataltes Catholic Cathecism for Adults (Whashintong: USCB, 2006).

podcast, televisión y radio, sin mencionar libros y diarios. Otro buen recurso que recomiendo es la catequesis de familia. Los programas de catequesis orientados a la familia proporcionan "oportunidades para que los padres catequicen a sus hijos directamente, para que los esposos se catequicen mutuamente y para que los hijos se catequicen entre sí y a sus padres."[46]

1. Aferrarse al núcleo del mensaje.

En el uso de catecismos y otros materiales se haría bien en poner el corazón en la advertencia de nuestro Papa, que repetidamente subraya la necesidad de enfatizar el Kerigma o núcleo del Evangelio en la transmisión de la fe. ¿Qué es el Kerigma? La proclamación en palabra y hecho "del amor, de la misericordia y del perdón de Dios, revelados a los hombres mediante la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo."[47]

¿Qué se debería repetir, aunque no con las mismas palabras, todos los días a los hijos? De nuevo, el Santo Padre os echa una mano. El mensaje es este: "Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte."[48] Mantened vuestra enseñanza centrada y directa. En la vida diaria, repetid con la palabra y el ejemplo la buena noticia de "la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado."[49]

2. Rezar con los hijos.

La enseñanza y espiritualidad de la Iglesia enfatiza la necesidad de las familias de rezar juntos, para ejercitar su misión sacerdotal. Enseñar a los hijos cómo rezar es quizá la manera más eficaz de transmitir aquello que creemos. A través de la oración en familia, padres, y abuelos cuyo papel en el apoyo

46 United States Conference of Catholic Bishops, National Directory for Catechesis (Whasihinton: USCCB, 2005), 61.2; cf. Obispos de América Latina y el Caribe, Documento de Aparecida, 303: La catequesis familiar, implementada de diversas maneras, se ha revelado como una ayuda exitosa a la unidad de las familias, ofreciendo además, una posibilidad eficiente de formar a los padres de familia, los jóvenes y los niños, para que sean testigos firmes de la fe en sus respectivas comunidades."

47 Francisco, Homilía (12 octubre 2014)

48 Francisco, Evangelii Gaudium, 164.

49 Francisco, Evangelii Gaudium, 36; cf. Francisco, Evagelii Gaudium, 11: "su centro y esencia es siempre el mismo: el Dios que manifestó su amor inmenso en Cristo muerto y resucitado.

como evangelizadores y catequistas es tan importante, acostumbran a los hijos a tomar conciencia de la presencia del amor de Dios en sus vidas. Al mismo tiempo, los padres les muestran que toman en serio sus creencias: que Dios es verdaderamente el centro de sus vidas. Cuando se reza como familia, se deja una honda impresión, que los hijos no olvidarán nunca.

La plegaria familiar tiene sus propias características. Primero, es una plegaria hecha en común: padres e hijos juntos. Ente los miembros de la familia, tal oración profundiza la unidad y comunión prometida por Jesús a todos aquellos reunidos en su nombre (cf. Mt 18:20). Segundo, como familia se reza por las propias y especiales intenciones. Se ponen ante el Señor las alegrías y sufrimientos, esperanzas y desacuerdos, los nacimientos y las muertes, cumpleaños y aniversarios, las partidas, separaciones y encuentros, todas las ocasiones que señalan la intervención del amor de Dios en la vida e historia de la familia. [50]

No hay que esperar para rezar como familia hasta encontrar el modo perfecto de hacerlo. Como la publicidad de Nike recalca directamente desde los años 90, “just do it!”. Incluso comenzando con el “Padrenuestro”, “Ave María” y “Gloria” en el momento de ir a dormir o con la bendición y acción de gracias en las comidas. No hay que hacer a lo perfecto enemigo de lo bueno. Hay que hacer una oración simple, fácil de memorizar y que se rece de modo regular.[51]

Entre las oraciones más largas que la Iglesia ha recomendad en más ocasiones, está el Rosario. Como san Juan Pablo II enfatizó, especialmente rezad “los Misterios Gozosos, que os ayudarán a meditar sobre la Sagrada Familia de Nazaret… Usar una frase hecha famosa más tarde por el Padre Patrick Peyton: la familia que reza unida, permanece unida”[52]

1. Ir a la Misa dominical juntos

“La participación de los padres con los hijos a la Misa dominical es una manera efectiva de enseñar la fe”[53] Si Benedicto XVI está en lo correcto al decir esto,

50 Cf. San Juan Pablo II, Familiaris Consortio, 59.

51 Cf. Katie Warner, Head and Heart: A Guide to Becoming Strong Spiritual Leaders for Yoru Family, manuscript (2015),62.

52 San Juan Pablo II, Homilía en el rezo del Rosario, Ciudad de Nueva York (7 octubre 1995),5.

53 Benedicto XVI, Discurso inaugural de la V Conferencia Episcopal de América Latina y el Caribe, Aparecida (13 mayo 2007).

y creo que así es, entonces toda actividad del domingo debería ser planificada entorno a la asistencia a la Misa juntos.

Vuestra decisión de asistir como familia comunica lecciones vitales a los jóvenes: que la vida es más que el trabajo, escuela o deportes, estas actividades son importantes, y que nosotros tenemos un Salvador que quiere venir a nosotros y darnos algo que no podemos obtener en ningún otro lugar: el perdón de Dios, su misericordia y el alimento de su Cuerpo y su Sangre. No hay mejor modo de evangelizar y catequizar a los hijos que hacer prioritaria la asistencia juntos a la Santa Eucaristía los domingos.

¡Qué ejemplo daríais a vuestros hijos!

Intentad prepararos para la Misa leyendo el Evangelio en la casa, o incluso en el auto camino a la iglesia. También sentaos junto al altar, especialmente con los niños pequeños. Y un consejo más. No los llevéis innecesariamente a la "cray room". Esta sala tiene ciertamente su función, para los bebés que lloran o los niños pequeños que están fuera de control, pero no debería convertirse en una sala de juegos alternativa a la asistencia a la Misa. Trabajad para asegurar que en vuestras parroquias se de una muy buena acogida a los jóvenes.

1. Leer la Biblia juntos como familia

Desde "la evangelización demanda la familiaridad con la Palabra de Dios,"[54] madres y padres deberían leer la Biblia en el hogar junto con sus hijos. No se necesita comenzar con el Libro del Génesis y se pueden saltar algunos pasajes aburridos del Antiguo Testamento; para leerlos más tarde. Sugiero comenzar con el Evangelio, y el de Marcos es una buena opción; leed en voz alta algunos versículos antes de la comida o al ir a acostarse.

El Papa Francisco incesantemente promueve la lectura del Nuevo Testamento en la familia. En la audiencia general del 26 de agosto de 2015, el exhortaba a la multitud.

No olvidéis, leer cada día un pasaje del Evangelio. La plegaria surge desde la intimidad con la Palabra de Dios. ¿Existe esta intimidad en vuestra familia? ¿Tenemos el Evangelio en casa? ¿Lo abrimos algunas veces para leerlo juntos?...

54 Francisco, Evangelii Gaudium, 175; cf. Benedicto XVI, Verbum Domini, 85: "los esposos son los primeros en proclamar la Palabra de Dios a sus hijos."

El Evangelio, leído y meditado en familia, es como el buen pan que alimenta el corazón de cada uno.[55]

Un modo especialmente efectivo de introducir a los niños pequeños en la Palabra de Dios es leer las historias de la Biblia escritas para ellos. Afortunadamente, muchos libros apropiados para su edad sobre estos temas están ampliamente disponibles. ¡Qué importante es que los hijos se familiaricen con las grandes historias del Antiguo Testamento y con la vida de Jesús y su ministerio! Inevitablemente, esta lectura de la Biblia más tarde les guiará a explorar las emocionantes vidas de los santos que han vivido a lo largo de la historia.

1. "Sacramentalizar" el hogar

Os urjo para hacer uso de los sacramentales de la Iglesia y las devociones populares para transmitir la fe en la familia. Además, el arte y los cuadros que existen, aunque son escasos, y la música escuchada en familia puede guiar a los hijos a reconocer que la belleza tiene su origen en Dios. "Cada expresión de verdadera belleza", escribe el Santo Padre, "puede así ser acogida como un patrón que nos guía a un encuentro con el Señor Jesús."[56]

Los hijos están fascinados con los sacramentales: crucifijos, rosarios, agua bendita, palmas, velas, cuadros y estatuas de los santos. Estos artículos de devoción apuntan al gran misterio de la Encarnación, a la Palabra que toma carne y acampa entre nosotros (cf. Jn:14). Ellos nos llevan imaginativamente desde el mundo visible nuestro hacia el mundo invisible, que es nuestro verdadero hogar.

Los signos y rituales que nosotros disfrutamos como Católicos forman parte de una cultura que sostiene nuestra fe. Como católicos, tenemos una específica visión del mundo, un modo de mirar al mundo el cual en muchos sentidos es contracultural. Cuando la vida de familia está imbuida con los signos exteriores de cultura católica, se crea un ambiente que fortalece en los hijos el desarrollo de una relación personal con Jesús, que está siempre en el corazón de toda

55 Francisco, Audiencia General (26 agosto 2015); cf. Angelus (5 octubre 2014). "La Biblia, no guardada en una concha, más bien tenedla a mano, para leerla a menudo, cada día, tanto individualmente como juntos, marido y mujer, padres e hijos, puede ser en la tarde, especialmente los domingos. De este modo la familia crece, camina con la luz y el poder de la Palabra de Dios!"

56 Francisco, Evangelii Gaudium, 132.

evangelización inicial. También se abre la puerta a la catequesis al incitar preguntas como: "por qué hacemos esto?, ¿qué significa?"[57]

1. Compartir experiencias de fe entre vosotros

El Papa Francisco recomienda que los padres compartan con sus hijos cómo sienten ellos personalmente sobre su propio camino de fe. [58]En otras palabras, hablad con los hijos sobre el propio camino de fe y qué hace Dios en vuestras vidas, compartiendo con ellos vuestra propia historia. E incitadlos, sin imponérselo, a compartir con vosotros a cambio. Después de todo, "¿Qué clase de amor no sentiría la necesidad de hablar del amado, de ponerlo afuera, de hacerle conocer?"[59]

La transmisión de la fe se hace con menor esfuerzo si Dios es parte de la conversación en familia. Estad atentos a este cuidado para aprovechar cada oportunidad que sea apropiada para introducir una perspectiva de fe en los distintos acontecimientos de la vida diaria e invitad a vuestros hijos a preguntar todas las cuestiones de religión y moralidad que tengan. Ningún tema debería quedar fuera de la mesa. Sed sensibles también, en percibir las posibles cuestiones religiosas que están latentes en la mente de vuestros hijos. A veces son obvias pero otras veces están ocultas.[60]

Como todo evangelizador, los padres acompañan espiritualmente a otros: sus hijos. Ellos tienen que desarrollar el "arte del acompañamiento", el cual llama a la "prudencia, comprensión, paciencia y docilidad al Espíritu… al arte de escuchar."[61]

2. Formar la conciencia moral de los hijos en la Verdad y la Libertad

Mi último consejo trata del desafío que enfrentáis en formar a vuestros hijos en la verdad, libertad y rectitud. Preparar jóvenes libres y responsables con una

57 Cf. Katie Warner, Head and Heart: A Guide to Becoming Strong Spiritual Leaders for Your Family, manuscript (2015), 91.

58 Cf. Francisco, Lumen Fidei, 53.

59 Francisco, Evangelii Gaudium, 264.

60 Cf. Benedicto XVI, Audiencia General (28 noviembre 2012).

61 Francisco, Evangelii Gaudium, 171.

conciencia moral adecuada a la enseñanza de la Iglesia es quizás el aspecto más demandante de evangelizar y catequizar. Esto es en principio capacitar los hombres y mujeres del mañana, de modo que ellos serán capaces de elegir qué es verdaderamente moralmente bueno.

Camináis en una cuerda floja. Por un lado, tenéis que dar a vuestros hijos de modo gradual la libertad de tomar sus propias decisiones morales. Por otro lado, tenéis que formar sus conciencias en la luz de una libertad que está ligada con la verdad. Al hacer esto, tened en mente que los jóvenes de hecho están queriendo "permitir a sí mismos ser desafiados por propuestas demandantes: de hecho, a menudo se sienten atraídos y fascinados por ellas."[62]Por ello no tengáis miedo de indicarles que es bueno y que es malo, y de guiarlos a entender la necesidad de obedecer a una conciencia bien formada.

Sin duda daréis la mayor atención en fortalecer la convicción de que la verdad existe, y que vuestros hijos necesitan encontrarla y abrazarla en sus vidas. Construir este fundamento con vuestros hijos es el único antídoto seguro para evitar que caigan presos de lo que el Papa Benedicto famosamente ha llamado "la dictadura del relativismo."[63] Los jóvenes, entonces, deben ser educados en el deseo de conocer la verdad, de defender su auténtica libertad de cara a sus pares y a la propaganda engañosa, de alimentar una pasión por la belleza moral, y de tener una conciencia clara. "Este es el delicado deber de los padres y educadores que los asisten."[64]

62 Benedicto XVI, Discurso en el Congreso de la Diócesis de Roma (11 junio 2007).

63 Josheph Cardenal Ratzinger, Homilía, Misa Pro Eligendo Romano Pontifice (18 abril 2005).

64 Benedicto XVI, Discurso a la Asamblea General de la Pontificia Academia para la Vida (24 febrero 2007).

Conclusión

He llegado al final de mi presentación la cual espero haya recordado la responsabilidad de los padres ante Dios de ser los primeros y principales evangelizadores y catequistas en la familia. También rezo para que los consejos puedan entusiasmaros en considerar algunos pasos nuevos concretos que fortalecerán entre cada miembro de vuestras familias a profundizar y a intimar más en una relación personal con Jesucristo.

Sobre todo, recordad que los padres reciben la gracia para llevar a cabo esta responsabilidad de formar la fe en sus hijos en el sacramento del Matrimonio.[65] Tened el consuelo en la verdad de que toda evangelización, incluso la que se lleva a cabo en la familia, es "primera y primordialmente el trabajo del Señor… En cada acción de evangelización, la primacía siempre pertenece a Dios, que nos ha llamado a cooperar con Él y que nos conduce por el poder de su Espíritu."[66]

65 Cf. San Juan Pablo II, Carta a las Familias, 16; Francisco, Discurso en la Peregrinación de las Familias (26 octubre 2013). En el Sacramento del Matrimonio, los padres reciben, "la gracias y el ministerio de la educación cristiana de sus hijos" (San Juan Pablo II, Christifideles Laici, 62).

66 Francisco, Evangelii Gaudium, 171. Los padres son sin embargo instrumentos en las manos del Espíritu Santo, que es siempre el "agente principal" de la evangelización (Francisco, Evangelii Gaudium, 122; cf. San Juan Pablo II, Redemptoris Missio, 21).

LO QUE LA PATERNIDAD Y LA MATERNIDAD APORTAN A LOS HIJOS[1]

Aquilino Polaino - Lorente

Sexo y género: ¿cambio de roles o mero supuesto ideológico?

El debate entre "género" y "sexo" ha suscitado una profunda crisis en las convicciones acerca del significado de lo masculino y lo femenino, así como sobre el modo de comportarse según el ser de la mujer o del hombre, en definitiva, sobre el sentido del ser personal, en función de ese hecho diferencial que los distingue.

Cambiar los códigos sociales en los que supuestamente, los roles atribuidos al hombre y a la mujer se prolongaban, manifestaban y expresaban –de forma rígida en incontrovertible–, resulta ser una tarea muy arriesgada y nada fácil. Cierto que la masculinidad y la feminidad eran prisioneras de esos códigos, en donde permanecieron invariables durante tal vez demasiado tiempo, hasta el punto de contribuir a configurar como una "segunda naturaleza",– como mera construcción social en algunos de sus aspectos– a la que socialmente había que atenerse.

En el reciente pasado del clima cultural actual puede sostenerse que lo masculino y lo femenino habían quedado cautivos en ciertas redes sociales, estereotipadas y muy poco fundamentadas, dando origen a los roles sociales que, al menos desde la perspectiva social, parecían caracterizarles.

Pero estos roles, arrastrados por su inercia, habían sido vividos con relativa independencia de cuáles fueran las demandas exigidas por las respectivas naturalezas psicobiológicas de la mujer y del varón, según el hecho diferencial que, significado por sus respectivos sexos biológicos, sin duda alguna les distingue, singulariza y caracteriza.

Feminidad y masculinidad –preciso es reconocerlo– han sido rehenes de la historia –mitad libres, mitad cautivos; en cierto modo consentidos y según otro cierto modo asumidos–, de una forma muy especial en lo que a los roles sociales se refiere.

1 Artículo publicado en Revista Berit Internacional n° 4. Julio 2005.

En primer lugar, porque se estableció una fuerte y rígida analogía, un tanto unívoca, ente el código genético (naturaleza) y el código social (roles y comportamientos). Naturaleza y cultura *(natura naturata y natura naturans)* fueron articuladas a este respecto de una forma relativamente opresiva, sin apenas grados de libertad, sin casi posibilidades de variabilidad. Lo cultural (los roles, el género) fue entendido como una férrea e invariable prolongación de lo natural (sexo biológico).

Para ello había también algunas razones que sería injusto silenciar aquí. En cierto modo, no todo fue negativo o artificialmente forzado en lo relativo a esas atribuciones de los roles respecto del sexo genético y/o morfológico. Hubo, qué duda cabe, numerosos aciertos en algunas de las atribuciones que, por lo demás, estuvieron bien fundadas y todavía hoy permanecen vigentes.

El balance resultante entre naturaleza y cultura se hizo, entonces a expensas de privilegiar la naturaleza (instancia subordinante) y minusvalorar la cultura (instancia subordinada y en principio, dependiente de aquella). Pero la articulación así concebida ni estuvo fundamentada en modo suficiente ni fue cambiando como era menester, con el devenir de la historia.

En segundo lugar, porque este diseño de los comportamientos masculino y femenino, este modo de configuración del estilo de vida se ofreció como una posibilidad socialmente muy restringida– la única posibilidad, en la práctica a cuyo tenor y bajo cuya guía debía de llevarse a cabo, el desenvolvimiento de la conducta personal como si tal forma de conducirse se tratara de una emanación natural del código genético o del sexo biológico.

Y, en tercer lugar, porque el modelo resultante así configurado sirvió luego de criterio normativo para etiquetar a las personas como socialmente ajustadas o no, en función de que satisficieran o se opusieran a las reglas previamente determinadas. Esto no solo forzaba a que las personas se comportasen según lo establecido, sino que contribuyó poderosamente, además a fijar y cristalizar el modelo, de manera que se asegurase su trasmisión y perpetuación de unas a otras generaciones.

No se puede hablar, en la actualidad, de identidad sexual de la mujer y el varón sin apelar a los conceptos de género y sexo. Género y sexo han existido

siempre, desde Adán y Eva, entre otras cosas porque la persona, cada persona solo puede serlo según uno de estos dos modos: hombre o mujer.

Pero estas dos versiones modales, en que las personas se constituyen, no se habían categorizado con el peculiar significado que hoy se les ha dado. De aquí que el uso que se hacía de ellas fuese mucho más sencillo y común, y sin complicaciones, sin los distingos, sutilezas y matizaciones que en la actualidad de han vertido sobre ellas transformándolas en los conceptos un tanto confusos y equívocos con que hoy se les caracteriza.

Por esta causa se ha abierto una profunda brecha entre sexo y género, algo que parece ser una nota distintiva d la actual cultura fragmentaria. De hecho, en la última década no solo no se ha tratado de unir sexo y género, sino que se ha procurado disociar todavía más lo significado por cada uno de ellos.

Con ello se contribuye a fragmentar la identidad de la persona humana. Tal fragmentación se ha llevado a cabo primero en abstracto (a nivel de los conceptos) y después en concreto (a nivel de los comportamientos). Lo que demuestra, una vez más, que los conceptos, las ideas y el uso que se haga de ellas no es algo indistinto, algo que pronto queda relegado en un lejano marco "teórico" que, por no afectar a la persona, es despreciable.

Mas bien sucede lo contrario: que los conceptos, pensamientos e ideas de que nos servimos –ahora en amplia circulación social–, son las que a la postre resultan ser las responsables de los cambios y transformaciones de los comportamientos. De aquí que sea usual en la actualidad expresiones como la siguiente: "cada persona tiene que construir su género".

Es probable que algunos estén familiarizados con el término "constructivismo" o "construccionismo". Aunque estos términos tienen unos antecedentes filosóficos –en los que, por el momento, no voy a entrar–, el hecho es que han sido divulgados hasta que su uso se ha generalizado.

Esta nueva sociología del conocimiento lo que sostiene es que lo "real" no existe en cuanto tal, sino que se construye socialmente (Berger y Lukmans, 1983). El hombre de la calle, de acuerdo con esta teoría, "construye" su concepto de masculinidad– con el que luego se identifica y trata de realizarlo en sí mismo, conforme a las opiniones y al pensamiento dominante propio de la época en

que vive. No parece, sino que se hubiera seguido aquella afirmación de Hegel de que primero está la teoría y luego los hechos, que, en cualquier caso, hay que forzarlos de acuerdo con la teoría, de manera que a ella se acomoden y ajusten.

Según esto, en función de cuáles sean las interpretaciones que la sociedad hace de la "masculinidad", así será el modo en que cada ciudadano "construye" luego su "género" (Lagarde, 1996).

Tal "construcción –inicialmente teórica o representacional– se h ace luego realidad y se encarna en la singular existencia de la persona, en forma de comportamiento esto es lo que acontece con una cuestión como esta del "género" de la que en última instancia ha de depender– y mucho, el– el propio comportamiento de la mujer y el varón.

El punto de partida del constructivismo es la negación de la realidad. Es decir, lo real no existe en cuanto tal, sino que cada quien lo construye a su manera. Esta negación de la ontología sustituye lo "real" por la "interpretación de lo real". Pero en modo alguno explica la "realidad" de la que parte –pues de alguna realidad hay que partir–, o la "cosa" que más tarde interpretará, pues a lo que parece, nadie sabe ni le interesa cómo, por qué o para qué la "cosa "real es así o esta' ahí, aunque constituye un hecho indudable el que sea así y esté ahí.

Esta teoría conduce de inmediato al vértigo del relativismo, en que ya nada es lo que es, porque todo varía según sus "constructores" o las interpretaciones subjetivas que cada persona hace la "cosa" real.

Sin duda alguna, hay una cierta "construcción social" de la realidad, pero a partir de la misma realidad –que también existe en tanto que real–, que es anterior a todo constructivismo, hermenéutica o interpretación, pues de lo contrario ninguna construcción sería posible.

A la realidad construida por las opiniones, interpretaciones, atribuciones y estereotipias sociales sería mejor denominarla con el término de "realidad añadida". "Realidad" porque, sin duda alguna, acontece en el mundo observable y, además, nos afecta; y "añadida" porque presupone la realidad fontal y fundante sobre la que aquella se apoya, de la que procede y sin cuya presencia la "realidad añadida" nos ería posible.

Todo lo cual pone de manifiesto que lo que pensamos modifica la realidad y, en cierto sentido, la recrea. Y, solo parcialmente, es verdad. Pero preciso es admitir que su fundamento no es la "construcción" que la persona o la sociedad hacen de la realidad, porque ninguna persona ni la entera sociedad son dioses capaces de crear "ex nihilo" y "ex novo" la realidad a la que necesariamente hay que atenerse – incluso también en el caso del constructivismo.

Esto sucede en parte porque son muy pocos los que en la actualidad tienen una profunda convicción acerca del poder del pensamiento, aunque usen de él para la "construcción" de la realidad de su propio género. Ahora la única convicción firmemente asentada en algunos es que lo único existente es lo que se cotiza en bolsa, es decir, el dinero. Se ha olvidado que las ideas son más importantes que el dinero. Este desfondamiento y oscurecimiento de la razón es lo que ha hecho posible la emergencia social de la "construcción del género", que ahora nos ocupa. En el fondo, el cambio del pensamiento sí que cambia la realidad y, a lo que parece, de forma muy relevante.

Tal vez por eso está de moda afirmar que cada persona es libre para "construir" su propio género. Sin embargo, con la otra realidad, la del sexo, son muy pocos lo que se atreven –por ahora– a sostener que también hay que "construirlo". Es lógico, porque lo biológico es una realidad tozuda y muy resistente a ser cambiada; de aquí que resulte en tantas ocasiones inquebrantable e inmodificable. Pero, no obstante, en opinión de quien esto escribe, es previsible que a la "construcción del género" le siga muy pronto, lamentablemente, la "construcción del sexo" (teórica, funcional y práctica).

En realidad, es mucho más difícil cambiar el sexo biológico, porque, aunque pueda cambiarse quirúrgicamente en muchos de los aspectos biológicos que le caracterizan no puede ser cambiado. Se observa aquí una limitación, una barrera ante la que, de alguna manera, el constructivismo cultural ha de detenerse y asumir esa "realidad" preexistente a él e inmodificable por él, y respecto de la cual experimenta una cierta impotencia al no poder modificarla o "construirla".

En cambio, en el caso del género, esta modificación auto constructivista es mucho más fácil, aunque también tenga sus consecuencias. Unas consecuencias éstas, tanto más graves cuanto mayor sea la distancia real entre el "sexo" (biológico) y el "género construido" (culturalmente).

Esto del género no es nuevo, también Adán construyó su género, aunque muy probablemente sin saber que lo hacía. Entre otras cosas, porque una cierta y relativa "construcción" del género acontece siempre, como consecuencia de la sustancia misma del comportamiento sexual: la interacción comprometida con otra persona, y las interpretaciones que luego cada una de las personas hacen de ello.

En el fondo más que hablar de "construcción del género" sería más pertinente tratar de contestar a preguntas como las siguientes: ¿cómo se forma el género de una persona? ¿elige cada persona libremente su propio género o lo hace condicionada por sus circunstancias culturales?, ¿dispone de algunos límites a los que atenerse para la "construcción" de su género', ¿pueden influir en esa "construcción" acontecimientos o eventos no elegidos por la persona, pero que sí influyen en ella y la condicionan?, ¿cuáles son las etapas evolutivas a cuyo través se desarrolla el género personal?

Son muchas las preguntas sobre este particular, como acabamos de observar, que todavía no tienen una respuesta rigurosa. Apelar, por eso, a una única teoría explicativa –la del constructivismo–, por otra parte, todavía no verificada, no parece que pueda calificarse de riguroso tal modo de proceder. En mi opinión, la génesis y desarrollo del género de cada persona depende de muchos factores, uno de los cuales es, sin duda alguna, las relaciones e interacciones que esa persona establece con otras personas del mismo y de distinto sexo. Estas interacciones están abiertas a un flujo, a un universo indefinido de variables, la mayor parte de las cuales no son conocidas ni controlables por la propia persona.

La "construcción" del género depende mucho de la educación, de la interacción con los padres, de los valores, actitudes, proyectos vitales, sentimientos, percepción de la realidad, convicciones, creencias, imaginación, emociones, fantasías e ilusiones, conducta sexual, es decir, lo que constituye un universo de variables personales y culturales, cuya imposibilidad de control por el sujeto resulta obvia. De aquí que la "construcción" del género, a pesar de que se hable tanto de ello, todavía hoy sea un misterio.

Por otra parte, la construcción del género –esto que parece ser lo último que en siglo XXI hemos descubierto–, es antiquísima. Es más, nunca ha habido una persona que no hay construido su género. Por tanto, en este punto

parece conveniente adoptar una actitud un poco menos ingenua y más crítica desmitificadora.

Lo que tal vez sea nuevo es el intento de presentar el género como frontalmente opuesto al sexo; como si se tratase de dos realidades –una natural y otra "construida"– que nada tuvieran que ver entre sí. Este planteamiento constituye un error más del pensamiento contemporáneo. Pues, la realidad –tanto la del sexo, como la de ciertos rasgos sectoriales del género, que en aquél se fundamentan– es tozuda y aunque también sea permeable, sensible y vulnerable a lo que acerca de ella pensemos, en cierta forma se torna también resistente a la acción transformadora de los pensamientos.

Si estudian una cosa tan natural como el amor humano, comprobarán enseguida lo mucho que ha cambiado desde, por ejemplo, el modo en que se concibió en la Edad Media, el Renacimiento, etc. y los diversos tipos en que en esas diferentes etapas surgieron (el amor leal, el cortés, el heroico, el burgués, etc.). estas "construcciones" sociales del amor humano, como representaciones mentales de la realidad, sustituyeron en algún sentido el modo de concebir la realidad del amor en otras etapas anteriores.

De aquí que se pueda sostener que, hasta cierto punto, contribuyeron a generar una cierta nueva realidad en el modo de concebir el amor humano. Pero de ello ni siquiera el constructivista de aquella época –el arquitecto icónico y representacional– cognitivo de entones– fue apenas consciente. La ignorancia, no obstante, acerca del efecto hermenéutico y transformador del concepto de amor de esas etapas, no dejó de afectar por ello a todos –también al "ingeniero" icónico, tal vez un poco ignorante de lo que él mismo estaba cambiando, sin apenas darse cuenta de ello.

Admitamos, por el momento, que el género tiene que ver más con lo cultural y que siempre ha sido muy versátil, que no ha tenido un canon muy definido y bien fundamentado en la biología, que no alcanzó a establecerse nunca como la excelencia de una normativa rigurosa y depurada, en definitiva, que no es algo rígido e inmodificable.

Esa relativa flexibilidad del género es precisamente la que posibilita aumentar los grados de libertad respecto de las decisiones por las que cada persona opta

y de los cambios de roles que, en esto del género se han sucedido a lo largo de la historia.

¿Tan importante es hoy, que cambien los roles masculinos? En opinión de quien esto escribe, tales cambios tienen una gran importancia, porque son dependientes de los cambios radicales que en la década de los sesenta se produjeron en la mujer, en relación con la maternidad y su incorporación al ámbito laboral.

Los cambios que hoy se demandan al hombre vienen exigidos por los que cuatro décadas atrás se produjeron en la mujer, lo que manifiesta –una vez más– la natural complementariedad existente entre ellos. Muchos de esos cambios, sin embargo, se están produciendo sin saber por qué, ni cómo, ni para qué. Aquí hay muy poca ciencia y falta mucha investigación, mientras que tal vez sobra cierto exceso de ideología. Y, sin embargo, los cambios se están dando y de una forma acelerada, lo que constituye un tremendo error.

¿Por qué proceder de esta manera es un error tremendo? Porque hombre y mujer se exigen recíprocamente en una complementariedad mutua que tiende al perfeccionamiento de ambos y al enriquecimiento de los dos, de lo que depende en última instancia el desarrollo afectivo de los hijos y el progreso de la entera sociedad. Si esto falla, se quebrará la afectividad de muchas personas de la próxima generación, como resultado de lo cual la sociedad se empobrecerá.

Si se cambian en los varones los roles de los que depende su género – como mujeres y hombres tienen que ensamblarse en el tejido social al cual dan origen y en el cual están inmersos los hijos–, el ensamblaje optimizador entre ellos no se producirá. Pero allí donde el comportamiento del hombre y la mujer no logran ensamblarse –como consecuencia del cambio introducido en los roles masculinos y femeninos– se producirán conflictos; y si hay conflictos entre ellos se quebrará el desarrollo emotivo de los hijos, por lo que todos perderemos y nadie ganará.

Este tipo de conflicto está hoy servido, configurándose como un problema par el que, por el momento, no se han encontrado soluciones. Allí donde no hay ciencia, hay pereza, bostezo y cansancio, y la investigación resplandece por su ausencia. Allí donde no hay ciencia, hay ideologías. Si se supiera muy bien en qué consiste el rol masculino y el rol femenino, se acabaría con el machismo y

el feminismo, a pesar de lo mucho que pueda costar su extinción social. Pero si supiéramos a qué atenernos se acabaría también con tanta verborrea, equivocidad y confusión. Es decir, se pondría fin a la perspectiva ideologizada, opaca e intrasparente, tan útil a las interpretaciones manipuladoras, que constituye un hito emblemático y característico de la actual sociedad fragmentaria.

Paternidad, maternidad y filiación: el escenario donde surgen y crecen los afectos

La paternidad exige y es exigida por la filiación. Lo mismo acontece con la maternidad. Es preciso admitir que hay una co-pertenencia entre los tres. Sin hijo no hay padre ni madre. Y sin madre y padre no hay hijo. Los padres no son jamás padres "de quita y pon", padres *ad tempus,* padres temporales que en cualquier momento pueden dejar de serlo con la facilidad de quien se cambia de chaqueta.

Los padres pueden no asumir sus responsabilidades, pero sin renunciar por ello a la paternidad o maternidad que les caracteriza y confiere un especial estatuto constitutivo, biográfico y personal. Lo mismo sucede respecto de la filiación. Se podrá admirar, respetar y reconocer o no a los padres, pero siempre habrá ese hecho tozudo e innegable –el de "ser hijo de"–que remite inevitablemente a la cuestión acerca del propio origen (Polaino-Lorente, 1999).

Paternidad y filiación se exigen recíprocamente. Esta exigencia es tan radical que cualquier hijo (una sola persona) está necesaria e igualmente referido a dos personas diversas: el padre y la madre. La diversidad que emana del modo en que las persons están naturalmente moduladas (hombre y mujer) no gnera confusión en los hijos sino complementariedad, perfección, amplitud y enriquecimiento en el modo de habérselas y relacionarse con otras personas.

La identidad del hijo o de la hija se refuerza tanto más cuanto mejor y más arraigadas estén la masculinidad y feminidad de sus padres, de los que proceden y a la que están expuestos, como modelos naturales de referencia. La diversidad del padre y de la madre – y de la masculinidad y feminidad que les singulariza- no genera en el hijo o hija confusión sino identidad con uno de ellos (el del mismo sexo) y unión y complementariedad con el otro (el de distinto sexo), además de el necesario aprendizaje de las buenas relaciones que debieran darse entre ellos.

Este es el contexto, el escenario natural en el que emergen los primeros sentimientos –las tempranas experiencias emotivas– de los hijos. Lo que conocemos con el nombre de apego –*attachment*–, es precisamente ese vínculo afectivo, cognitivo, perceptivo, motor, etc., que se establece de una manera efectiva entre los hijos y sus respectivos padres o, en ausencia de estos, con las figuras de apego a las que están expuestos (Vargas y Polaino-Lorente, 1996).

La afectividad de los hijos no es indiferente al modo en que los padres les manifestamos sus respectivos afectos, tanto en lo que se refiere a sus aspectos cuantitativos como cualitativos. El proto sentimiento, el primer sentimiento que casi siempre las personas suelen recordar es un afecto reactivo. Un afecto que no surgió de la nada, ni de sí mismo, sino que emergió como consecuencia y reacción al comportamiento afectivo expresado por uno o ambos de sus progenitores.

En esta diversidad y complementariedad afectiva de los padres precisamente, el lugar donde se acunan, modelan y acrecen las primeras experiencias afectivas de los hijos, experiencias que de alguna forma contribuyen a configurar en ellos un cierto talante afectivo singular y característico. Naturalmente, ese talante no sólo depende de estas experiencias –sino también de otros muchos factores, principalmente del temperamento–, pero son estas las que por su naturalidad, inmediatez y novedad originaria pueden ser denominadas como auto constitutivas.

La diversidad y el encuentro en los hijos de esas modalidades afectivas tan diversas es una característica peculiar de ese carácter bicéfalo del matrimonio al que tanto debe su formación y educación en la afectividad. No es este el momento de considerar las diferencias en que se fundamenta el hecho diferencial de la afectividad masculina y femenina de los padres. Cualquier observador avezado podría ofrecer un extenso inventario de rasgos con el que poder probar la existencia de tales diferencias afectivas y ciertos estilos y rasgos de comportamiento que contra distinguen al padre de la madre. Sea como fuere, el hecho es que también la madre y el padre se comportan de modo diversos en función de que se relacionen con un hijo o con una hija. De aquí que esas diferencias no solo atañan a la diferenciación de los padres –según su sexo–, sino también a la misma diferenciación sexual de los hijos.

El talante afectivo de los padres y la diversidad afectiva de los hijos e hijas.

Llegados e este punto, es posible considerar ahora algunas de las diversas manifestaciones afectivas que caracterizan a hijas e hijos.

Los hijos tienen afectos. A los hijos les afectan sus propios afectos, porque los sentimientos resuenan incontenibles en ellos, aunque de un modo diverso según su sexo. Además, las hijas e hijos quieren querer (aunque no saben cómo) y también quieren ser queridos (aunque no acaban de percibir bien las manifestaciones de afecto que reciben de las personas que los quieren).

A los hijos e hijas les afectan también los afectos de los demás, ante los cuales en muchas ocasiones no saben cómo comportarse. A ello se añade el que todavía no saben diferenciar del todo el afecto que experimentan respecto de un compañero (amistad), del afecto o atracción experimentadas ante una persona de distinto sexo (amor). La confusión entre ambos suele ser especialmente frecuente entre los adolescentes. Todo esto tiene que ver con las aportaciones que, por vía de la maternidad y la paternidad, les llegan de sus padres.

Es probable que uno de los más relevantes contenidos temáticos diferenciales (entre hombre y mujer) para tratar de entender la actual crisis de la masculinidad sea el relativo al ámbito de la afectividad. Es éste un ámbito muy resbaladizo y mal estudiado -un auténtico laberinto-, a pesar de que si nos fiamos de ciertos indicadores sociales es, sin duda alguna, la función psíquica que más interesa a la mayoría de las personas. Si la afectividad no interesara tanto, no se habrían puesto en circulación tantas “revistas del corazón” y con una tirada siempre en aumento. Lo mismo habría que decir de muchas novelas, filmes, programas de televisión, etc.

Por otra parte, en los niños y adolescentes la afectividad barbota debajo de su piel y agita continuamente su corazón. La mayoría de los conflictos adolescentes están varados en el emotivismo, clave que ha de ser tenida en cuenta para ayudarles a resolver sus problemas. Esto sucede tanto en las chicas como en los chicos, por cuanto unas y otros son en esto especialmente vulnerables y se desenvuelven y transitan o merodean casi siempre alrededor de lo que suelen referir como experiencias de “enamoramiento”.

El hecho es que en muchos adolescentes hay como un "analfabetismo afectivo", a pesar de que hoy esté de moda hablar de la "educación sentimental". La mayoría de los adolescentes se resisten a hablar de sus emociones y sentimientos más profundos. Por eso ante la pregunta de "¿cómo te encuentras?, ¿cómo te sientes?", casi todos respondan con la contestación anodina, lacónica y formularia de "bien". Esta respuesta no es significativa, sino que constituye apenas un tópico vacío de significado, un artefacto lingüístico y asignificativo, un mero *flatus vocis* mecánico y automatizado que, en la práctica, nada expresa.

Para arrancarle a un adolescente que manifieste lo que realmente siente es preciso insistir y persistir en la cuestión con formulaciones diversas, con tal de que todas las cuestiones que se le plantean sean respetuosas, parsimoniosas, consistentes y adecuadas.

En este punto el comportamiento del chico y de las chicas adolescentes suele ser muy diverso. De ordinario, el varón adolescente niega sus emociones, que es tanto como negar la necesidad que tiene de reconocer que las experimenta, que bullen dentro de él, que le agitan, que le hacen sentirse mejor o peor, en definitiva, que también él es una persona a la que sus afectos le afectan.

La negación de toda afección sentimental es sólo una pirueta ocultadora, antinatural, contradictoria y a veces perversa, por cuanto que los sentimientos están al servicio del encuentro consigo mismo –y en función de lo que se decida–, se ordenan luego a ser comunicados y compartidos o no con otro o con otra. Esta negación radical y continua de la vida emotiva, por los varones adolescentes, en nada se parece a lo que acontece en las mujeres adolescentes.

La mujer adolescente suele disfrazar sus emociones, pero al menos no las disfraza siempre. Y aunque las disfrace, desde luego no las reprime tan radicalmente como el varón adolescente. Es posible que la joven adolescente disponga de una mayor facilidad para disfrazar sus emociones que el varón adolescente, pero a pesar o precisamente por ello, con harta facilidad encuentra siempre "alguien" con quien se sincera, abre su corazón, se comunica y llega a compartir la intensidad abrasadora de sus sentimientos vitales, anímicos y espirituales. Cosa que no suele ocurrir en el varón adolescente, a causa de su hermetismo emotivo.

Tal vez quepa inferir de esto, que el aislamiento emocional es muy superior en el varón que en la chica adolescente. Este hecho diferencial sí parece estar de acuerdo con el concepto de masculinidad que el adolescente ha aprendido, y con el "código varonil" que ha interiorizado. Una y otra forma de expresar emociones –y también de percibirlas– está en gran parte condicionada por el talante afectivo de la madre y del padre que han observado y a los que han estado expuestos de forma relevante.

Ahora bien, si el varón adolescente reprime su afectividad hasta casi extinguirla lo lógico es que esté enmascarando su más auténtica forma de ser y lo que más le interesa, que no es otra cosa que quererse a sí mismo, ser querido por los demás y querer a quienes le rodean.

Estas tres necesidades vitales suelen estar presentes en cualquier persona y acontecen también en el varón adolescente. Pero como no encajan, no llegan a ensamblarse con el concepto de "masculinidad" de que dispone el adolescente, tratará erróneamente de aplastarlas, quebrarlas o disolverlas, sin apenas alguna eficacia.

Este es su problema, su mayor problema. Si su afectividad ha sido aplastada, no es porque sus amigos no puedan aceptarla, sino porque ha tratado de secuestrarla y encubrirla con actitudes fanfarronas de chico "duro", independiente, indiferente al afecto de los demás, impermeable a los afectos ajenos, es decir, como una insolente y emblemática persona solitaria que, solo en apariencia, de nadie necesita.

Pero esa postura es falsa e inauténtica, como se manifiesta en muchos fragmentos y manifestaciones de su vida adolescente, especialmente cuando ese varón se aísla y refugia en su habitación. Tal actitud insolente es simultáneamente compatible con que derrame ardientes lágrimas acurrucado en la cama o fumando a escondidas un cigarrillo o asomado a la ventana presa del aburrimiento y del sinsentido.

La conducta de la chica adolescente es muy distinta, como puede observarse incluso en el registro de un gesto muy natural, casi tópico, en ciertas secuencias de bastantes películas. Ante un problema, ante una contrariedad que le afecta y no sabe cómo resolver, cualquier espectador puede predecir rigurosamente lo que en la escena siguiente sucederá: la adolescente corre y huye de la situación

donde surgió el conflicto, abre una puerta y se desploma –si es que no se lanza a su cama y rompe a llorar, sin importarle que alguien la haya seguido y la esté observando. Este sí que es un hecho diferencial en el comportamiento afectivo entre chicos y chicas adolescentes.

Al menos desde la perspectiva de la sociología explícita, se asume hoy -como un lugar común– que, por ejemplo, las chicas son más profundamente afectadas cuando rompen con el compañero con el que salen, que los chicos. Infortunadamente, esa perspectiva sociológica en modo alguno coincide con lo que observamos en las consultas de psiquiatría. Por lo común, al menos en este escenario clínico, el varón adolescente en conflicto amoroso, cercado con hábiles preguntas, acaba por deponer las armas, llegando a manifestar que los sentimientos por él experimentados son tan radicales o más que los manifestados abierta y espontáneamente por las chicas adolescentes en iguales circunstancias.

Esta diferencia de actitudes entre chicos y chicas adolescentes genera muchas consecuencias, algunas de ellas fatales para los chicos. Las chicas suelen salir antes de sus crisis sentimentales y son capaces de resolverlas mejor que los chicos, sea porque olvidan antes, sea porque sustituyen inmediatamente al compañero que dejaron o las dejó por otro.

Los chicos, en cambio, se comportan de otra manera. Es probable que no manifiesten lo que les ha pasado ni a sus íntimos amigos, a pesar de que su comportamiento, a cusa de ello se torne raro. Ese ocultamiento del conflicto pone en marcha inferencias, juicios y conclusiones muy disparatadas como, por ejemplo, que “todas las mujeres son iguales”, “la odio profundamente”, o “para ella es como si me hubiera muerto”.

Ninguno de estos juicios se sostiene por sí mismo, como consecuencia de la generalización en que incurre y de la universalización abstracta a que somete el adolescente el problema de su propio y concreto conflicto, todavía no resuelto. En este punto, la terapia cognitiva (Beck, 1998) ha puesto de manifiesto la debilidad de muchas poses masculinas –erróneamente atribuidas a la masculinidad– y su incapacidad para resolver los conflictos afectivos.

Lo que Kindlon y Thomson (20009 denominan “cultura de la crueldad”, característica que atribuyen al ámbito de los varones adolescentes, con toda

probabilidad tiene aquí su origen. Si el conflicto emocional no se resuelve, es muy probable que se metamorfosee luego en forma de agresividad manifiesta, sea a través de la incomunicación total con las personas que le rodean (hacerse presente por medio del silencio), sea a través de la actitud e irónica rebeldía disolvente de todo cuanto se afirme o sostenga, o sea a través de una abierta conducta agresiva.

Ninguna de las anteriores vías empleadas por el adolescente es eficaz para resolver el conflicto emotivo, sino más bien para intensificarlo, extenderlo y complicarlo todavía más. En cierto modo, la "cultura de la crueldad" no es nada más que la punta del iceberg de la "cultura narcisista", que muestra su impotencia para afrontar y resolver un modesto problema, por otra parte, muy frecuente.

Si el varón adolescente se percibe como alguien que ha sido desestimado por la persona que él más estimaba -suelen formular así sus conflictos emotivos, lo "lógico" para él, lo más varonil- según su criterio es que se odie a sí mismo, entre otras cosas porque si no le estiman es porque no vale. Pero si se odia a sí mismo –teniendo en cuenta que él mismo es la persona a la que más ama, por su peculiar narcisismo adolescente–, ¿cómo podrá querer a los demás?

Si se odia a sí mismo, lo más varonil es también odiar a los demás; más aún, manifestar el odio que lleva dentro a quienes le rodean, para que al menos participen de alguna manera de su dolor y entiendan lo mucho que está sufriendo. Esto es lo que hace que la convivencia con un varón adolescente en conflicto resulte insoportable, especialmente si los padres no están avisados de lo que a su joven hijo le está sucediendo.

Maternidad y paternidad en el abordaje del adolescente en conflicto

Tal vez pro eso y por la incomprensión que los acompaña, los padres se sientes completamente incapaces para ayudarle. Mas aún, cuanto más intentan ayudarle, -lógicamente, con gestos, procedimientos y estrategias que en modo alguno son pertinentes-, menos lo consiguen y más se acrece el conflicto. Si los padres tratan de hacer que su hijo adolescente relativice lo que le pasa, más incomprendido y aislado se sentirá el joven adolescente, por lo que supuestamente tendrá motivos adicionales par enfurecerse y odiar todavía más a sus padres.

Si, por el contrario, la madre trata de aproximarse a él con ternura o procura que le cuente lo que le pasa, el varón adolescente se sentirá controlado o experimentará que su madre le compadece, lo cual todavía le hune más y le deacredita en lo más profundo de su masculinidad mancillada. Porque, según él, “un hombre jamás debe ser compadecido”. Y así podríamos continuar con muchas de las escenas que, lamentablemente, acontecen en la vida familiar donde está presente un varón adolescente que ha sido herido en sus emociones.

En estas circunstancias, la intervención del padre resulta imprescindible. No se trata tanto de consolarle como de comprenderle. Es decir, de ayudarle a que se entienda a sí mismo, de ayudarle a relativizar la situación de perplejidad en que se encuentra, a tal vez de hacerle conocer –lo que aumenta la buena complicidad entre padre e hijo– algo parecido que le sucedió a su padre, y que en este momento se lo cuenta, sincerándose con él.

Esto pone de manifiesto que su afectividad es dependiente d ellos afectos de los demás y, por consiguiente, también muy vulnerable. Se diría que muchos adolescentes desean más ser amados que amar, y hacen todo lo posible por conseguir lo primero sin plantearse lo segundo. Es por eso que se comportan como personas reactivas a las situaciones en que viven. Han formateado su afectividad erróneamente, haciéndola depender de la estimación de valor que los demás le atribuyen o que ellos piensan –sin haberlo verificado– que los demás les atribuyen.

> “si valgo mucho –se dicen a ellos mismos– me querrán más. Es así que no me quieren, luego no valgo”. Pero el valor de que aquí se trata, tal y como el adolescente lo entiende, no es el valor objetivo, singular y personal. Se trata más bien del “valor” que los demás le atribuyen o que él supone que le atribuyen.

El varón adolescente no ha conquistado todavía la necesaria independencia personal, y depende mucho más de las manifestaciones de afecto que recibe –y de las que tanto necesita, a pesar de que de ellas nunca hable– , que de su personal disposición a querer a los demás. Un adolescente así, toma, pide, exige afecto y, por conseguirlo, llega incluso a arrastrase a sí mismo.

Pero un adolescente así no da nada, no toma jamás la iniciativa, es incapaz de salir de sí mismo. Es más, una persona “tomante” que “donante”, y mientras

siga siendo solo un "tomante", ni es libre, ni es independiente, ni es invulnerable. Y esto a pesar de que se revista de una "bella y estudiada indiferencia", que en apariencia le asemeja a un varón estoico. Se trata aquí de un estoicismo prestado, de una impostura estoica, de una débil falsificación que acabará por hacerle estallar en mil pedazos, solo cuando se dé un encuentro real y auténtico con otra persona.

Los "rostros impenetrables" son en los adolescentes casi siempre postizos y relativamente fáciles de penetrar en ellos si se adoptan las necesarias actitudes de fortaleza, comprensión, autenticidad y madurez varonil. Si el adolescente experimenta que otra persona de su mismo género se interesa por él y con su ayuda hace que se desvele en él, poco a poco, lo que le pasa –a la vez que le exige y le comprende–, el adolescente depone sus armas y alivia su conflicto.

Este acercamiento al varón adolescente en conflicto no se puede improvisar. Lo ideal es que su propio padre le hubiera tratado así y se hubiera servido de sus mismas actitudes con él desde su nacimiento. Si el padre le ha comprendido desde pequeño, siempre desde una larga distancia y en un tiempo escaso, en la práctica es imposible, que ahora, una vez llegada la adolescencia, pueda abordarlo y ayudarle en sus problemas.

Si, por el contrario, padre e hijo han hablado muchas veces de temas diversos –no estrictamente relacionados con el rendimiento académico–, si el padre le ha contado –en espacio de intimidad compartida de un hombre frente a otro hombre– alguna de sus pequeñas dificultades, si ha reconocido que alguna vez también él sufrió y lloró por una causa parecida, es decir, si se ha establecido cierto *feeling,* si hay "química" entre padre e hijo desde la infancia, es más que probable que el padre pueda ayudar a su hijo adolescente a resolver sus pequeños problemas. Cuando este modo de proceder jamás se ha empleado con el hijo adolescente, entonces hay que recurrir a expertos, es decir, al psiquiatra y al psicólogo.

El "analfabetismo emocional" de los adolescentes y la ausencia de contacto con sus padres varones.

Tal vez resulte excesivo atribuir todo este "analfabetismo emocional" de los varones al estereotipado concepto de masculinidad que está insito en ellos. No obstante, mucho hay de ello en la interacción y el mismo ensamblaje entre masculinidad y afectividad.

Se cumple ahora un cuarto de siglo desde que Brannon y David (1976) describieron las cuatro características que distinguían, entonces, a la masculinidad y que sintetizo a continuación:

1. La masculinidad consiste en el repudio de lo femenino.
2. La masculinidad es evaluada por la riqueza, el poder y el status social
3. La masculinidad requiere la impenetrabilidad en las emociones.
4. La masculinidad exige destacar, ser agresivo y realizar acción arriesgadas en nuestra sociedad

La formulación de estas notas características dibuja un "personaje" singular, el varón adolescente, que, por fuera, ofrece la imagen de un roble vigoroso, poderoso y decidido, cuyas decisiones y acciones bordean siempre los límites de la audacia y la imprudencia. Esta imagen, aunque está lejos de ser un análogo de "Superman", trata de aproximársele.

Habría que preguntarse si esta es la imagen que conviene a cualquier varón y si, además, es la imagen con la que sueñan las mujeres. Probablemente ni lo uno ni lo otro. Pero, sin embargo, continúa manteniéndose; y, a lo que parece, tiene un buen soporte social. Pero funcionalmente, esta imagen está desajustada, tanto para realizarse en cada hombre concreto, como para procurar la felicidad de las mujeres.

La ausencia del padre (Polaino-Lorente, 1993, 1994 a y b y 1995), su no comparecencia en el encuentro con el hijo, su "deslocalización" de la convivencia en el hogar, condiciona poderosamente este desarrollo afectivo tan anómalo en sus hijos. Un desarrollo nefasto por cuanto hace daño al hijo, genera distancias y rencores respecto del padre y, lo que es peor, puede incapacitar al hijo a la larga para hacer feliz a la mujer de su vida.

Las anteriores notas, por tora parte, se realizan de modo diverso en las diferentes personas, y, muy probablemente también, en las distintas culturas. Pero alguna huella vestigial queda de esta imagen en lo recóndito del mapa cognitivo de los varones adolescentes, y contribuyen a inspirar el modelo de hombre que quieren llegar a ser. La fanfarronería, la violencia y la misoginia de

los varones adolescentes han encontrado en las anteriores notas el caldo de cultivo, el necesario *humus* donde arraigar de forma poderosa.

Las consecuencias de este concepto estereotipado de masculinidad se dejan fácilmente sentir y no son muy provechosas que digamos. Se impone, pues, la construcción de un nuevo concepto de masculinidad. Para ello no basta con el trabajo de gabinete, y menos aún con el trabajo de laboratorio. No se trata tanto de que alguien diseñe cómo ha de ser el varón en el siglo XXI –conjetura que nadie está en condiciones de asumir–, como de arbitrar el apropiado diseño educativo a cuyo través los padres varones contribuyan a la configuración del concepto de" masculinidad" que ha de formarse en su hijo.

Naturalmente esta educación la tienen que hacer los padres varones, puesto que no disponen de nadie que pueda sustituirlos y tanto más, como hemos visto, cuando se vive bajo la amenaza de una confusa sociedad en lo que a la educación afectiva se refiere. A través de esta última es como el niño, que luego será adolescente, tiene que identificarse con el progenitor varón. Este proceso de identificación es muy largo en el tiempo, aunque comienza con el mismo nacimiento del hijo.

El niño, apenas nacido, es un espectador de su mundo, que observa a su manera lo que sucede en su entorno. En esa etapa es necesario que se dé una frecuente interacción entre padre e hijo. Podría ser suficiente que el padre, le abrazara, jugara con él, le acariciara, le cantara alguna canción, le contra o leyera algún cuento, practicara con él algún entretenimiento, etc.

Transcurrida la primera infancia, el niño antes que nada es un excelente actor. El niño imita todo cuanto ve y oye. En esta etapa es de vital importancia que el padre se deje oír y ver, porque el niño le imitará. Para que esas observaciones visuales y auditivas sean eficaces, es muy conveniente que en el comportamiento del padre en interacción con su hijo se manifiestan numerosos valores, porque entonces, casi sin esfuerzo, el actor que es su hijo tratará de reproducirlos.

Es aquí donde hay que introducir vigorosamente la educación de los sentimientos, puesto que es el contenido irrenunciable del que todo actor se sirve en la representación del papel que realiza. Esta etapa es muy larga, y durante ella convive también –aunque en diversa proporción– el papel de espectador de la etapa anterior, que se ensambla en el hijo de forma personalizada e integrada.

Mas tarde, ya próxima la preadolescencia, el hijo se decide al fin a manifestar el autor que lleva dentro. Solo entonces se sentirá capaz de tomar decisiones, acometer proyectos, pensar por cuenta propia, es decir, todo lo que lleva parejo el hecho de sentirse único, irrepetible y dueño de la propia vida.

En esta etapa debe también haber muchas interacciones entre padre e hijo. Es el momento para dialogar acerca de muchos e importantes temas, competir practicando algún deporte, compartir pequeñas dificultades, éxitos y fracasos, alegrías y tristezas, aficiones y frustraciones, ilusiones y expectativas, etc.

En esta etapa reaparecen también los papeles de espectador y actor de las etapas anteriores, en los que el niño autor se inspira para tratar de ser quien realmente es, aunque la representación más emblemática pro la que opta es la de autor.

La educación afectiva debe atravesar todas estas etapas, estando siempre presente en ellas en mayor o menor cuantía, en función de cuáles sean los requerimientos exigidos por el desarrollo afectivo del hijo.

A lo largo de este proceso los padres deben estar avisados de que la educación de la afectividad constituye una de las piezas fundamentales que más tarde sostendrá el comportamiento de su hijo adolescente. Deben estar avisados de que las notas estereotipadas que sociológicamente definen la afectividad masculina en la actualidad han de ser profundamente revisadas y prudentemente modificadas, así así lo exige el caso.

No se trata, pues, de iniciar un cambio de roles que sea radical, sin antes valorar los pros y los contras o simplemente las consecuencias que tales cambios pueden generar en el comportamiento de los hijos. Sí parece muy apropiado dar una mayor centralidad a la vida emocional en la configuración y desarrollo de esa masculinidad naciente.

Se trata de vertebrar la nueva y emergente masculinidad no tanto de acuerdo con los diversos modelos puestos en circulación en la actual sociedad, como de pensar qué masculinidad es más conforme al código genético, al sexo biológico del hijo, a su personalidad, al mismo tiempo que sea lo que satisfaga más y mejor, la que transforme y optimice los requerimientos –algunos fundamentados, otros sin fundamento alguno– del actual código social masculino.

El comportamiento que se observa en las chicas al llegar a la adolescencia sufre también un cambio profundo. La influencia de la madre es aquí decisiva, aunque no es infrecuente que la madre se transforme, a los ojos de su hija adolescente en su “mayor enemiga”, mientras que “adora a su padre”. No hay que asustarse por ello. Es que está descubriendo y “asumiendo” el modelo implícito de feminidad de que dispone, y por eso, compite con su madre. La alianza padre hija y la admiración de ésta pro su padre puede ayudarle mucho en su desarrollo afectivo.

A la madre le conviene relativizar ese pequeño rechazo personal de su hija adolescente. Tampoco debiera experimentar o alimentar los celos respecto de su esposo que acaso desencadene el comportamiento de su hija. Ya vendrán tiempos mejores –basta con esperar dos o tres años– en que la madre volverá al digno lugar que le corresponde en la percepción afectiva de su hija. Además lo bueno de las crisis adolescentes es que se pasan con el tiempo. Pero conviene que en ese periodo no se produzcan demasiadas fracturas en las relaciones entre la hija y su madre –a la que tanto necesitará después, a fin de que la adolescente sea capaz de sacar la mejor persona que lleva dentro.

Cuando la chica llega a la adolescencia, el habitual parloteo y griterío que la caracterizaba en la preadolescencia, enmudece. Ahor ase vuelve más reservada y, en apariencia, más prudente también. Sus poses son más delicadas y contenidas porque entiende que así es como se comporta una señorita, confundiendo esos comportamientos con las categorías claves de su feminidad. Experimenta que lo deseable socialmente, lo que esperan de ella como mujer es precisamente ese control de sus impulsos, simpatía, delicadeza, finura en el trato y una cierta reserva, de manera que su intimidad quede opaca e intransparente a la mirada de curiosos y extraños. Este modelo ayuda al crecimiento del mito sobre el misterio de la mujer, del que sin duda alguna se alimentará durante la adolescencia.

Esto es compatible con que la adolescente se haga transparente en el diálogo con su “amiguísima del alma”, llegando hasta extremos de una confidencialidad inusitada. Pero los contenidos de ese discurso explícito en la íntima conversación con su amiga del alma es el que jamás se hará explícito en el escenario social.

A lo que se ve, estamos ante dos modelos de comportamiento opuestos y radicalmente enfrentados. Bastaría comparar el “discurso interior” e inefable del adolescente varón con el discurso de la adolescente mujer con la amiga íntima

para que pudiéramos establecer una negativa correlación entre ambos, por otra parte muy significativa.

Tal vez por eso el asertividad que manifiestan la mayoría de las adolescentes es el equivalente explícito y social de la agresividad y bravuconadas que manifiesta el adolescente varón. Ha comenzado ya en ambos el modelamiento social de su propio talante afectivo, aunque, como la primavera, nadie sepa cómo ha sido.

La mujer adolescente ocultará sus habilidades naturales; el adolescente varón las exagerará con fanfarronerías. La mujer adolescente esconderá las pequeñas o grandes frustraciones que experimenta; el adolescente varón las proclamará allí donde esté, exagerándolas incluso, aunque al hacerlo él personalmente quede mal. “Un hombre –se dirá a sí mismo– no ha de tener miedo a nada. ¡Qué importa que los demás sepan lo que le ha pasado! Los hombres han de afrontar los malos tragos que les hace pasar la vida”.

Esto no quiere decir que el adolescente varón sea más auténtico y sincero que la adolescente mujer. Significa tan solo que parten de mapas cognitivos muy diferentes y relativamente contrapuestos en lo concerniente a sus respectivos modos de expresar las emociones. Ni la adolescente mujer es una simuladora profesional, ni el adolescente varón es un personaje esperpéntico, sino que ambos se comportan a través de la mediación del modelo social acerca de lo que –ellos entienden– se espera de sus respectivas feminidad y masculinidad, y acomodan sus propios comportamientos al modelo implícito de que disponen. De no modificarse el modelo, lo lógico es que no se modifique el comportamiento.

Algo parecido sucede si consideramos lo que les motiva y el modo en que se acuna el nacimiento de las propias ambiciones. El varón adolescente hinchará sus ambiciones hasta desfigurarlas; se opondrá frontalmente a sus padres; gritará enérgicamente a su madre ante el más mínimo reproche; sobrestimará sus capacidades; se mostrará intolerante ante la imposición de cualquier límite o la restricción de alguna de sus libertades; y concebirá metas, proyectos y realizaciones que están muy por encima de sus posibilidades y que a todas luces es incapaz de alcanzar.

El comportamiento de la mujer adolescente es muy diferente. De ordinario embridará sus ambiciones y las secuestrará en el fondo de su corazón, tenderá

a subestimar sus habilidades; discutirá con sus padres al notar el leve peso de la más mínima prohibición, pero lo hará de diferente forma con su padre que con su madre –habitualmente de una forma más intolerante con la segunda que con el primero; inhibirá estas manifestaciones cuando en el contexto situacional haya alguien que no pertenezca a la familia; y concebirá solo aquellos proyectos para los que está sobradamente capacitada.

De acuerdo con estos perfiles, es fácil pronosticar cuál de los dos adolescentes tendrá más éxito en sus realizaciones. Las anteriores características podrían explicar porqué el rendimiento académico es muy superior en las chicas que en los chicos adolescentes. Naturalmente no es esta la única causa. El proceso madurativo es también un factor añadido que podría explicar estas diferencias, casi siempre a favor de estas últimas, por ser más rápido en las chicas que en los chicos.

En realidad, desde el punto de vista madurativo, la mujer adolescente de la misma edad que el varón adolescente, es superior a aquel en tres o cuatro años de edad. Cuando el varón adolescente está yendo por el camino de la vida de la experiencia cotidiana que se dirige a la madurez personal, la mujer adolescente de la misma edad ha ido ya y ha regresado varias veces, lo que significa que tiene mayor experiencia que el chico, simplemente porque ha recorrido y transitado ese camino más veces que aquel.

Basta con que el atento observador contemple, por ejemplo, cómo están tratados los útiles del aprendizaje por unas y otros. Los cuadernos de las chicas, las carpetas, los libros, suelen estar forrados, cuidados y ordenados. Los apuntes se despliegan día a día en un cuaderno independiente para cada materia. Los útiles empleados por el varón adolescente, por contraste, aparecen arrugados, desordenados, faltos de páginas y ajados. Los apuntes y notas suelen tomarse en un solo cuaderno y en una misma página comparecen contenidos de diversas materias sin fechas, sin orden alguno, incompletos, desordenados y revueltos. Es lógico que a través del análisis de estos medios, tan discrepantes entre sí, se obtengan fines y resultandos tan diversos por una y otro adolescente.

Algunos errores en la autoestima de los adolescentes

Si estudiamos la autoestima entre los adolescentes observamos enseguida muchas diferencias entre ellos. La diferencia más importante tal vez consiste en que el contenido del que depende la autoestima es muy diferente en chicos y

chicas. En el varón adolescente la autoestima se hace depender de la fuerza, el poder económico, las habilidades para el deporte, las calificaciones escolares y desde fecha reciente –esto está actualmente cambiando–, el atractivo físico.

En las chicas adolescentes la autoestima se pergeña y vertebra con otros contenidos. En primer lugar, la belleza y el atractivo físico, siempre con una especial referencia a lo que parece estar de moda. A esta primera categoría se subordinan, a mucha distancia, las restantes, como, por ejemplo, las calificaciones escolares, las capacidades intelectuales, las habilidades deportivas, etc. Antes que estas últimas, a las chicas adolescentes les importa mucho más la simpatía.

La inteligencia, en cambio suele estar objetivamente infravalorada, con independencia de que esa adolescente sea más o menos inteligente. Esto en modo alguno acontece en el varón adolescente, a pesar de que en él tampoco el nivel intelectual sea el principal contenido que sostiene su autoestima personal.

Hasta tal punto tienen fuerza estas estereotipias que, paradójicamente, el modo de alabanza social respecto de las adolescentes suele seguir en descenso los tres hitos siguientes: en primer lugar, ser guapa; y si no es muy guapa, ser simpática; y si no es lo uno ni lo otro, entonces y solo entonces, ser inteligente.

A lo que se observa el código genético que sale garante de lo masculino y de lo femenino es aquí el responsable de estos comportamientos. Es más bien el código social respecto de lo masculino y lo femenino lo que moldea significativamente el comportamiento de los adolescentes, aunque partiendo de un cierto fundamento según su propio sexo.

En consecuencia, no es comparable la autoestima masculina y femenina, sencillamente porque no son homogéneos los contenidos respecto de los cuales se establecen esas respectivas autoestimas.

Ambos, chico y chica adolescentes, comenten numerosos errores en el modo en que se autoestiman. En mi opinión, ambos se subestiman en muchas más cualidades, capacidades y destrezas de lo que también se sobrestiman a ellos mismos. Es decir, son más frecuentes los errores de subestimación que los errores de sobrestimación en los adolescentes. Ninguno de los dos errores genera buenas consecuencias. Los primeros por defecto y los segundos por

exceso, ambos contribuyen a que el comportamiento adolescente sea todavía más inadaptado.

Ambos tipos de errores sitúan a los adolescentes en una indefensión tal, que hace de ellos verdaderas personas dolientes. Muchas frustraciones, muchos conflictos y muchos sufrimientos adolescentes tienen aquí su causa. La adolescencia, por esta causa, no debiera ser considerada como la "etapa rosa de la vida".

Si una chica adolescente sobrestima, por ejemplo, su belleza, concebirá unas expectativas acordes con ella, especialmente en el modo en qu espera que los demás la traten. Comete así tres errores fundamentales: en primer lugar, el de sobrestimarse en lo relativo a su propia belleza; en segundo lugar, el de considerar que cualquier relación que pueda llegar a establecer con los chicos solo es dependiente de su belleza personal; y, en tercer lugar, el error de concebir unas expectativas –tan importantes para esta edad por estar referidas a las relaciones sociales– que están agigantadas y deformadas.

Como en el escenario social real no será tratada conforme a como ella esperaba, experimentará que no la tratan como se merece, ue no la valoran en modo suficiente, que le tienen envidia, que no la quieren ni la aceptan como es. Esto, obviamente, constituye para ella un motivo real de sufrimiento y subestimación –sin duda alguna, el más importante, con independencia de que ello sea así realmente o no. Es decir, los errores de sobrestimación inicial generan consecuencias que son realmente subestimadoras. La sobrestimación no er real; la subestimación generada, como consecuencia de aquella, sí que lo es.

Pondré ahora un ejemplo de subestimación muy común en el varón adolescente. He elegido intencionalmente este ejemplo, para que no se me tilde ni de feminista ni de machista, aunque la verdad es que considero que ninguna de esas atribuciones haría crecer ni menguar mi estima personal, pero al menos contribuyamos a que los demás no yerren.

Importa más lo que cada persona piense de sí misma que lo que los demás puedan pensar de ella. Importa más dirigir la propia conducta de acuerdo con las condiciones personales, que dirigir aquella de acuerdo con los criterios versátiles, ignorantes e infundados del "qué dirán". Allí donde no hay ciencia o conocimiento científico, la ideología, el prejuicio o las estereotipias están cerca.

Reducir el problema que estamos estudiando a solo claves del “machismo “o del “feminismo” es optar burdamente por la ideología, en contra del conocimiento científico.

Pero sigamos con el ejemplo propuesto. Si un varón adolescente se subestima en su capacidad intelectual –capacidad intelectual que en absoluto conoce, pero sobre la cual, paradójicamente, cree disponer de un riguroso concepto–, obviamente, ajustará su nivel de aspiraciones académicas a lo que considera con ese nivel intelectual. Es decir, aspirará a mediocres resultados académicos, de acuerdo con la capacidad intelectual personal que con anterioridad ha subestimado.

En consecuencia, con ello, se exigirá menos a sí mismo, se esforzará muy poco por conseguir un logro mayor y, lógicamente, los resultados obtenidos le confirmarán en sus erróneas hipótesis anteriores. Esta verificación continuada en el tiempo todavía dará una mayor consistencia a su inicial error de subestimación. Si su rendimiento académico es mediocre, su propio autoconcepto se configurará de acuerdo con esa mediocridad. El rendimiento obtenido dará una mayor consistencia a su autoconcepto negativo.

La subestimación de su capacidad intelectual le conducirá inexorablemente a la subestimación personal. La parte (la inteligencia erróneamente valorada) sustituirá al todo (su entera persona), que quedará sazonado y configurado por ese mismo error. Nada de particular tiene que ese adolescente no se acepte a sí mismo y aparezcan en él un comportamiento retraído, enrarecido, inhibido y mal dispuesto para las relaciones sociales.

Si ese varón adolescente considera que no es inteligente –característica que además acreditan los resultados obtenidos– constituirá una imprudente osadía por su parte tratar de relacionarse las personas que obtienen mejores calificaciones que él. Si se subestima a sí mismo, procurará evitar que otros le conozcan tal y como él es, es decir, tratará de evitar que los demás también le subestimen. De este modo, rehusará relacionarse con muchas personas con las que naturalmente desearía hacerlo, configurando así un poderoso déficit en sus habilidades sociales.

La afirmación de los adolescentes en lo que realmente valen.

Es lamentable que la historia biográfica de numerosos jóvenes de tantas generaciones manifieste abiertamente en las consultas psiquiátricas tales errores, cuyo origen y fuente está en la autoestima (Polaino-Lorente, 2003 y 2004). No, no es verdad que el gran negocio del mundo sea comprar a las personas por lo que realmente valen y venderlas por lo que cada una de ellas cree que vale.

En mi experiencia universitaria, al menos, tal diseño empresarial sería desde luego ruinoso. Entre otras cosas, insisto, porque son mucho más cuantiosos los contenidos sobre los que los adolescentes varones hoy se subestiman y muy escasos aquellos sobre los cuales cometen el error de la sobrestimación.

Tanto unos como otros errores generan inseguridad, inquietud, angustia, dudas, indecisiones. Sin ánimo de psiquiatrizar estos problemas consuetudinarios de la adolescencia, se podría afirmar que esta es la "enfermedad mortal" de los adolescentes, entendiendo pro "enfermedad" solo el sentido de su significado etimológico más preciso. Enfermedad viene de *infirmitas*, que significa "falta de firmeza".

Muchos jóvenes adolescentes sufren hoy la falta de firmeza, por lo que es preciso afirmarlos. La afirmación de si mismo es una condición necesaria, aunque no suficiente para la seguridad personal. Pero el adolescente se afirma no cuando decide él mismo hacerlo, sino cuando es afirmado por una persona que él considera relevante o especialmente valiosa.

La afirmación adolescente exige la comparecencia de otra persona, porque su afirmación es siempre reactiva. El adolescente queda afirmado cuando se le afirma. Naturalmente tal afirmación -sería una crueldad- no debe hacerse de modo erróneo no se trata de afirmar sin más al adolescente por el mero hecho de afirmarlo, y mucho menos en características y peculiaridades en que en modo alguno es valioso, porque no dispone de ellas.

Esto más que afirmarlo, sería manipularlo, es decir, hacer que configure unas expectativas acerca de sí mismo para las que no dispone de las necesarias capacidades. Al proceder así, lo que inmediatamente se genera en él, a muy corto plazo, es una frustración insufrible y generadora de muchos conflictos. Esto debiera ser tenido en cuenta por muchos padres y profesores "permisivos"

que, siendo partidarios de la educación “blanda”, se dedican injustamente a halagar al hijo y al alumno en aquello precisamente de que carece.

Afirmar al adolescente implica, en primer lugar, conocerle muy bien, para luego desvelar en él aquellos rasgos valiosos de que dispone y seguramente ignora. Esto sí que es afirmar al adolescente en lo que vale. Pero no basta con eso. Hay algo más. Es preciso que al desvelarle los valores de que dispone se les muestre también el procedimiento a seguir para hacerlos crecer, para que no se agoten en su naciente estado de modesta intensidad y, sobre todo, para que los ponga al servicio de los demás.

Por consiguiente, el camino para afirmar al varón o a la chica adolescente sigue estas tres etapas: manifestarle cuáles son sus rasgos positivos; enseñarle a crecer lo más rápidamente posible en ellos; y enseñarle a cómo ha de disponer de ellos no para hacer crecer su Yo hasta que se haga un gigante monstruoso, sino para contribuir a solucionar problemas y para que los demás también crezcan y queden afirmados en sus respectivos valores.

La aceptación del adolescente y sus limitaciones

Una educación así entendida daría al traste con muchos de los problemas que hoy penden, como una espada de Damocles, sobre chicos y chicas adolescentes poniendo en grave riesgo hasta su propia identidad persona.

Ciertamente que todo esto no es fácil y, sobre todo, no es suficiente. Además, antes de afirmar al adolescente, hay también que aceptarle como es. Aquí es donde muchos padres y profesores tropiezan. Acaso porque también tienen un modelo estereotipado de lo que es o debe ser ese adolescente.

Lo diré de una forma breve y rotunda: hoy se tiene miedo a los adolescentes. Son muchos los padres y profesores que conozco que están “quemados” precisamente por tener que relacionarse con adolescentes. Al adolescente hoy se le teme mucho más que en las pasadas décadas, también porque probablemente son más conflictivos y disponen de mayores recursos para potenciar la hostilidad y rebeldía propias de esa edad.

Estoy persuadido de que sería hoy un completo éxito editorial la publicación de un manual de autoayuda que llevara por título algo parecido a lo que sigue: “¿Cómo sobrevivir a la convivencia con un/a hijo/a adolescente y no morir en

el intento?" Haría falta, eso sí -con independencia de que fuese o no un *best-seller*_ que respondiera con rigor a la cuestión formulada, tanto en lo que atañe a la perspectiva de los padres como a la de los profesores.

Es, pues, necesario que padres y profesores, si no aceptan al adolescente como es, al menos lo toleren. La adolescencia es una etapa por sí misma conflictiva que hace del adolescente un ser en crisis, como consecuencia del cambio continuo que está experimentando. Acoger, aceptar o cuando menos tolerar a un o una adolescente, día a día es, sin duda alguna, un mayor esfuerzo.

Por eso parecen muy acertadas las recomendaciones que a los padres de los adolescentes hacen Kindlon y Thompson (2000) en su último libro, "Raising Cain", que se ha convertido en un *best-seller* en el último año en EE. UU. Al título del libro sigue un subtítulo que es todavía más elocuente y que dice así. "Protegiendo la vida emocional de los chicos".

Los consejos que estos autores dan a los padres de los adolescentes tienen que ver con el "analfabetismo emocional" que les caracteriza – y del que me he ocupado líneas atrás-, y qu se sintetizan a continuación: "ser indulgentes con sus emociones"; "aceptar su alto nivel de actividad física"; "hablar su lenguaje y tratarles con respeto"; "enseñarles que la empatía es coraje"; "usar la disciplina en su dirección y formación", "mostrarles a los varones un modelo de masculinidad en el que esté incluido el apego emocional"; y "enseñarles muchos de los caminos en que una chica o un chico adolescentes pueden llegar a ser una mujer o un hombre" (págs. 241-256).

Los autores se refieren aquí sobre todo a los chicos, y razones hay para ello, pues como hemos observado líneas atrás, uno de los ámbitos más deficitarios en la formación de los varones adolescentes y en su futura configuración auto constitutiva es precisamente este: la incapacidad para expresar emociones y relacionarse de forma empática con las personas con quienes conviven.

Un derecho conculcado del niño, todavía no explícitamente asumido por las vigentes legislaciones

Es obvio que los niños tienen derechos. Muchos de ellos se han dio introduciendo en los diversos códigos vigentes, inspirándose en esa Carta Magna que es "Los Derechos del Niño", la cual han tomado como marco de referencias. Sin embargo, es mucho lo que pueda por hacer, sobre todo si se

contemplan estos problemas desde la perspectiva de lo que la paternidad y la maternidad pueden aportar a los hijos.

El niño tiene derecho a tener padre y madre. Pero no solo eso. El niño tiene derecho a tratar y conocer a sus respectivos padres de los que procede. Este derecho no es renunciable puesto que, como se ha demostrado, la relación con ellas es necesaria para su desarrollo cognitivo y emocional. Tal relación es, en cierto modo, auto constitutiva del ser hijo, y, por eso mismo una condición que no es negociable.

Esto significa que los padres han de estar informados en modo suficiente acerca de los deberes que inexorablemente acompañan -y han de asumir- y satisfacer, como obligación natural que se deriva del hecho de la paternidad y la maternidad.

El derecho a la relación hijo/a-padre e hijo/a-madre e el núcleo sobre el que se vertebrará la personalidad del niño y su futuro talante afectivo, es decir, algo que para él o ella es de vital importancia y que debería ser juzgado con la misma importancia que la alimentación o cualquier otra de las necesarias acciones que configuran la práctica de la crianza. Este derecho del niño ha sido conculcado muchas veces –acaso demasiado–, sin que el deber d ellos padres fuera atendido como realmente exige.

No deja de ser una paradoja que el énfasis en la educación temprana en la familia se ponga ahora mucho más en otros aspectos como el cuidado de la higiene o de la alimentación y, en cambio, se desatienda a los aspectos relacionales y a la interacción entre los padres y los hijos, d ellos que dependen aspectos psicológicos y personales tan importantes o más que el mero crecimiento biológico.

Sin esas necesarias interacciones es lógico que el hijo o la hija encuentren serias dificultades para desarrollar su identidad personal. Pero si su identidad queda fracturada, obstaculizada o sofocada por esas carencias, ‘es que acaso no es esto más grave que una deficiencia en el aporte de vitaminas en la dieta, en la limpieza del vestido o en la higiene de la boca’, ¿qué es más importante la identidad personal o la salud bucal?

Hay ciertas razones que, en cierto modo, justifican este olvido sobre lo esencial. La invisibilidad del proceso de maduración en que se vertebra la identidad personal de los hijos podría considerarse como un factor atenuante de ese fatal olvido. Parero acontece que nuestros cocimientos sobre el particular son en la actualidad más claros y vigorosos que en el pasado, por lo que habría que adecuar las legislaciones y el comportamiento de los padres a las conclusiones que la ciencia rigurosa ha puesto de manifiesto. Continuar silenciando estos hechos es algo que no es sostenible en la actualidad.

Por último, me referiré a otro derecho no menos importante y no menos frecuentemente conculcado. Ese derecho se inscribe en el marco de lo que hoy se ha dado en llamar la “educación sentimental”, es decir, la educación d ellos hijos en la afectividad. En la mayoría de las familias – por no decir en casi todas ellas- a los hijos no se les educa en la afectividad. Entre otras cosas, porque los padres ignoran cómo hacerlo y porque el estado de los conocimientos sobre esta materia de las ciencias de la educación no dispones, por el momento de los necesarios procedimientos.

¿Significa esto que los padres en modo alguno educan en la afectividad a sus hijos? En opinión de quien esto escribe no parece que sea así. Los padres también educan en los sentimientos a su hijo, solo que, de una forma no consciente ni voluntaria, y siguiendo un procedimiento in obliquo y derivado. Expliquemos un poco lo que se quiere afirmar con estos términos.

Por lo general, cuando los padres manifiestan sus afectos a los hijos en la vida cotidiana, no reparan en que están contribuyendo a modelar su afectividad, el talente afectivo que les caracterizará cuando crezcan. Por eso, puede afirmarse que no son muy conscientes de lo que están haciendo. No es lo mismo acariciar a un hijo que tratarlo con frialdad, como también importa mucho enseñarle a que acoja mejor o peor las manifestaciones de afecto de los demás y no las rechace.

La educación en la afectividad que están realizando es, desde luego, espontánea e incluso –no me importaría reconocerlo– natural, pero muy poco personal por no ser, en definitiva, ni voluntaria, ni consciente. De otra parte, es una educación in obliquo, derivada y reactiva, porque no es la educación afectiva el fin que, naturalmente se han propuesto al manifestar con un gesto, una caricia o una palabra de ternura que quieren a su hijo. Actúan simplemente, como quien manifiesta su espontáneo querer (esta sería la acción visible,

consciente y voluntaria que realizan), pero ignorando o no teniendo en cuenta que también con ello les están educando en la afectividad (de acuerdo con una pedagogía invisible o no manifiesta, aunque no por ello menos eficaz y necesaria). De acuerdo con ello, la educación que hacen de los sentimientos en sus hijos, la hacen muy a su pesar y desde una ignorancia encubierta y no libremente elegida.

Si tuvieran esto muy presente, de seguro que su comportamiento sería más cuidadoso, prudente, exigente y atenido a la peculiar singularidad de la realidad personal que es cada uno de sus hijos. De tener esto en cuenta, es probable que se exigieran más en esas manifestaciones –sea atenuándolas o intensificándolas según los casos– y de acuerdo con la forma de ser de cada hijo y de las exigencias del contexto.

El otro escenario natural donde los hijos e hijas realizan el aprendizaje de la afectividad es a través de la observación del comportamiento afectivo de sus padres en las relaciones de pareja. Mediante la observación –y los hijos siempre observan atentamente, de una u otra forma– los hijos perciben las miradas de complicidad que se dirigen sus padres; los gestos de ternura o de contrariedad cuyo significado exacto tal vez no acaben de comprender pero si intuyen; las manifestaciones verbales de aprobación y apoyo o de contrariedad y franca oposición, la afirmación de lo que el otro o la otra dicen o su franca o encubierta descalificación, desaprobación o descalificación; la unidad y el espíritu creativo que los une o el tedio y aburrimiento que los separa.

Los hijos, después de observar, imitan lo observado, para más tarde interiorizarlo, identificarse con ello y vivirlo desde su subjetividad original y originaria. Hijos e hijas aprenden del comportamiento que mostro la pareja que fueron sus padres los primeros esbozos de la relación entre un hombre y una mujer, la delicadeza y respeto al otro o su desautorización más vehemente, la crispación o la armonía que ha de haber entre ellos. Y sobre este sustrato hunden sus raíces los aprendizajes del comportamiento sentimental, que es posible manifiesten luego con la otra persona con la que han decidido contraer matrimonio.

Desde esta perspectiva, puede afirmarse que el comportamiento de la pareja de los padres, las relaciones de pareja de sus padres sirven de escenario natural para el aprendizaje sentimental de los hijos, sobre todo en lo relativo

a las relaciones hombre-mujer. Lo que aquí aporta la maternidad y paternidad a los hijos e hijas tiene un valor incalculable, puesto que el estilo emocional propio de los padres puede transmitirse, mediante este aprendizaje, de una a otra generación. según esto, se diría que le comportamiento de los padres en la pareja constituye la "correa de transmisión" del estilo emocional que los hijos aprenden.

De admitirse lo que se ha afirmado líneas atrás, emerge un nuevo derecho en los hijos: el derecho a observar y experimentar como sus padres se quieren, se muestran afecto y saben acogerlo y responder de forma acertada. Dicho más brevemente: los hijos tienen derecho a que sus padres se quieran.

Ese derecho está fundamentado en lo que se ha sostenido a lo largo de esta colaboración, además de en numerosas publicaciones empíricas y rigurosas en las que numerosos autores han llegado a las mismas conclusiones. Cuando las relaciones entre el padre y la madre se crispan, son tensas o están varadas en la continua hostilidad entre ellos, a los hijos se les hace un triple daño. En primer lugar, el sufrir el mismo sufrimiento que el padre o la madre doliente al que quieren; en segundo lugar, el sufrir el daño que es causado por el otro progenitor, al cual el niño quiere tanto como al primero; y, en tercer lugar, el de sufrir a causa de que las relaciones entre sus padres no sean conformes con el amor y la estima que el hijo les tiene.

Así pues, los hijos tienen derecho a que sus padres se quieran. Porque el cariño que un hijo experimenta por sus padres, lo vive en relación con cada uno de ellos y también en relación con el amor unitivo que el uno y la otra se tienen y expresan. Esto quiere decir, que el amor entre sus padres resulta indisociable e inseparable del amor que él mismo les tiene; que el amor entre sus padres forma parte del amor que le hijo les tiene, distinguiéndose, sí de aquel, pero co-existiendo con aquel, porque de él forma parte y parte importante.

Si los padres tuviesen presentes las anteriores afirmaciones, si conociesen que en cierta forma están todo el día "en el escaparate "donde sus hijos les observan, si no ignorasen la fuerza unitiva e identificadora -una fusión sin confusión de personas- del amor humano, es probable que su comportamiento conyugal cambiase. Dicho de otra forma, que, para ser los mejores padres posibles, para educar a cada hijo en la afectividad, para robustecer e intensificar su propia

autorrealización como padre o como madre, han de atenerse y mostrar, de la mejor forma posible, su amor por el otro cónyuge.

Este es la gran aportación -aportación que es también un derecho del niño_ que la maternidad y paternidad han de hace a los hijos. Esa aportación les invita a saber que no hay un “yo” sin un “tú”, que el “yo” se desvela en cierta forma en las relaciones con el “tú”; que en esas relaciones ha de haber paridad y no un “yo” gigante en fragante desequilibrio con un “tú” enano, o viceversa; que sin el olvido del “yo” no se alcanza la presencia del “tú”, que si se olvida al “tú”, tanto más se olvidará el “nosotros” de la pareja; y que si se olvida el “nosotros”, será inevitable el olvido del “vosotros”, que son los hijos.

La unidad preside y aúna todas estas aportaciones de los padres a los hijos: un solo padre; una sola madre, una sola pareja; un solo amor que sea lo más perfecto posible entre ellos; un amor único, originario, irrepetible y singular por cada uno de los hijos. Un solo amor y diversas personas.

Lo propio de la familia es precisamente eso: ser el escenario natural en el que quienes allí conviven tienen la profunda convicción de que son dignos de ser amados por sí mismos, con independencia de quiénes sean, de lo que tengan, de lo que valgan, de lo que parezcan y/o de las acciones -buenas, malas o indiferente- que hayan realizado en el pasado. La familia e s un lugar en el que, al fin, la vivencia personal se transforma en convivencia familiar y la unión en comunión de personas.

APUNTES PARA UNA FILOSOFÍA DE LA INFANCIA[1]

Dr. Tomás Melendo.

Introducción:

De la pedagogía a la antropología

Desde antiguo, casi todo lo que se ha escrito acerca del niño presenta como rasgo común un enfoque pedagógico: esos estudios pretenden conocer mejor al niño *para* guiarle en su camino y enseñarle a ser hombre. Nosotros adoptaremos una perspectiva distinta. Nos serviremos principalmente de la filosofía y, dentro de ella, de la antropología, que es la rama que estudia al hombre, también con sus diferencias —como las de mujer y varón— y en sus distintas etapas, con especial referencia a la infancia, por considerarla fundamental.

Conocer la realidad tal como es

Frente a lo que a veces se afirma, y no sin algo de razón, la *buena* filosofía no "se anda por las ramas" ni "está en las nubes"; muy al contrario, pretende conocer la realidad tal como efectivamente *es*: ni más ni menos.

Suele decirse, por eso, que la filosofía no tiene un fin distinto del propio saber, que el filósofo conoce por conocer. Tal vez sería mejor afirmar que conoce porque *vale la pena* conocer; porque la realidad *merece* ser conocida: unas más que otras, como cualquiera puede concluir, con solo mirar a su alrededor y pensar un poco. Por ejemplo, los que solemos calificar como "chismes" no merecen ser conocidos; no deberíamos perder el tiempo en cotilleos. En el extremo opuesto, Dios merece que le dediquemos toda nuestra atención. Y algo similar ocurre con las personas; por *ser* personas, nos están pidiendo a gritos que las conozcamos y que las amemos, que las tratemos con cariño, que nos andemos con contemplaciones: conocimiento-y-amor, amor-y-conocimiento.

¿Quién dice, entonces, al filósofo lo que merece ser conocido y lo que no?

La realidad misma.

1 Artículo publicado en Revista Berit Internacional n° 14, diciembre 2013.

Igual que el niño, el auténtico filósofo es un "explorador" del universo: adopta una actitud de apertura hacia todo lo que existe, se dispone a conocerlo sin prejuicios. Y lo que va conociendo le orienta, primero, en su mismo conocer. Ante todo, según apuntábamos, "le dice" si vale o no la pena que le preste atención. Pero también le indica cómo hacerlo. Si uno se topa con un destornillador o con un martillo, estos "le dicen" que basta con que aprenda a manejarlos, a utilizarlos, precisamente porque son útiles o instrumentos. Si está ante una obra de arte, el cuadro o la escultura le piden, en primer término, un homenaje al bien que encarnan, un acto de reconocimiento de su belleza; y, también, de gratitud a quien los realizó. Algo análogo sucede cuando contemplamos la hermosura de la naturaleza: esa armonía y ese esplendor reclaman de nosotros el reconocimiento, en el doble sentido de esta palabra, y, además, que gocemos a fondo con ellos y demos gracias por la existencia de parajes tan maravillosos.

En ese sentido, no hay un "*para*" que oriente *previamente* el saber filosófico. Al filosofar, pretendemos solo conocer y dejarnos guiar por lo que vamos conociendo. Un antiguo filósofo, Heráclito, aconsejó mantener «el oído atento al ser de las cosas»,[2] permitir que nos hablen de sí mismas, cada una con la voz, la intensidad, el tono y la extensión que les corresponde, procurando por nuestra parte, simplemente, evitar las interferencias en la escucha.

Entre esos entorpecimientos se encontrarían los prejuicios, que es justo lo que el niño aún no tiene. Por eso, si aspiramos a conocer la realidad tal como *es*, si queremos que ella nos indique el mejor modo de conocerla, no deberíamos a priori definir y poner límites a ese conocimiento, determinar unas características del saber, que excluyan de antemano posibles aspectos de la realidad. No deberíamos decidir, por referirnos a algo bastante común, pero erróneo: «solo admitiré como conocimiento auténtico y verdadero lo que pueda ser medido con precisión, lo que conozca perfectamente, aquello de lo que no quepa dudar». Porque ¿quién nos asegura que lo más importante de una realidad es lo que puede medirse, y no al contrario? ¿Puede, propiamente, *medirse* el amor o la libertad o la paciencia o el valor? ¿Alguno de los lectores —y me dirijo ahora sobre todo a los varones, porque ese es mi caso— puede afirmar que conoce

2 Diels, Hermann; W. Kranz, Walther: Die Fragmente der Vorsokratiker. Dublin – Zürich: Weidmann, 1972, unveränderte Nachdruck der 6. Auflage. Fragmento 112.

perfectamente a su mujer, que esta no le sorprende un buen montón de veces cada día?[3]

Si, antes de acercarme a la realidad, establezco las exigencias y los límites en los que se moverá mi conocimiento, es muy probable que acabe ignorando justo lo que más y mejor debería saber, pero cuya plena comprensión se me resiste. Más todavía: el hecho de que haya realidades que no logro entender perfectamente, ¿no podría ser un síntoma y una indicación de que aquello es tan maravilloso, tan impresionante, que supera mi capacidad de entender, sin duda limitada?; ¿no será entonces una invitación a atenderlo con el máximo esmero y dedicación, aunque nunca consiga comprenderlo enteramente?

Es lo que sostenía Aristóteles, refiriéndose a Dios. Que es tan grandioso y de tal riqueza, que vale más un conocimiento acerca de Él, aunque sea mínimo y muy imperfecto, que todo lo que podamos saber del resto del cosmos. Y añadía, con un toque de delicada ternura, casi único en los escritos que de él conservamos: igual que nos llena de alegría enterarnos de detallitos nimios de las personas a las que amamos, y preferimos conocer esas pequeñeces a saber con precisión las grandes gestas de héroes o cualesquiera otras realidades a las que no tenemos cariño.[4]

El niño como guía

¿Qué sucede cuando intentamos conocer filosóficamente, sin prejuicios, al ser humano y más en particular, al niño?

Que nos llevamos muchas sorpresas.

Entre otras, advertimos que en el chiquillo se encuentran más puras y "en mejor estado" bastantes de las cualidades propias del varón y de la mujer. Y eso introduce en nuestras consideraciones, una novedad muy radical, a la que ya hemos aludido.

3 Aunque el lector puede fácilmente inferirlo, aclaramos que, a lo largo del escrito, emplearemos *de ordinario*, sin rigideces, el plural para aludir a los autores, excepto en las circunstancias en que el texto apele a uno solo de ellos, como ocurre con las anécdotas y demás referencias personales, en que se utilizará el singular.

4 Cf. ARISTÓTELES: *De partibus animalium*, I, 644 b, 25 y ss.

Cabría formularla así:

> *El enfoque antropológico que estamos adoptando procede al revés que el pedagógico: pretende conocer al niño para que él nos guíe y nos enseñe a ser hombres; porque, como hemos sugerido e iremos viendo con calma, el niño no es otra cosa que un hombre transparente. Al mirarlo a él, con atención y con mimo, aprenderemos quiénes somos nosotros: descubriremos, ¡por fin!, nuestro secreto.*

Muy probablemente sea esta la idea más importante. Intentaré profundizar en ella y extraer consecuencias,

> "*Quiénes son nuestros hijos y qué esperan de nosotros"*. En realidad, lo que esperan de nosotros es que, en la edad adulta que vivimos, no echemos a perder ninguna de las estupendas promesas —realidades incoadas— que estaban presentes en nuestra infancia y vuelven a estarlo en la de cada uno de nuestros hijos e hijas. Es tarea de la filosofía descubrir esas realidades, así como averiguar el modo de conservarlas, acrecentarlas o revivirlas, si las hubiéramos olvidado.

Pese a lo dicho hace unos instantes, quizá al hablar una y otra vez de filosofía alguien experimente cierta aprehensión o rechazo, pensando en complejas y difíciles cuestiones expuestas con un vocabulario abstruso e ininteligible. No hay que temer ni intranquilizarse. Esa es la "mala" filosofía. Al contrario, como hemos sugerido, la auténtica y mejor filosofía —sin dejar de perseguir el *fondo* de lo que estudia— busca con todos sus recursos que la claridad acompañe a la hondura y que la emoción se sume a la reflexión; y viceversa, que nuestro conocer se integre en el conjunto de nuestra existencia: que se coloree con los sentimientos que despierta en nosotros y que sea lo suficientemente claro y atractivo como para guiar nuestro comportamiento. Una filosofía que "no pueda vivirse" no merece ser pensada.

Por lo tanto, filosofar, conocer con calma y hondura, es una actividad al alcance de todos, y utilísima —o, más bien, imprescindible— para remediar bastantes de los males que nos aquejan, derivados en buena medida de no conocer bien la realidad y, por tanto, de no actuar respecto a ella como es debido.

La perspectiva filosófica será completada con aportaciones teológicas, en resumen: *El niño es "capaz" de Dios*— y, como trasfondo de ellos, porque la revelación es también una fuente de conocimiento, que confirma y amplía lo que alcanzamos por la razón.

Como escribió Juan Pablo II: «La fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad».[5]

1. La marca indeleble de la filiación

Para desplazarse a Australia, donde se encontraría con una multitud de chicos y chicas, en la jornada mundial de la juventud, Benedicto XVI tuvo que realizar un largo viaje. Al poco tiempo de llegar, comentaba:

> Para algunos puede parecer que, viniendo aquí, hemos llegado al fin del mundo. Ciertamente, para los de vuestra edad cualquier viaje en avión es una perspectiva excitante. Pero para mí, este vuelo ha sido en cierta medida motivo de aprensión. Sin embargo, la vista de nuestro planeta desde lo alto ha sido verdaderamente magnífica. El relampagueo del Mediterráneo, la magnificencia del desierto norteafricano, la exuberante selva de Asia, la inmensidad del océano Pacífico, el horizonte sobre el que surge y se pone el sol, el majestuoso esplendor de la belleza natural de Australia, todo eso que he podido disfrutar durante un par de días, suscita un profundo sentido de temor reverencial. Es como si uno hojeara rápidamente imágenes de la historia de la creación narrada en el Génesis: la luz y las tinieblas, el sol y la luna, las aguas, la tierra y las criaturas vivientes (…).

Pero hay más, algo difícil de ver desde lo alto de los cielos: hombres y mujeres creados nada menos que a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,26). En el centro de la maravilla de la creación estamos nosotros, vosotros y yo, la familia humana "coronada de gloria y majestad" (cf. Sal 8,6). ¡Qué asombroso!

El momento único y misterioso de la entrada de un hombre en el mundo está genialmente expresado por Miguel Ángel en su célebre fresco de la creación. Hay en ese contacto delicado entre la mano de Dios y la del hombre una energía vigorosa y serena, como una chispa invisible que los uniera. Las miradas se encuentran: Dios que da y el hombre que recibe. La mano divina, recta y

5 Juan Pablo II: Encíclica *Fides et ratio*, 14-09-1998, Introducción.

resuelta, es imperio amoroso, como su mismo mirar; mientras que la mano y la postura del hombre, recostado, indican recepción y acogida. La perfección de su cuerpo representa la de la naturaleza humana, antes de la caída original.

La creación del hombre constituye el momento central de la constitución del universo en su conjunto, porque todo fue hecho para el hombre, y solo desde él puede explicarse la larga evolución del mundo. Según las hipótesis de los físicos, catorce mil millones de años nos separan del "big bang" o explosión inicial. Esa larguísima evolución esperaba el surgimiento de alguien capaz de darle sentido; porque la evolución, sin más, no explica nada. Al reflexionar sobre la creación del hombre se ilumina la evolución del universo infrahumano, mientras que a partir de la mera evolución de la materia no puede explicarse, ni científica ni filosóficamente, la aparición del hombre.

También en el corto espacio de una vida humana tiene lugar un importante desarrollo o evolución —desde el embrión recién concebido hasta el hombre maduro—, que nos permite comprender el por qué y el para qué de nuestra existencia.

Y lo primero que debemos aprender y asimilar es que *somos hijos*.

Así se refiere a la conciencia de la filiación Leonardo Polo, al hablar de la educación de los hijos:

> Tenemos que empezar por lo radical. Es propio del filósofo considerar a fondo las cuestiones (…) lo más propio del hombre, lo que más lo define es su carácter filial (…) darse cuenta de su filiación es una característica del ser humano. Los animales no tienen conciencia de su filiación, entre otras cosas porque no tienen conciencia, ya que ser conscientes es algo característico de la inteligencia humana, que sin espíritu es imposible.
>
> El ser humano es hijo y, como observa Aquilino Polaino, lo es de tal manera que no tiene sentido decir que llega un momento en que deja de ser hijo: la condición de ex-hijo no existe. El hombre es siempre hijo precisamente porque lo es de suyo.
>
> El hombre es radicalmente hijo, pero no es radicalmente padre. Es obvio que sin padres humanos no hay nueva generación, pero los

> padres humanos ponen algo de la realidad del hijo, aunque no todo. El alma humana espiritual no procede de los padres humanos. Por tanto, se puede decir que estos participan de una paternidad más alta, que es la paternidad divina.[6]

Volviendo a la Capilla Sixtina, cabe afirmar que la escena de la creación del hombre —con toda su grandeza y su insondable misterio— tiene lugar ahora, en el vientre de la madre, cada vez que un nuevo ser humano es concebido. El dedo de Dios está también allí, creando un nuevo hijo suyo que es, a la vez, hijo de sus padres. Haber colaborado íntimamente con Dios para traer al mundo alguien destinado a participar del Amor divino por toda la eternidad supone tanta magnificencia y maravilla que cualquier palabra o expresión se quedan, por fuerza, demasiado cortas. Incluso más que pro-creadores, cabe afirmar que somos, con Dios y participando de su Amor y Poder infinitos, co-creadores: pues el término de la Acción divina —en la que está presente todo Dios, ya que en Él no se distingue el Ser y el Obrar— y el de la acción humana —la unión íntima fecunda— es uno y el mismo: la persona del hijo.

No es que Dios cree el alma y los padres el cuerpo, como se entiende a veces incorrectamente. No se trata de acciones yuxtapuestas, sino íntimamente entretejidas, compenetradas. Dios es Causa de todo el hijo, a través del alma, cabría sostener de manera impropia. Y los padres son también causa de todo el hijo, a través del cuerpo, utilizando una expresión tan pobre como la anterior. Por eso, en el momento de la concepción, los padres se introducen en el Amor creador de Dios o, visto desde el otro extremo, Dios mismo se hace presente en la unión íntima fecunda de los esposos, que “se bañan”, así, en el Amor divino.

¿Modos de vislumbrarlo? A ninguna madre que aborta involuntariamente se le ocurre exclamar que ha perdido el cuerpo de su hijo, sino a su hijo, porque efectivamente lo es. Y si la Virgen María puede llamarse Madre de Dios, y serlo, es porque el término de la concepción divina en Ella es, de manera análoga a lo que ocurre en las concepciones humanas —aunque en este caso, gracias a un milagro infinito—, la Persona del Verbo, la única que existe en Jesucristo, Dios y Hombre.

Como decíamos, resulta imposible advertir toda la maravilla de la maternidad y la paternidad humanas, precisamente porque participan muy de cerca de

6 Polo, Leonardo: Ayudar a crecer: Cuestiones filosóficas sobre la educación.

la Paternidad de Dios. No obstante, cuando existe finura interior, los padres entrevén que algo prodigioso ocurre en ellos y también gracias a ellos, a su cooperación.

Y también son capaces de captarlo, a veces tras cierta confusión inicial, los propios niños.

El pequeño protagonista de estas líneas asistía a una clase de catequesis. Desconcertado ante la afirmación de que todos los niños y niñas allí presentes eran “hijos de Dios”, respondió con viveza:

— Yo soy hijo de mis padres.

El catequista le hizo ver que constaba de cuerpo y de alma, como habían ya comentado en días anteriores, y le preguntó cual de los dos consideraba más importante. Tras momentos de vacilación, concluyeron que el alma.

Pero, ante la pregunta de quién le había dado el alma, el chico volvió a contestar que sus padres. Nuevas explicaciones, hasta hacerle ver que el alma procedía directamente de Dios.

El niño, tras las dudas iniciales, debió de quedar fuertemente impresionado. Acabada la catequesis, los encargados de llevar a las chicas y chicos a su casa iban preguntando de quién era hijo cada una y cada uno de ellos.

Nuestro joven amigo respondió sin vacilar:

— Yo soy hijo de Dios.

Tras este testimonio infantil, adquieren aún más relieve las palabras de una madre, que toma también conciencia de lo inefable de su maternidad:

> Recuerdo perfectamente el momento en que —por primera vez— recibí la noticia de que estaba embarazada. Llevaba tres meses casada y, como se puede suponer, todo eran situaciones y experiencias nuevas; disfrutaba en aquellos días de las continuas novedades que iban apareciendo en mi vida, porque siempre me ha gustado el cambio. Pero aquello fue distinto: cuando me lo comunicaron, pensé que se trataba de la noticia más importante que había recibido en mi vida. Serían las

> once de la mañana de un luminoso día de otoño y no era una novedad más que entraba en mi nueva vida, sino más bien una vida nueva que había entrado en mí. Empecé a ver las cosas de modo diferente; y no solo a verlas, sino a sentirme diferente. Después llegaron los primeros síntomas del embarazo, pero incluso antes de eso yo ya no era la misma.

Cuando fui reflexionando, caí en la cuenta de que el momento verdaderamente importante no era el del conocimiento de la noticia (el momento en que yo me sentí afectada, y que podríamos llamar subjetivo) sino el instante de la concepción del nuevo ser (el momento en que objetivamente una nueva vida había surgido). Y ese instante único, irrepetible, había pasado totalmente oculto, ignorado hasta por mí misma, al abrigo de todas las miradas; bueno, al abrigo de toda las miradas, menos de una…

Entendí, entonces, con una luz nueva, la expresión "estar abiertos a la vida". El autor de la vida llega a tu casa —que es la suya— encuentra la puerta abierta y entra sin llamar, silenciosamente. La estancia se ilumina, y —al cabo de nueve meses— das a luz, porque llegó la luz.[7]

Vale la pena subrayar que todo lo anterior, aunque en parte lo lleven a cabo los esposos, ha sido así dispuesto *con vistas al hijo* y, por decirlo de algún modo, *en función de él*. No debería extrañar, por tanto, que cada hijo desempeñe un papel de primer orden en la familia en la que es concebido y recibido.

2. El hijo proviene de la familia y constituye la familia

En el capítulo XXI de las memorias de Julián Marías, se encuentra una formulación tajante de la distinción que cabría establecer entre matrimonio y familia. Dice así el insigne pensador español:

> Lolita y yo no éramos una familia: éramos dos personas singulares, mutuamente elegidas, para vivir juntamente, hasta donde es posible, una vida. Pronto me di cuenta del error teórico —y de graves consecuencias— de englobar "matrimonio y familia". Del matrimonio puede *resultar* una familia, pero no lo es, y es funesta la interpretación "familiar" del matrimonio. La familia es la de los padres, la que los hijos encuentran.[7]

7 Marías, Julián: Una vida presente: Memorias. Madrid: Páginas de espuma, 2ª ed. revisada, 2008, p. 243.

Efectivamente, la vida matrimonial se transforma —con una mudanza tremendamente enriquecedora— con la llegada de los hijos. Los esposos comienzan a ser padres. Y esa relación de paternidad-filiación es la que *acaba de constituir* a la familia, que sin ella queda como truncada, sin terminar. Los hijos se constituyen en el centro del hogar: dependen de sus padres, pero a su vez hacen que los padres dependan —y estén constantemente "pendientes"— de ellos. Acudamos, de nuevo, a Marías, que nos cuenta la llegada de su primer hijo:

Yo no tenía ningún deseo excepcional de tener hijos, ni demasiada predilección por los niños muy pequeños. Pero me sorprendió encontrarme queriéndolo apasionadamente desde los primeros días. Tenía delante, o en los brazos, una vida que empezaba; era *una persona nueva*; y, sobre todo, era alguien a quien Lolita y yo habíamos ayudado a existir; en ese sentido, "nuestro"; y, lo que se suele olvidar, íbamos a ser "suyos".[8]

Ese "ayudarle a existir" indica la singular cooperación que los esposos prestan en el surgir de una nueva vida; son pro-creadores —co-creadores, dijimos antes— y no meros reproductores, como los animales y las plantas. Por desgracia, este último término se ha introducido en el lenguaje relativo a la fecundidad humana, y no sin intención. Por ejemplo, se alude a la salud "reproductiva", como si fuéramos un animal más, que se limita a *reproducir* algo previo, las perfecciones propias de la especie; en realidad, cuando germina una nueva vida humana hay un verdadero acto de creación, porque lo que constituye a la persona como tal es el alma, creada directamente por Dios y antes del todo *inédita*, aunque por fuerza ha de crearla *en* el cuerpo que los padres disponen.

Y crear es mucho más que reproducir. Un artista no se limita, sin más, a fabricar una copia. En sus obras hay siempre novedad, algo irrepetible que las hace únicas. Cuando se trata del ser humano, *todo* él es nuevo e irrepetible. La confianza que Dios deposita en los padres provoca estupor y maravilla: pone en sus manos las joyas de la creación; y esa confianza es nuevo amor que se añade al que ya han recibido, como todos, por el hecho de ser criaturas.

Algunas puntualizaciones, que no niegan en absoluto lo dicho hasta el momento, pero acaban de perfilar su sentido. Como se nos ha insinuado y veremos luego de nuevo, el matrimonio solo es familia cuando se encuentra abierto a la llegada de los hijos y en la estricta medida en que está dispuesto y

8 Marías, Julián: *Una vida presente*…, *cit.*, p. 266.

pone los medios para recibirlos. Si no hubiera esa disposición, sencillamente no habría familia… porque tampoco habría matrimonio.

Visto desde una perspectiva complementaria, la clave de la existencia de cualquier familia, más allá y por encima de los lazos de sangre —como englobándolos y conduciéndolos a su plenitud—, es el peculiar y muy intenso amor que los une. Pero, como antes sugerimos y después veremos con más detalle, el amor es siempre fecundo; y si se rechaza la fecundidad, se está negando y matando el amor. En el seno del matrimonio, la fecundidad propia de todo amor adquiere además una modalidad maravillosa, que es la capacidad de traer al mundo a nuevas personas humanas, de la única manera adecuada a la grandeza de esas personas, es decir, como fruto de un acto de amor espléndido: la unión íntima. De ahí que cuando un matrimonio elimina positivamente la fecundidad, suprime a la par el amor y de ningún modo puede considerarse auténtica familia.

Lo es, de manera incoada, en cuanto abierto a la vida. Y la vida surgida de él, la de cada hijo, hace que la familia vaya estando completa, que sea familia en un sentido más propio y pleno. Si los cónyuges no incoaran ya una nueva familia, el primer hijo de cada matrimonio no tendría familia a la que llegar. Esto es cierto. Pero no lo es menos que un matrimonio sin hijos es solo una familia inacabada, y que si los esposos están voluntaria y decididamente cerrados a la vida, de ningún modo son familia (ni matrimonio). De ahí, también, que en el lenguaje coloquial se pregunte a los esposos si ya han tenido o no “familia”, cuando se desea saber si ya les ha llegado o no algún hijo.

3. La doble filiación

Puesto que apelamos ahora primariamente a Dios, dejemos que nos ilustren quienes tienen autoridad para interpretar su Palabra. En *Jesús de Nazaret*, Benedicto XVI se refiere a la paternidad humana y divina de la siguiente manera: «La paternidad de Dios es más real que la paternidad humana, porque en última instancia nuestro ser viene de Él; porque Él nos ha pensado y querido desde la eternidad; porque es Él quien nos da la auténtica, la eterna casa del padre».[9]

Cita también el Papa, en ese pasaje, las palabras del Señor recogidas por San Mateo: «No llaméis padre vuestro a nadie sobre la tierra, porque uno solo es

9 Comentario al Padre nuestro.

vuestro Padre, el del cielo» (Mt 23, 9). Son palabras enormemente significativas; aún más, si tenemos en cuenta que el Señor quiso tener un padre en la tierra —san José—, al que respetaba y veneraba con el cariño del mejor de los hijos. En el episodio del "Niño Perdido y hallado en el templo", la Virgen dice: «Mira que *tu padre* y yo, angustiados, te andábamos buscando». La respuesta del Señor es coherente con las palabras de San Mateo antes citadas: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabéis que he de emplearme en las cosas de *mi Padre*?» (Lc 2,49).

Hay, por tanto, que interpretar esa terminante respuesta del Señor, y su actuación al quedarse en el templo, como un modo de dejar clara la relación de pertenencia, amor y confianza absoluta que hemos de entablar con Dios. Al mismo tiempo, lo que Jesús contestó previene actitudes posesivas sobre los hijos, que no son pertenencia de los padres, sino un tesoro divino, que Dios mismo ha puesto en sus manos, como prueba de confianza hacia ellos, para que lo ayuden a crecer y desarrollarse y volver hacia Él, logrando de este modo su plenitud y su felicidad.

Lo expresado en el párrafo precedente nos parece de capital interés. Su importancia no puede exagerarse. A su luz, y frente a la tan difundida visión del hijo como algo deseado o no deseado, más bien habría que decir que, en el seno de cualquier familia, los auténtica y más propiamente *elegidos* son los padres, precisamente para ayudar a sus hijos y, en semejante sentido, en función de ellos. Cuando actúan con rectitud —y siempre, en cierto modo, incluso pese a su modo menos claro de comportarse— los padres no escogen al hijo, sino que Dios los ha elegido a ellos, *para* ese hijo, desde toda la eternidad: su misión, como antes decíamos, es ponerse al servicio del hijo para que este descubra y realice el camino de retorno a Dios que Dios mismo ha establecido.

Es esta una idea que conviene sopesar adecuadamente, pues, al tiempo que señala con claridad la función primordial de los padres de familia, los equipara más radicalmente con sus propios hijos y permite vislumbrar la "necesidad" —propia y constitutivamente humana— de conservar como fundamento de la humanidad, a lo largo de toda la vida, la condición de niño-hijo: todos los somos, de manera primaria y por encima de cualquier otra consideración, de Dios; y, desde tal perspectiva, todos somos "niños".

En semejante sentido podrían interpretarse las palabras de Gabriel Miró, que él expone en otro contexto:

> ¡Si vuelvo la mirada melancólicamente a la niñez, es porque tenía madre! Es eso, es nada más que eso ser niño: tener padres, ser *completamente hijo*.[10]

Ahondando más todavía en la relación jerárquica entre "las dos" filiaciones, si todos somos fundamental y primariamente hijos de Dios, los padres viven bien su paternidad precisa y muy particularmente al poner los medios para que sus hijos sean buenos hijos de Dios.

En un reciente testimonio, aparecido en la red, cuando el entrevistador comentaba a un conocido científico español los problemas de la juventud actual, este decía, refiriéndose a sus hijos:

> También les hemos dicho que nos tendrán siempre a su lado… Tal y como están las cosas ningún joven 'puede andar por la buena senda' si no es con un elevado grado de libertad. Hoy en día la virtud no es fácil, aunque mi visión de la juventud es muy positiva. A los chicos basta con mostrarles con sinceridad el camino del bien, un camino que es más exigente pero, a la vez, más atractivo que cualquier otro. También te digo una cosa, el mayor fracaso de mi vida sería el no haber ayudado a un hijo a encontrarse con Dios.

4. La estructura básica de la vida: recibir para dar

4.1. La vida como don

Si la vida humana se origina en una intervención gratuita de Dios, que cuenta con la colaboración de los padres, claramente se trata de un don. Un maravilloso regalo, del todo inmerecido.

El carácter gratuito de cada vida humana, y de todas en su conjunto, puede advertirse desde "los dos extremos": desde Dios y desde el hombre.

10 Miró, Gabriel: La mirada de mi amigo, cap. I. Las cursivas son nuestras.

a) Desde Dios. Adoptando la primera perspectiva, y a poco que vislumbremos Quién es Dios, resulta patente que no *necesitaba* crear y, de nuevo con expresión pobre y torpe pero significativa, que "no ganó nada" al crearnos.

Para indicar esto último, con una terminología filosófica y relativamente inteligible, san Agustín explica que, con la creación de los ángeles, de los hombres y del resto del universo, hay más seres, pero no hay más Ser: no se incrementa en nada la infinita perfección divina ni, de nuevo con un modo de decir muy poco adecuado, la "perfección total" de cuanto existe.

Con un lenguaje más "nuestro", y aún menos preciso, podemos repetir que, al crear al hombre —en quien ahora vamos a centrarnos— Dios "no ganó nada"… excepto complicaciones. Introducimos un toque de humor precisamente para no sentirnos abrumados, casi aplastados, por la tremenda grandeza del Amor divino. De nuevo expresándolo a nuestro tosco modo, Dios "sabía" perfectamente, al crearnos (al crearme a mí, en concreto), lo que iba a suceder; que el hombre (de nuevo, yo) iba a apartarse de Él, pese a las óptimas condiciones en que lo había situado para ser eternamente feliz, y que el mejor modo de devolverle la capacidad de conquistar esa felicidad era encarnarse y morir —¡Dios!— por cada uno de nosotros.

Solo si alcanzamos a entrever mínimamente la infinitud del Amor divino podemos medio entender que, aun así, decidiera crearnos.

b) Desde el hombre. Enfocando la cuestión desde el hombre que "va a ser" creado, basta con decir que lo que aún no existe no puede tener ningún tipo de *derecho*, si la palabra se emplea en su sentido más propio.

Precisamente esta verdad ha llevado a sostener que, de manera absoluta, el Amor precede a la justicia. Si esta segunda consiste en dar a cada uno lo suyo, lo que le corresponde, conviene tener en cuenta que nada puede corresponder a quien todavía no es y que precisamente el ser es resultado de un acto de Amor gratuito, no debido en justicia. E incluso en las relaciones humanas, la justicia se encuentra sostenida por el amor: no daríamos a nadie lo que le compete —por más que, en estricta justicia, lo consideráramos suyo— si de hecho no quisiéramos su bien, si no lo amáramos.

Uniendo los dos puntos de vista —lo que cada uno costamos a Dios y lo que Él recibe "a cambio"—, parece claro que, por mucho que multiplicáramos nuestra gratitud, siempre nos quedaríamos infinitamente cortos.

Sin embargo —y también esto es hasta cierto punto comprensible—, a menudo no agradecemos suficientemente la vida que se nos ha dado, porque nos pesan los problemas, dificultades y dolores con que nos vamos topando; sufrimos, entonces, y nos quejamos. Pero aunque la vida sea costosa, supera todas las penalidades, todos nuestros cálculos y planteamientos. Tal como Dios la concibió y nos la entregó, la vida en sí es buena, aun cuando no lo comprendamos, o incluso precisamente porque supera nuestra capacidad de comprensión.[11] Por lo mismo, todo lo malo que sucede en el mundo es consecuencia del intento de apoderarnos y apropiarnos de la vida, que entonces construimos a nuestras pobres y casi ridículas escalas y capacidades. Esa fue la tentación del diablo a nuestros primeros padres; el demonio les incitó a rechazar una vida "recibida" gratuitamente de Dios, y a que se atrevieran a ser ellos los dueños y señores, como si se la dieran a sí mismos: «seréis como dioses», les dijo. Ese pecado de origen nos trajo la muerte. La vida, sin embargo, es buena porque, en medio del inevitable dolor, procede y desemboca en la Vida divina que se nos da, y que es de una belleza y de una bondad inimaginables para nosotros.

Como acabamos de sugerir y cualquiera puede comprobar echando una ojeada a su vida, a los adultos nos cuesta bastante entender —y, mucho más, vivir— cuanto estamos diciendo. Los niños, por el contrario, viven esta realidad —la bondad de la existencia— de manera espontánea. Impresiona ver a niños en situaciones extremas, que carecen de todo, menos de la sonrisa; unas sonrisas abiertas y luminosas, difíciles de encontrar en nuestra sociedad opulenta.

Su sonrisa no refleja la alegría de tener, porque apenas tienen lo imprescindible, sino *la alegría de vivir.*

4.2. El "derecho a la vida"

Inmersos en una sociedad dispuesta a ampliar más y más los derechos personales —interpretados de manera individualista—, se llega incluso a hablar de "derecho a la vida". Tomada literal y radicalmente, la expresión "todos tienen

11 Confiamos que esta afirmación se entienda, a la luz de lo que exponíamos en el capítulo primero sobre el conocimiento de lo más noble y elevado.

derecho a la vida" es equivocada. La verdad profunda es, más bien, que "nadie tiene derecho a la vida". Porque, como pensamos haber mostrado, la vida no es un derecho, sino un don.

Como es obvio, eso no quita que, en un sentido mucho menos radical, pueda hablarse del derecho a la vida de quien ya la posee gratuitamente. Quiere indicarse con ello que ningún hombre puede arrogarse la potestad de poner fin a una vida humana, ni siquiera a la suya propia.

Pero con solo considerar despacio las últimas palabras —«ni siquiera a la suya propia»—, se abre ante nosotros un cúmulo de interrogantes, que cuestiona muchas de las presuntas verdades admitidas sin demasiado espíritu crítico en la sociedad contemporánea. Sin ir más lejos, la prioridad absoluta de los derechos sobre los deberes… si es que estos llegaran a considerarse; pues, de facto, lo habitual es oír hablar constantemente de los derechos, sin aludir siquiera a los correspondientes deberes.

El "deber" tiene muy mala prensa. Pero, una vez más, por ignorancia, por desconocimiento de su auténtica naturaleza. Para empezar, conviene tener presente que el deber se encuentra indisolublemente aparejado a la libertad: los animales no tiene obligaciones o deberes porque no son libres, sino que actúan de manera necesaria. Por el contrario, el deber es una solicitación a la libertad; una especie de reclamo que uno tiene la obligación de seguir, pero que puede dejar a un lado… aunque habrá de pechar con las consecuencias. Hablar de deberes, por tanto, es referirse de manera implícita a nuestra condición libre y ratificar la libertad, probablemente el bien más preciado en el mundo contemporáneo.

Y eso no es todo. Si logramos quitarnos de encima la densa sombra proyectada por Kant, advertiremos que, por su relación con las tendencias más propiamente humanas, los deberes son indicaciones de la naturaleza, que apuntan y nos señalan las vías de nuestra plenitud y de nuestra felicidad. En ocasiones, puede costarnos cumplirlos, pero al hacerlo reafirmamos nuestra libertad y avanzamos en el camino de nuestra perfección y nuestra dicha. El problema de Kant reside en oponer, equivocadamente, deber y amor. Por el contrario, siguiendo a Agustín de Hipona, Tomás de Aquino había dejado claro que solo somos plenamente libres cuando cumplimos nuestros deberes *por amor*: solo entonces los llevamos

a cabo, utilizando la expresión castiza tan significativa, “porque nos da la gana”, libremente, y no coaccionados por nada ni nadie.

Tal vez ahora se entienda por qué en ninguna de las culturas tradicionales, incluida la judía, se habla expresamente de derechos, sino de deberes: pretenden sugerirnos la vía que hemos de transitar para ser felices (los mandamientos serían el ejemplo más conocido). Desde una perspectiva filosófica, e incluso metafísica, cabe afirmar que, en el momento en que una persona es creada, junto con el alma y el acto de ser, se le otorga el deber primigenio —esforzarse por alcanzar su plenitud—, del que veremos derivar sus principales derechos.

Una comparación puede ayudar a comprenderlo. Cualquier semilla sana, precisamente por ser lo que es, encierra en sí el *impulso* hacia su pleno desarrollo. Si encuentra el hábitat adecuado, no puede sino crecer y perfeccionarse, hasta convertirse en planta o árbol, cuajado de frutos. Al hombre le sucede lo mismo… pero radicalmente distinto. Tiene en sí, lo quiera o no, el impulso hacia su perfeccionamiento; y necesita, para progresar, del adecuado contexto físico, psíquico y espiritual. Pero es libre: por consiguiente, solo se irá desarrollando en la medida en que lo quiera de manera eficaz. Si no lo hace, la obligación sigue presente y vigente, pero él no cumple con su deber ni, como consecuencia, se perfecciona ni llega a ser feliz.

Ahora bien, supuesto que quiera cumplirlo y sobre la base de ese deber inevitable, tiene el derecho, también inalienable y bastante obvio, a que *se le permita* cumplir *con su deber*. Más todavía, en función de la solidaridad que liga a todos los hombres, y que el individualismo actual casi impide percibir, goza también del derecho a que quienes se encuentran a su alrededor y puedan hacerlo, le ayuden a cumplir con su deber; igual que él está obligado a auxiliar a los demás en la observancia de los suyos propios.

Se advierte, entonces, que la vida es un don, al que se une un deber primordial, en el que se sustentan a su vez todos los derechos fundamentales de la persona humana. Los derechos muestran así su verdadero rostro, que no es otro que el de *proteger* los deberes, hacer posible que se cumplan y abrir el paso hacia la plenitud y la felicidad. Y a los padres corresponde, en primer lugar, proteger los derechos de sus hijos, para facilitarle el desempeño de sus deberes y, con ellos, la perfección y la dicha consiguiente.

Desde este punto de vista, que consagra la prioridad natural de los deberes, pierden toda su presunta fuerza las argumentaciones que enfrentan el derecho a la vida de la madre y el del hijo, y en las que acaba por triunfar casi siempre el derecho del más fuerte. Cosa que no sucede en absoluto cuando la cuestión se enfoca desde la perspectiva correcta: los padres tienen entonces todo el derecho (y la consiguiente obligación) de cumplir con su deber de proteger la vida de cada uno de sus hijos, para los que han sido *elegidos*.

Eliminando los pasos intermedios de cuanto acabamos de esbozar, advertiremos la vida como un fascinante don, que se constituye a su vez en hontanar de todos los derechos. Y estaremos también en condiciones de percibir que una sociedad que no protege la fuente de donde todos ellos surgen, es una sociedad gravemente enferma, con una dolencia que conduce a la "cultura de la muerte"; y que esta aparece cuando prima la "lógica del deseo" sobre la "lógica del amor", ligada al deber y a la auténtica libertad.

La lógica del deseo concede un predominio absoluto a la voluntad propia, que manda y jerarquiza según las apetencias del momento: esto deseo, esto no deseo; y extiende esa voluntad caprichosa incluso a la vida humana en su raíz. Se habla así de hijos "deseados" o "no deseados"; y como satisfacer los propios deseos se constituye en fin de la existencia, no se admitirá obstáculo que lo impida. Si el hijo es "deseado" y no llega por los cauces naturales, se estimará legítimo acudir a todos los procedimientos técnicos, sin que sirva de freno ninguna objeción moral. Por el contrario, el hijo "no deseado" que entra en escena sin haber sido requerido será suprimido cuanto antes, procurando que su desaparición sea indolora.

La lógica del amor se basa en el respeto a la naturaleza de las cosas, porque detrás del orden creado se ve a un Dios inteligente y amoroso.

5. Relación entre el primer y el cuarto mandamientos

Hasta ahora hemos hablado de la doble paternidad, divina y humana. Es el momento de referirnos a la correspondiente doble filiación, humana y divina. A saber, a la relación amorosa que hemos de tener con nuestros padres y con Dios, según señalan el primer y el cuarto mandamientos.

Parece obvio que el orden de los mandamientos es el adecuado y sitúa el amor a Dios como el primero y más importante; pero, en el desarrollo del niño,

el amor a los padres antecede cronológicamente al amor a Dios. Esto es así, como bien sabemos, porque el niño pasará un tiempo antes de conocer a Dios y poder dirigirse a Él como padre. Sin embargo, conviene precisar; pues en esos primeros años, los padres son los representantes de Dios para el niño y, por tanto, el cauce por el que el niño se pone en contacto con Él. De ahí que, aunque disfruten enormemente de las manifestaciones infantiles de afecto, los padres no deban apropiárselas en exclusiva, sino enderezarlas a su Señor, como buenos representantes suyos (lo suelen hacer muy bien las abuelas, que tiene experiencia de la vida y saben lo que es importante, por estar más cerca del final).

El justificado anhelo de llevar cuanto antes al recién nacido a Dios, hizo que los primeros cristianos comenzaran muy pronto a bautizar a los niños, sin esperar a que tuvieran uso de razón.

Por otra parte, la filiación divina bien vivida, favorece en los hijos la filiación humana, generando un amor creciente hacia los padres. También desde este punto de vista —que podría parecer egoísta, pero no lo es—, interesa a los padres hacer de sus hijos buenos hijos de Dios. Serán mucho más queridos por ellos, y cuando lleguen a la vejez verán a sus hijos hacer gustosos cualquier sacrificio para manifestarles su gratitud.

Si amamos a Dios sobre todas las cosas, llevamos la tierra hacia el cielo; y si honramos a nuestros padres como se merecen, traemos el cielo a la tierra, porque este es «un mandamiento que lleva consigo una promesa: serás feliz y se prolongará tu vida sobre la tierra» (Ef 6,1-3).

Por el contrario, una sociedad que se desentiende de sus mayores manifiesta que antes ha desatendido a sus pequeños; en esto, se hace también verdadero el dicho que sostiene que cada quien recoge aquello mismo que siembra o, llevándolo al extremo, el que afirma, como leemos en el Evangelio: «siembra vientos y recogerás tempestades».

6. El pleno desarrollo del hijo

6.1. La peculiar gratitud del hijo

Teniendo en cuenta lo señalado, queda claro que el niño recibe bienes continuamente, desde que es concebido, porque la estructura de la vida humana es recibir para poder dar.

Pero también ahora compensa hacer algunas puntualizaciones. Durante un tiempo, el niño solo puede demostrar afecto a sus padres y a la gente próxima a él. Come, duerme y crece. Parece que toma mucho más de lo que da. Recibe alimentos y cuidados, a veces con una gran dosis de sacrificio por parte de los padres: noches sin dormir, planes supeditados a sus horarios, con la consiguiente pérdida de libertad de movimientos… Constituye, además, el centro de atención de todos cuantos se acercan a él, que se desviven para verlo dichoso. Da la impresión de ser un pequeño tirano, que ni aprecia lo que recibe, ni da nada a cambio. Pero, ¿realmente es así?

Diríamos que no. En la medida en que recibe los bienes que le otorgamos, incluso involuntariamente, ofrece a los padres, acompañada de la inclinación a llevarlo a cabo, la posibilidad de amar y entregarse, que es lo único que les hace crecer como personas y ser más felices. Igual que el mejor modo en que cada esposo puede amar al otro es el de ser muy “amable”, en el sentido etimológico de esta expresión —facilitar al cónyuge que lo ame o la ame y, de este manera, mejore y sea dichosa o dichoso—, la forma de amar del hijo es, inicialmente, suscitar el amor de quienes lo rodean, “sacar” lo mejor de cuantos lo tratan.

Pero hay más. Insinuábamos antes que la manera más cabal de agradecer la creación de una obra de arte o las bellezas de la naturaleza consiste en hacerlas propias, en disfrutar a fondo de ellas. Cuanto más atención les prestamos y más nos llenan, más eficazmente mostramos nuestro reconocimiento. Y, en el extremo opuesto, por más que verbalmente las alabáramos, si de hecho no las atendiéramos y empleáramos tiempo en contemplarlas y enriquecernos y alegrarnos con ellas, no las apreciaríamos ni estaríamos agradecidos a su autor.

Pues bien, el niño asimila todo lo que recibe, que, como acabamos de recordar y cualquiera puede advertir, es la mejor expresión de gratitud: lo aprecia de tal modo y hasta tal punto, que no duda en hacerlo suyo, lo asimila; y se desarrolla realmente deprisa, aunque no siempre lo percibamos. El crecimiento

es su manera fundamental de dar, porque le está capacitando para entregarse luego a los demás con todo su ser, convenientemente enriquecido. Para eso despliega todas las dimensiones de su persona.

Muchos padres son conscientes de que la etapa infantil es importantísima para sus hijos; y también para ellos; a veces comentan: "el exceso de ocupaciones me está haciendo perder la ocasión —que sé irrepetible— de ver crecer a mi hijo: me da pena".[12]

12 Trataremos en otros escritos los beneficios que el embarazo, la lactancia, la maternidad y la paternidad suponen para la madre y el padre, también desde el punto de vista biológico y neuronal. El lector interesado encontrará abundante información, expuesta además con amenidad, en ELLISON, Katherine: *The Mommy Brain: How Motherhood Makes Us Smarter*. New York: Basic Books, 2005, 279 pp.; tr. cast.: *El cerebro de mama: Cómo la maternidad estimula la inteligencia*. Barcelona: Destino 2007, 353 pp. Solo a modo de ejemplo: «En recientes estudios descritos en el Capítulo 3 se da a entender que, tal y como siempre se había sospechado, las madres están mejor preparadas para responder a las necesidades de sus hijos. Aun así, los beneficios que representa la maternidad no se limitan al cerebro de la madre. Los padres, las personas que se dedican habitualmente al cuidado de niños y los altruistas cotidianos también se benefician del contacto estrecho con los más pequeños». ELLISON, Katherine: *The Mommy Brain*…, *cit.*, p. 11; tr. cast., p. 24.

LO AUTÉNTICO FEMENINO Y LA CULTURA DE LA VIDA[1]

Profesora Dalia Santa Cruz Vera

Resumen

A partir del pensamiento de Juan Pablo II sobre la vocación y dignidad de la mujer, el artículo plantea algunas reflexiones sobre aquello que constituye lo "auténtico femenino" y sobre el aporte específico que las mujeres están llamadas a realizar dentro de la creación de una verdadera cultura de la vida y de la familia. En un inicio se evidencian las "luces y sombras", los aspectos positivos y negativos, en torno a la comprensión de la mujer y a su auténtica promoción en la sociedad actual. A este respecto, se resaltan las perniciosas consecuencias que a nivel cultural lleva consigo la difusión de la llamada *ideología de género*. Como una manera de hacer frente a la confusión antropológica derivada de este tipo de pensamiento, se propone profundizar en aquellas cualidades que caracterizan el ser y vocación de la mujer: ese *vivir para el otro* y *gracias al otro*, del que ella es *signo privilegiado* por su especial sintonía con los valores de la vida.

Palabras clave

Genio femenino, ideología de género, cultura de la vida.

Introducción

Este trabajo quiere rendir un pequeño homenaje a la ingente labor realizada por Juan Pablo II a lo largo de sus veintisiete años de Pontificado en favor de la vida y de la dignidad de la persona humana. En este año en que la Iglesia reconoce públicamente la santidad de este magno Pontífice, queremos unirnos a esta celebración agradeciendo a Dios el don de su vida y de sus enseñanzas e intentando, de alguna manera, dar a conocer sus agudas intuiciones sobre lo que él llamaba "el genio femenino", es decir, la esencia y misión de la mujer.

Con Juan Pablo II podemos afirmar que la mujer, en toda la riqueza de sus valores específicos, tiene mucho que aportar a la comprensión de la persona

1 Artículo publicado en Revista Berit Internacional n° 12. Diciembre 2011.

y del mundo. La corrupción de la sociedad inicia cuando se corrompen el matrimonio y la familia; y la corrupción de éstos, cuando el hombre y la mujer no alcanzan a comprenderse a sí mismos. Sin embargo, la familia y la sociedad renacen allí donde la mujer está presente como mujer, es decir, con su específica capacidad de *darse*.

Los documentos que inspiran estas reflexiones son las catequesis de los miércoles sobre la *Teología del Cuerpo*[2] y la Exhortación apostólica *Mulieris dignitatem*, sobre la vocación y dignidad de la mujer[3].

I. "Luces y sombras" sobre la comprensión de la mujer y su dignidad en la sociedad actual

Nos parece oportuno, para iniciar nuestras reflexiones, dirigir una mirada a la sociedad para descubrir cómo se concibe en ella lo específico femenino. En un acercamiento rápido podemos evidenciar "luces y sombras", signos positivos y negativos, en lo que se refiere a la comprensión de la mujer y a su auténtica promoción.

Entre los *signos positivos* podemos ver que existe una mayor conciencia de la idéntica dignidad del hombre y de la mujer, así como el reconocimiento –por lo menos teórico- de los mismos derechos fundamentales; una participación más amplia de la mujer en las diversas profesiones; una presencia cada vez más significativa en el mundo intelectual, científico y político; una sensibilidad mayor a sus necesidades y prerrogativas en las relaciones familiares y afectivas, etc.

Muchos de estos logros se deben a la lucha iniciada por los *movimientos feministas de equidad*, que buscaban la igualdad de oportunidades y derechos entre hombres y mujeres. A este respecto, en su *Carta a las mujeres*, Juan Pablo II muestra su gratitud y admiración hacia aquellas mujeres que han conseguido, en medio de no pocas dificultades e injusticias, "la conquista de fundamentales derechos sociales, económicos y políticos"[4] de los que hoy la humanidad entera es deudora.

2 Estas catequesis han sido recogidas en el libro: Juan Pablo II, Hombre y mujer lo creó. El amor humano en el plano divino, Ediciones Cristiandad, Madrid 2000.

3 Juan Pablo II, Mulieris dignitatem, 15 de agosto de 1988.

4 Juan Pablo II, Carta a las mujeres, 29 de junio de 1995, nº 6.

Sin embargo, pueden observarse todavía muchas "sombras" en el reconocimiento de la dignidad de la mujer, las graves ofensas que se cometen contra ella delatan la pobreza moral y cultural de muchos pueblos.

Por una parte, como producto de una mentalidad hedonista y utilitarista, está la tendencia a tratar a la mujer como objeto sexual de consumo al servicio de intereses egoístas y mezquinos. Signo evidente de esta mentalidad es el desprecio por la mujer manifestado en la pornografía, el fomento de la prostitución, las diversas formas de violencia sexual, el maltrato doméstico y la discriminación en todas sus formas. Frutos también de la incomprensión de la condición femenina son el abandono y la indiferencia ante situaciones particularmente difíciles por las que algunas de ellas atraviesan, como son: las madres solteras, las mujeres abandonadas o divorciadas, etc.

Por otro lado, y como un signo de preocupación, ciertas corrientes feministas han ido imponiendo una inadecuada concepción de la mujer. Subrayando la subordinación que ha sufrido la mujer por parte del varón a lo largo de la historia, fomentan la lucha y la rivalidad entre los sexos, la asunción de actitudes masculinizantes por parte de la mujer como una manera para conseguir y mantener los mismos derechos y oportunidades que el hombre. En la misma línea, se priorizan los triunfos de la mujer en el ámbito profesional hasta el extremo de descuidar o minusvalorar la atención a la familia, como si este último fuera un signo de debilidad, de falta de perspectiva y de aspiraciones. Como vemos, es una concepción peligrosa, pues propone una realización de la mujer en la renuncia a su originalidad femenina, con el riesgo de que por este camino la mujer nunca llegue a encontrar su plenitud y pueda sin embargo deformar y perder lo que constituye su riqueza esencial[5].

En continuidad con este tipo de pensamiento surge la llamada *ideología de género*. Es un tipo de feminismo radical que, para eliminar la supremacía de un sexo sobre el otro, propone la cancelación de las diferencias naturales entre el hombre y la mujer. Esta ideología parte de una antropología dualista e individualista que intenta separar en el ser humano su dimensión corpórea de su dimensión psico-espiritual[6]. Defiende que el género es una construcción social, fruto de la cultura o de la intención del individuo, independiente del

5 Cf. Juan Pablo II, Mulieris dignitatem, nº 10.

6 Cfr. Lacalle Noriega, María "La «deconstrucción» de la sociedad a través de la legislación", en AA.VV., Mujer y varón ¿Misterio o autoconstrucción?, Madrid 2008, pp. 237.

sexo biológico. Se afirma que las diferencias entre el varón y la mujer –salvo las biológicas- no responden a su naturaleza sexuada, sino que son *roles socialmente construidos*[7], impuestos por una sociedad patriarcal con el fin de mantener sometida a la mujer.

Al parecer, la meta definitiva de la revolución feminista no es simplemente acabar con el privilegio masculino, sino con la distinción misma de los sexos[8]. Por ello, se sostiene también que no existen dos sexos, sino muchas *orientaciones sexuales:* heterosexual, homosexual, lesbiana, bisexual, transexual y neutro o indiferenciado; que el ser humano nace sexualmente neutro y que puede elegir la orientación sexual que desee.

Para los defensores de esta ideología toda diferencia es dañina en cuanto crea discriminación y, por ello, debe ser abolida. Por eso le declaran la guerra a la naturaleza y a las opciones propias de la mujer: ser esposa y madre. Consideran que el matrimonio tradicional y sobre todo la maternidad son la causa de la subyugación de la mujer por parte del varón y un obstáculo para su plena realización.

Estamos ante una verdadera revolución cultural, ante auténticas estrategias pensadas y organizadas a nivel internacional, y no frente a simples teorías. Los promotores de esta ideología hacen presencia en las grandes conferencias de la ONU[9] e influyen en la elaboración de los documentos finales de las mismas, que luego servirán de marco para la elaboración de políticas públicas en los diferentes países.

Su objetivo es la "deconstrucción de la sociedad" –como ellos mismos afirman-, destruyendo sus instituciones fundamentales: matrimonio y familia. Su estrategia consiste en introducir la llamada "perspectiva de género" –sus

7 Término acuñado por primera vez en los documentos de la IV Conferencia internacional sobre la mujer en Pekín, 1995.

8 Cf. Alzamora, Óscar "Ideología de género: sus peligros y alcance", en Pontificio Consejo para la Familia, Lexicón, Madrid 2004, p. 579.

9 Son notorias por su posterior influjo la Conferencia Internacional sobre Población, en El Cairo (1994) y la IV Conferencia Internacional sobre la Mujer, en Pekín (1995).

afirmaciones, definiciones y pensamiento- en los programas sociales de los países: sanitario, educativo, laboral, cultural, etc.[10]

En la práctica, la ideología de género sustenta una difusión de comportamientos contrarios a la maternidad, la vida y la familia. En el marco de las políticas públicas promueve la distribución de anticonceptivos, la legalización de la esterilización y del aborto. Así mismo, promueve la equiparación jurídica de la unión de personas del mismo sexo al matrimonio, incluyendo el derecho a la adopción de niños. En materia educativa, organizan estrategias de intervención en los textos escolares para eliminar los "estereotipos" hombre y mujer; así mismo, a través de la llamada "educación sexual", promueven en los adolescentes la precocidad en el inicio de las relaciones sexuales; en la misma línea, a los estudiantes de bachillerato se reparten condones y anticonceptivos con el fin de que sean utilizados en sus relaciones sexuales, etc.

Como puede apreciarse, las consecuencias de esta ideología son gravemente perniciosas para la sociedad. Aunque afirme que trabaja por la "liberación" de la mujer, en realidad no le interesa su auténtica promoción: la "causa de la mujer" es sólo el pretexto para promover conductas contrarias al *bien* de la persona -varón y mujer-, de la familia y de la vida.

II. Mujer: ser y misión[11].

Los múltiples inconvenientes que trae consigo una errónea comprensión de lo masculino y lo femenino, como la que desarrolla la ideología de género, por un lado nos hacen reconocer la complejidad antropológica del ser varón o ser mujer, así como las dificultades para captar el sentido profundo de dicha diferencia. Pero, por otro lado, son un reclamo para esforzarnos por individuar, en la medida de lo posible, los rasgos característicos de uno y otra.

"Varón y mujer –como sostiene Jutta Burggraf- no se diferencian en el grado de sus cualidades intelectuales y morales; pero sí en un aspecto ontológico

10 Tema ampliamente desarrollado en el trabajo ya citado de Lacalle, M., "La «deconstrucción» de la sociedad...", pp. 237 – 270.

11 Sigo para el desarrollo de este apartado el trabajo de Di Nicola, Giulia Paola y Danese, Attilio "L'orizzonte della reciprocità in familia", en: Pontifium Consilium Pro Laicis, Uomini e donne. Diversità e Reciproca Complementarità, Libreria editrice vaticana, Città del Vaticano 2005, pp. 153-174.

elemental, como es la posibilidad de ser padre o madre y en aquellas capacidades que de ello se derivan."[12]

Intentaremos exponer brevemente aquello que nos parece representa mejor lo específico femenino, haciendo notar que cada rasgo puede ser también compartido por el varón, ya que "varón y mujer son dos versiones diferentes y originales del *ser humano único*"[13].

1. Apertura hacia la persona:

Aquello que constituye el "genio femenino", como tan bellamente llamaba Juan Pablo II a la riqueza propia de la feminidad, está en directa relación con esa capacidad natural de la mujer de ser madre, con el don de la maternidad.

El proceso generativo que se desarrolla en la mujer ilumina ejemplarmente lo que significa ese *ser para el otro*, al que todo ser humano está llamado. La íntima unión -única- que se establece entre la madre y el hijo, exalta de forma especial la dimensión antropológica de la relacionalidad, de la *apertura hacia la persona*, en la que ésta encuentra su plenitud.

Jutta Burgraff, reflexionando sobre el don de la maternidad, afirma: la mujer es llamada a ser el «lugar» donde se efectúa el acto creador de Dios. El nuevo ser humano ha sido confiado antes a la mujer que al hombre. Es un privilegio extraordinario que la mujer pueda experimentar el amor creador de Dios incluso en su corporeidad[14].

Esta vocación a ser madre, estructura toda la personalidad femenina -en sus dimensiones biológica, psíquica y espiritual- dotándola de una disponibilidad interior para acoger al otro, darle un lugar, protegerlo, ayudarle a su desarrollo y crecimiento, dedicarse a él en cuerpo y alma; así mismo, cuando llega el momento propicio, permitir que empiece a vivir autónomamente.

En un hermoso fragmento de la *Mulieris dignitatem*, Juan Pablo II expresa con gran profundidad esta verdad: "La maternidad conlleva una comunión

12 Burggraf, Jutta, "El feminismo: ¿destruye la familia?", Humanitas, n° 7, 1997, p. 440.

13 Seifert, Josef, "Defender a la mujer del feminismo. Reflexiones sobre su dignidad y su perversión", Atlántida, n°13, 1993, p. 17-27.

14 Burggraf, El feminismo... cit., p. 440.

especial con el misterio de la vida que madura en el seno de la mujer". Señala a continuación sus consecuencias antropológicas: "Este modo único de contacto con el nuevo hombre que se está formando crea a su vez una actitud hacia el hombre –no sólo hacia el propio hijo, sino hacia el hombre en general- que caracteriza profundamente toda la personalidad de la mujer"[15].

De ahí que a la mujer se le haya reconocido siempre una capacidad natural para atender al hombre concreto, para descubrir a cada uno dentro de la masa; su naturaleza femenina la lleva a fomentar relaciones espontáneamente con los que están a su alrededor, especialmente si son débiles e indefensos. Por ello, se denomina también al "genio femenino" como *don de la entrega y la solidaridad*, que se traduce en una delicada sensibilidad ante los requerimientos de las otras personas.

De estas reflexiones podemos colegir lo erróneo de la ideología feminista, que considera la maternidad como una carga o una esclavitud; dicha postura es una manera muy pobre de acercarse a la realidad de la mujer. Sin duda que el proceso del embarazo y el parto llevan consigo un no pequeño esfuerzo; uno y otro no están libres de molestias, de dolor e incluso de sufrimiento. Pero todo ello es acentuado muchas veces por la falta de comprensión y por las múltiples injusticias sociales: el abandono por parte del cónyuge y de la familia, la falta de comprensión y apoyo de los más cercanos, la indiferencia e incluso la discriminación a las mujeres en esta delicada situación. Todo ello puede hacer del embarazo y la maternidad una dolorosa experiencia para la mujer, hasta el punto de desear "liberarse" de ella; pero lo descrito no es consecuencia directa de la maternidad, sino de la injusticia social. Es esto lo que se debe cambiar en la sociedad y no forzar a la mujer a renunciar a su más noble vocación.

Dentro de una sociedad que privilegia la rivalidad y la competencia entre los hombres, el individualismo y el poder de los unos sobre los otros, la mujer se presenta como aquella que vive de manera especial para el *servicio y la entrega*. Enseña así a vivir la *vocación al amor,* sin la cual el hombre no alcanzará nunca la felicidad. Es lo que expresa el Concilio en una frase de gran densidad antropológica: "El hombre, única criatura sobre la tierra querida por sí misma, no puede encontrar su plenitud sino en la entrega sincera de sí a los demás"[16].

15 Juan Pablo II, Mulieris dignitatem, nº 18.

16 Concilio Vaticano II, Constitución Pastoral Gaudium et spes, n° 24.

Si bien es cierto que la maternidad invita a la mujer a abandonar todo posible egocentrismo e individualismo, dotándola, al contrario, de una *especial capacidad de amar*, también es verdad que esta realidad se presenta como un *don* y una *tarea*. Este *existir para el otro* deja espacio a la educación. De hecho, las mujeres pueden desarrollar, en mayor o menor medida, su sentido maternal: son muchas las que están dispuestas a dar la vida por sus hijos, pero muchas también las que los abandonan e incluso les impiden nacer. Como todo en el ser humano, este rasgo femenino puede pervertirse, bloquearse o hacerse infecundo.

Claro signo de esta vocación a la entrega, grabado en el corazón de toda mujer, es el "altísimo precio" con que una madre "paga" el terminar con el pequeño ser que late en su seno. "La opinión pública actual intenta de modos diversos «anular» el mal de este pecado –nos dice el Papa hablando del aborto-; pero normalmente la *conciencia de la mujer no consigue olvidar* el haber quitado la vida a su propio hijo, porque ella no logra cancelar su disponibilidad a acoger la vida, inscrita en su «ethos» desde el «principio»."[17]

2. Primera educadora

La dimensión espiritual de la maternidad y la paternidad humanas se encarna en la educación de los hijos. Ésta reclama en primer lugar que el hombre y la mujer, desde pequeños, sean ayudados a vislumbrar el sentido de su propia humanidad, es decir, que sean ayudados a comprender que están llamados a crear relaciones interpersonales cada vez más óptimas y que sólo en esta comunión de las personas el ser humano se realiza a sí mismo.

Nos brinda luces para entender esta verdad antropológica el texto bíblico en que se narra la creación del hombre y la mujer. En el Génesis, Eva es creada por Dios y presentada a Adán como *don*; inmediatamente es reconocida por él como la *ayuda adecuada* que no había podido encontrar en los animales y las cosas, hasta exclamar lleno de estupor: "esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne" (*Gen* 2, 23). Al parecer, la *ayuda* que Eva ofrece a Adán es mostrarle, con la belleza de su alteridad, el sentido de la existencia: varón y mujer no están hechos para la soledad sino para la comunión[18].

17 Juan Pablo II, Mulieris dignitatem, n°14.

18 Esta idea es señalada por Juan Pablo II en la Mulieris dignitatem (nº 7), y desarrollada más ampliamente en sus Catequesis sobre la teología del cuerpo.

Como madre y primera educadora –escribe Juan Pablo II- la mujer tiene una innegable *precedencia específica* respecto al varón[19]. El hombre-esposo, al encontrarse "fuera" del proceso de gestación y nacimiento, recibe de la mujer no sólo el conocimiento de su propia *paternidad* sino que aprende también de ella, en muchos aspectos, sobre todo al inicio, a ser padre[20].

La educación de los hijos, si bien es tarea de ambos, es la madre quien imprime al proceso educativo un sello especial. A ella corresponde, en primer lugar, "hacerlos crecer como personas", ayudarlos a que alcancen la plenitud de su humanidad. Desempeña una misión particular en la trasmisión de los valores morales más preciados: la generosidad, el respeto, la amistad, el compañerismo, la lealtad, el aprecio por la verdad, la compasión, etc. Es ella también quien muchas veces hace la verdad asequible, dulce y tierna para los suyos.

De ahí que el Concilio dirigiera a las mujeres un apremiante llamado para que dentro de un mundo en constante cambio y donde los valores del espíritu son no pocas veces despreciados ayudasen a la humanidad a no decaer: "Velad por el porvenir de nuestra especie" - escribían -, "detened la mano del hombre que, en un momento de locura, intentase destruir la civilización humana", "sed guardianas de la pureza, del desinterés, de la piedad"[21].

A este respecto, como reconocimiento a la labor educativa de la mujer en la familia y en la sociedad, se lee en la *Carta a las mujeres*: "Normalmente el progreso se valora según las categorías científicas y técnicas, (...). Sin embargo, no es esta la única dimensión del progreso, es más, ni siquiera es la principal. Más importante es la dimensión ética y social, que afecta a las relaciones humanas y a los valores del espíritu: en esta dimensión, desarrollada a menudo sin clamor, (...) especialmente dentro de la familia, la sociedad es en gran parte deudora precisamente al «genio femenino»"[22].

3. El cuidado de la vida

Por el singular privilegio de alumbrar la vida – de acoger el hijo en su ser, de nutrirlo en su seno, de hacerlo crecer y de darlo a la vida- la mujer percibe con

19 Juan Pablo II, Mulieris dignitatem, nº 19.

20 Cfr. Ibid., nº 18.

21 Concilio Vaticano II, Mensajes del Concilio a la Humanidad: A las mujeres, 8 de diciembre de 1965.

22 Juan Pablo II, Carta a las mujeres, nº 9.

mayor facilidad la dignidad de la otra persona y el imperativo interno de amarlo y respetarlo por el solo hecho de su humanidad.

La mujer muestra con su especial *actitud hacia el hombre* que las relaciones humanas son auténticas si se está dispuesto a acoger al otro en la *desnudez* de su ser, es decir, independientemente de cualidades como salud, inteligencia, belleza, fuerza, etc[23]. Enseña que el hombre debe ser amado por lo que es, persona, y no por lo que tiene o por las habilidades que posea.

Este *cuidado de la vida* encomendado a la mujer, se evidencia en su cuerpo en la capacidad para "nutrir", "alimentar", "hacer crecer" al niño. Como actitud del alma, se manifiesta en la disposición para proteger al débil e indefenso, al necesitado de ayuda. *Cuidado de la vida* que se revela también en el *arte* para curar las heridas del cuerpo y del alma. La mujer tiene una particular capacidad de comprensión y de escucha de las necesidades de los otros; de empatía con el que sufre, pues sabe compadecer, acompañar en el sufrimiento. Está presente en los momentos más difíciles de la vida dulcificando el dolor de los hombres. Su mayor conciencia de los límites de la naturaleza humana, le permite estar al lado de los suyos especialmente en el lecho de la enfermedad y de la muerte. Ejemplos múltiples encontramos por doquier de mujeres que, siendo hermanas, esposas o hijas, no abandonan a los suyos en esos momentos preñados de tensión existencial, más bien al contrario, llenas de abnegación y amor hacen más llevadera la debilidad y consuelan en el último adiós.

Estando presentes en el misterio de la vida que comienza y acompañando la vida que termina, las mujeres enseñan no sólo el amor a cada persona humana sino que señalan la responsabilidad que todos –hombres y mujeres- tenemos de la vida de los otros si no queremos responder como Caín a la pregunta de Dios por Abel: "¿soy yo acaso el guardián de mi hermano?" (*Gen* 4, 9).

La mujer como *custodia de la vida* tiene pues una misión irrenunciable: ser portadora de paz humanizando el mundo. Este mundo caracterizado por una presencia cada vez más fuerte de la *anticultura de la muerte*, y cuyo signo más evidente es el desprecio por la vida humana, especialmente si ésta es frágil e impotente, como en el caso del niño no nacido; o si está marcada por la enfermedad, la aparente inutilidad o el paso de los años, como en el caso de las personas disminuidas física o psíquicamente, los enfermos terminales y los

23 Cfr. Juan Pablo II, Evangelium vitae, 25 de marzo de 1995, n° 99.

ancianos. La mujer tiene que aportar al mundo sus valores específicos, esta disposición suya a preocuparse del ser humano concreto y de sus necesidades inmediatas, a "cuidar de los otros" incluso hasta el heroísmo y el sacrificio de la propia vida. Si se quiere verdaderamente *reconciliar a los hombres con la vida* esta virtud femenina debe ser apreciada en toda su grandeza.

Debemos señalar también que la desviación de esta cualidad en la mujer puede llevarla a la "obsesión por el otro" hasta contradecir su propia dignidad; el lado débil de este rasgo se manifiesta también en la preocupación exagerada por los cuidados materiales de los suyos en prejuicio de la propia vocación. En el polo opuesto, está el caer en la hipersensibilidad y el sentimentalismo, confundiendo el verdadero amor con sus caricaturas. En definitiva, significaría *amar mal* queriendo *amar mucho*, amar sin la sabiduría que acompaña la virtud y produce el gozo de una vida plena. [24]

4. El valor de la comprensión y la flexibilidad

El irrumpir de una nueva vida en la corporeidad femenina, con todos los cambios que la presencia y el crecimiento del nuevo ser lleva consigo para la madre, desarrolla en ella un don particular de adaptación a lo imprevisto. El niño se presenta como aquel cuya sola presencia *rompe* con lo cotidiano, revoluciona la existencia, invita a "recomenzar la historia" con él dentro. La mujer despliega entonces una especial capacidad para acomodar la propia vida y el mundo familiar buscando *hacer espacio* a la nueva criatura, para cambiar el mundo, si fuese necesario, con el fin de convertirlo en cercano y amigable para el hijo.

Esta *flexibilidad* se manifiesta en la virtud para vivir dentro de las diversas estructuras e instituciones, adaptándose a ellas y a sus requerimientos sin mayores problemas, pero al mismo tiempo en la capacidad para superarlas cuando están en juego afectos o valores irrenunciables. En otras palabras, en la disposición para romper las normas o hacer excepciones a las mismas si éstas no son justas o si no se acomodan del todo al bien de la persona. Es la audacia para privilegiar la persona a la ley, con el convencimiento de que "el sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado" (*Mc* 2, 27).

Por este don especial, la mujer está llamada a humanizar con su presencia las diversas estructuras de la vida social: escuela, empresa, las diversas

24 Cfr. Di Nicola, L'orizzonte della reciprocità… cit., p.166.

organizaciones privadas y públicas. Recuerda el auténtico sentido del trabajo, su *dimensión subjetiva;* ayuda a dirigir su mirada, no sólo al resultado y las consecuencias de las acciones, sino también, a las intenciones de las personas y a las circunstancias. En un mundo donde todo se mide por la eficacia y la productividad "el genio femenino" está llamado a rescatar el valor de la persona, a abrirle espacio, a caldear el frío mundo de las "relaciones justas" con la virtud de la caridad, con la conciencia de que ésta –como diría san Pablo- es *la más grande de todas* (*1Co* 13, 13).

Es significativo a este respecto lo acontecido a los santos hermanos Benito y Escolástica. Ambos, religiosos de vida monástica, se veían una vez al año para hablar de Dios y consolarse mutuamente. Llegada la hora de la despedida, al caer la tarde, Escolástica, presintiendo su pronta muerte, pide a su hermano quedarse con ella esa noche, quizá la última juntos. Benito escandalizado contesta, haciendo referencia al valor de la regla –debía regresar a Monte Cassino a rezar con su comunidad-: "pensé que comprendías mejor la obediencia". Ella, apuntando al corazón de la norma, responde con sencillez: "y yo creía, que tú comprendías mejor el amor."[25]

5. Conciencia de las propias limitaciones y virtud de la fortaleza

El ritmo biológico de la corporeidad femenina, no siempre fácil de llevar -el ciclo ovárico con sus repercusiones en el estado físico y anímico de la mujer, el proceso de gestación de la nueva vida con todos los cambios y modificaciones que conlleva para la madre, quizá el embarazo deseado desde hace tiempo y no logrado, el parto con su doble dimensión de dolor y gozo, etc. – hacen a la mujer más consciente, por un lado, de los límites propios de la naturaleza humana; por otro lado, de que estos mismos límites pueden estar cargados de fecundidad y de esperanza.

De la más acentuada conciencia de las limitaciones propias, la mujer evidencia que el ser humano no es omnipotente, que no tiene todo en sus manos; que somos interdependientes y que necesitamos unos de otros para vivir. A nivel simbólico, ello también implica un reconocimiento de que el mundo no es eterno, sino contingente, que las cosas por buenas o bellas que sean pasan, no son el fundamento de la existencia y de la felicidad. De alguna manera,

25 Cfr. S. Gregorio Magno, Diálogos, II, pp. 33 – 34, citado en Morales, Tomás, Semblanzas, II, Ediciones Encuentro, Madrid 1993, p. 95.

esta conciencia explica también por qué la mujer tiene un fuerte sentido de lo religioso, por qué le es más inmediata y frecuente la relación con Dios.[26]

La mujer es también *signo visible* del claroscuro que va unido al sufrimiento. Testimonia que el dolor puede ser anuncio de vida; el sufrimiento, de inmenso gozo; la muerte, de resurrección. Confirma que existe un vínculo estrecho entre sacrificio y amor. Por ello se le reconoce a la mujer un especial desarrollo de la fortaleza, virtud cuyo acto principal consiste en *resistir*[27], en sufrir pacientemente el mal cuando no se le puede combatir, con tal de no cejar en la realización del bien. No es extraño, entonces, que fueran precisamente las mujeres quienes siguieron a Jesús a la Cruz y permanecieron junto a Él hasta la muerte, mientras que todos los apóstoles - a excepción de Juan - huyeron por miedo al peligro.

Ejemplos de esta peculiar fortaleza de la mujer son innumerables en la historia de la humanidad: desde el abnegado sacrificio diario por el bien de los seres amados hasta la pronta disposición para entregar la vida, si fuera necesario, para salvar a los suyos o no renegar de sus creencias. Son ellas muchas veces las que sostienen a los hombres en las empresas difíciles, las que los animan a no claudicar ante el mal, las que los ayudan a mantenerse firmes en la fe cuando ésta demanda grandes sacrificios.

En un mundo que fomenta por doquier el hedonismo, el facilismo y la comodidad, y que huye, por el contrario, de todo aquello que pueda significar esfuerzo, dolor y sufrimiento, se hace necesaria la misión de la mujer como aquella que atestigua que el dolor y el sufrimiento – inevitablemente unidos a la existencia humana - tienen también un *rostro positivo*[28]. Ellos, si se saben aceptar y vivir adecuadamente, son anuncio de madurez y, por tanto, de realización; recuerdan al hombre la humildad de su condición humana, pero a la vez lo invitan a descubrir su sentido, abriéndolo a la trascendencia.

En una sociedad donde la práctica del bien y la verdad no son siempre fáciles, en que se promueven no pocas veces el vicio y la mentira, es imprescindible que la *fortaleza femenina* enseñe a *resistir al mal* –incluso arriesgando la propia

26 Cfr. Di Nicola, L'orizzonte della reciprocità… cit., p. 162.

27 Cfr. Pieper, Josef, Las virtudes fundamentales, Rialp, 8ª ed., Madrid 2003, p. 200-203.

28 Cfr. Di Nicola, L'orizzonte della reciprocità… cit., p. 171.

vida- con el fin de perseverar en la adhesión al *bien*; adhesión al bien en el que consiste la verdadera dignidad de la persona.

La desviación de este rasgo femenino puede manifestarse en la tendencia a sentirse víctima, a exaltar el propio sacrificio delante de los demás, a buscar ser el centro de la atención de los otros. Así mismo, la exagerada conciencia de las propias limitaciones puede generar una actitud de conformismo y pasividad, de renuncia a la lucha por superarlas, a relegar en los otros las propias responsabilidades sociales.

Conclusiones

Las reflexiones que hasta aquí hemos desarrollado sobre la mujer nos permiten comprender que aquello que constituye el "genio femenino" es su particular capacidad de amar, de "vivir para el otro y gracias al otro"[29]. Esta es la vocación fundamental de todo ser humano de la que la mujer, por su sintonía especial con los valores de la vida, se constituye en *signo privilegiado*.

De lo anterior se desprende su insustituible *misión*: recordar al hombre –varón y mujer- en qué consiste ser persona, haciendo presente en el mundo los valores más específicamente humanos. Le corresponde, de manera especial, contribuir a la construcción de una *cultura de la vida y de la solidaridad* que convierta en más justa cada vez la sociedad. En ésta cada ser humano podrá ser acogido, cada uno será importante, a cada quien se le permitirá aportar aquella novedad que le es única y que enriquecerá al mundo. En definitiva, cada persona –débil o fuerte, sana o enferma, pobre o rica- será valorada y respetada en razón de su dignidad.

Y es que, la humanización del mundo y la mejora de la sociedad no se lograrán jamás por el camino del enfrentamiento o la lucha entre el hombre y la mujer; tampoco en la renuncia a aquellos valores específicos de uno y otra. Todo lo contrario, la sociedad renacerá si el hombre y la mujer comprenden que están hechos el uno para el otro y que la *diferencia* inscrita en su ser los abre a la *complementariedad* más enriquecedora; si uno y otra deciden trabajar juntos aportando al mundo lo que les es propio.

29 Congregación para la Doctrina de la Fe, Colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y el mundo, 31 de mayo de 2004, nº 14.

Se evidencia también la importante misión de la familia y de las instituciones educativas: ayudar a los jóvenes a conocerse a sí mismos, a mirar de frente a los grandes retos que la sociedad, permeada muchas veces de un confusionismo antropológico nocivo, les depara.

El futuro de la humanidad pasa por la familia, repetía constantemente Juan Pablo II. El futuro de la familia depende de que hombre y mujer se acepten a sí mismos en la complejidad de su ser y sean capaces de asumir su misión específica en la Iglesia y en el mundo. Varón y mujer se comprenderán mejor a sí mismos en la medida en que estén dispuestos a vivir siendo don permanente para los demás; si aprenden a contemplar a la Mujer del Evangelio, a "la llena de Gracia": a María, aquella en quien la humanidad ha alcanzado ya su plenitud.

Bibliografía:

Alzamora, Óscar "Ideología de género: sus peligros y alcance", en Pontificio Consejo para la Familia, Lexicón, Madrid 2004.

Burggraf, Jutta, "El feminismo: ¿destruye la familia?", Humanitas, n°7, 1997.

Concilio Vaticano II, Constitución Pastoral Gaudium et spes sobre la Iglesia en el mundo actual, 7 de diciembre de 1965.

Concilio Vaticano II, Mensajes del Concilio a la Humanidad: A las mujeres, 8 de diciembre de 1965.

Congregación para la Doctrina de la Fe, Colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y el mundo, 31 de mayo de 2004.

Di Nicola, Giulia Paola y Danese, Attilio "L'orizzonte della reciprocità in familia", en: Pontififium Consilium Pro Laicis, Uomini e donne. Diversità e Reciproca Complementarità, Libreria editrice vaticana, Città del Vaticano 2005.

Juan Pablo II, Mulieris dignitatem, 15 de agosto de 1988.

Juan Pablo II, Evangelium vitae, 25 de marzo de 1995.

Juan Pablo II, Carta a las mujeres, 29 de junio de 1995.

Juan Pablo II, Hombre y mujer lo creó. El amor humano en el plano divino, Ediciones Cristiandad, Madrid 2000.

Lacalle Noriega, María “La «deconstrucción» de la sociedad a través de la legislación”, en AA.VV., Mujer y varón ¿Misterio o autoconstrucción?, Universidad Francisco de Vitoria, Madrid 2008.

Morales, Tomás, Semblanzas, II, Ediciones Encuentro, Madrid 1993.

Pieper, Josef, Las virtudes fundamentales, Rialp, 8ª ed., Madrid 2003.

Seifert, Josef, “Defender a la mujer del feminismo. Reflexiones sobre su dignidad y su perversión”, Atlántida, n°13, 1993, p. 17-27.

LA PASTORAL FAMILIAR Y LA PATERNIDAD RESPONSABLE[1]

Pbro. Álvaro Toro Escobar

1. La pastoral familiar

La Pastoral Familiar, en sus diversas etapas, es el contexto adecuado en el cual se puede realizar una pastoral específica de la paternidad responsable (Cfr. Puebla, n.606). La Pastoral Familiar no se reduce a la pastoral matrimonial, pero ésta sí constituye uno de sus pilares fundamentales. A la luz de la razón reconoce el valor insustituible de la relación conyugal como centro de la red de relaciones familiares. Y a la luz de la fe proclama el valor del sacramento del matrimonio como eje clave de la familia cristiana, pequeña Iglesia Doméstica. Sin desconocer la dolorosa realidad de tantas familias que en el continente se constituyen no sólo sin sacramento sino también sin relación conyugal (Puebla, 578,607-608), sin ignorar los valores humanos y cristianos que en ellas puedan darse, la pastoral familiar se esfuerza en promover la formación de familias completas por medio de una preparación remota, próxima e inmediata, apuntando a parejas unidas por matrimonio sacramental.

La conyugalidad responsable es el cimiento más firme que pueda ponerse a la paternidad responsable.

1.1 Pastoral específica de la paternidad responsable

La presencia de la Iglesia en la formación de los esposos para vivir su vocación conyugal y paterna es no sólo conveniente sino necesaria; no sólo necesaria sino también irreemplazable. La familia cristiana tiene una misión irreemplazable en la sociedad y en la Iglesia.

> “El futuro de la humanidad se fragua en la familia” (F.C. 86). El tiempo presente, debe preocuparse por suscitar convicciones y ofrecer ayudas concretas a quienes desean vivir la paternidad y la maternidad de modo verdaderamente responsable”.

La tarea de la formación de los esposos para el ejercicio responsable de la paternidad y la maternidad es por naturaleza compleja. Y esta complejidad se acrecienta a causa de las condiciones adversas (culturales, sociales, económicas

1 Artículo publicado en Revista Berit Internacional n° 12, diciembre 2011

y psicológicas) en las cuales los esposos cristianos deben cumplir su misión de padres. Se requiere el concurso armónico de todos los sectores de la acción pastoral de la Iglesia para lograr crear un ambiente propicio para que se den las condiciones humanas requeridas para que la familia pueda crecer y desplegar sus dina-mismos naturales.

> "El Concilio, refiriéndose al deber de enseñar propio de los Obispos, dice: "Enseñen consiguientemente hasta qué punto, según la doctrina de la Iglesia, haya de ser estimada la persona humana, con su libertad y la vida misma del cuerpo; la familia y su unidad y estabilidad y la procreación y la educación de la prole" (C.D#12 Decreto sobre la función Pastoral de los Obispos). Y el Papa Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica Familiaris Consortio (n.35): "... la comunidad eclesial, en el tiempo presente, debe preocuparse por suscitar convicciones y ofrecer ayudas concretas a quienes desean vivir la paternidad y la maternidad de modo verdaderamente responsable".
>
> "Educar preferentemente a los esposos para una paternidad responsable que los capacite no sólo para una honesta regulación de la fecundidad y para incrementar el gozo de su complementariedad, sino también para hacerles buenos formadores de sus hijos"(Puebla 609). "Proporcionar a las familias, ante las campañas natalistas de origen gubernamental o promovidas desde otros países, suficientes conocimientos sobre los múltiples efectos negativos de las técnicas imperantes en las filosofías neomaltusianas y proceder a aplicar integralmente las normas éticas clara y repetidamente anunciadas por el magisterio" (Puebla, 610).

La Encíclica Humanae Vitae (N.10) no da propiamente una definición de paternidad responsable; pero señala los criterios que sirven para determinar cuándo la decisión de procrear o no procrear ha sido correcta moralmente y cuándo la decisión sobre los medios para llevar a cabo esa decisión está de acuerdo con las exigencias morales (N.11).

Estos criterios son:

- conocimiento y respeto de los procesos biológicos;
- dominio de la razón y de la voluntad sobre las tendencias instintivas y pasionales;

- deliberación ponderada acerca de las circunstancias (físicas, psicológicas, económicas y sociales) antes de decidir engendrar una nueva vida;

- respeto del orden moral objetivo establecido por Dios (deberes para con Dios, consigo mismos, con la familia y con la sociedad).

1.2 Metas en la pastoral familiar:

1. Amplio conocimiento de los principios doctrinales, unificación de criterios entre los agentes, posición clara de la Iglesia frente a los recursos de las agencias de ayuda en especial las auspiciadas por distintos gobiernos".

2. Educación sexual para adolescentes, jóvenes y parejas. Capacitación a los padres para que eduquen sexualmente a los hijos.

3. Formación de agentes religiosos y especialmente laicos en PFN, con servicios fundamentados doctrinal y científicamente, con fácil acceso para la población.

4. Combinar los servicios prestados por la Iglesia con servicios de entidades no confesionales.

5. Difusión de la PFN en las Universidades Católicas, en especial en las facultades de Medicina y Enfermería. Que las diferentes escuelas de Planificación Familiar Natural trabajen coordinadamente.

2. Proyecto pastoral.

2.1 Objetivos

Establecer en cada diócesis de América Latina un programa de educación para la paternidad responsable, que cumpla las siguientes finalidades:

a. Formación doctrinal y espiritual y capacitación adecuada de los agentes educadores tanto en el campo de la procreación responsable como de la misión educadora de los padres.

b. Administración de los centros de servicio y búsqueda de recursos para asegurar su calidad y expansión.

c. Formación de la opinión pública en favor de una mentalidad cristiana en relación con la sexualidad humana y la paternidad responsable.

d. Contribución al progreso de la investigación científica, en la medida que sea posible desde los centros de servicio.

2.2 Principios orientadores

a. La pastoral específica en relación con el ejercicio responsable de la paternidad debe realizarse en un contexto integral de evangelización, de tal forma que el mensaje humanizante del Evangelio, tal como nos lo entrega la Iglesia, siempre esté presente en todas las actividades. En este contexto evangelizador nuestros servicios estarán abiertos a todos quienes acudan a buscarlos.

b. Tenemos el derecho y el deber de entregar el mensaje completo, sin mutilarlo ni soslayarlo. Este no ha debe ser reducido a un código de normas prohibitivas sino como un mensaje salvador al servicio del ser humano y de la sociedad. La mejor manera de transmitirlo es proclamándolo como una convicción personal por medio de nuestros testimonios de vida.

c. La familia constituye la célula fundamental de la sociedad, a quien Dios le ha entregado la misión de servir a la vida humana, protegiéndola desde el momento mismo de la concepción y ofreciéndole durante todas las etapas de su existencia un marco adecuado para que en ella se desarrolle cada vida humana y cumpla su misión. Nuestros programas educativos buscarán siempre no sólo la defensa integral de la vida humana sino también la promoción de la familia completa.

d. En la familia la relación de varón-mujer unidos por el verdadero amor conyugal es de fundamental importancia, núcleo de la comunidad familiar y base del ejercicio de la paternidad. El sacramento del matrimonio es un don de Cristo que debe ser comprendido, preparado y vivido como un compromiso que vincula a los miembros de la pareja entre sí y a ambos con el Señor en la comunidad de la Iglesia. Nuestros programas educativos deben revalorizar el significado humano y cristiano de la institución matrimonial y del sacramento.

e. La sexualidad humana es un don de Dios y exige que cada persona la aprecie y la administre con responsabilidad. Cada ser humano, como ser sexuado está llamado a crecer y desarrollarse continuamente en su personalidad y en su carácter no sólo como individuo, sino también como miembro de una comunidad. Cada cual requiere educarse para integrar los diversos aspectos de su sexualidad para vivirla progresivamente de acuerdo con su etapa de desarrollo y su estado de vida y en armonía con su dignidad de ser humano y de hijo de Dios. Esta educación debe incluir el desarrollo de la capacidad del autocontrol y la valoración de la virtud de la castidad. Nuestros programas educativos integrarán esta visión con los demás elementos necesarios para impartir esta educación sexual.

f. El matrimonio es el ambiente previsto por Dios para que varón y mujer cumplan su misión de transmitir la vida y llevarla a su pleno desarrollo, mediante el ejercicio responsable de la paternidad y de la maternidad. Corresponde a los esposos decidir cuántos hijos pueden procrear y educar y en qué momentos es más conveniente llamarlos a la vida. Ambos esposos son corresponsables en esta decisión y en todas las consecuencias que de ella emanan. Pero ellos necesitan formarse su conciencia de acuerdo con principios objetivos que respeten la naturaleza de la persona humana y su dignidad, la naturaleza del acto conyugal y la misión de la familia como servidora de la vida. Por tanto:

* En nuestros programas de planificación familiar se buscará la formación de la conciencia de los esposos para que sean ellos quienes tomen sus propias decisiones en lo que se refiere al número y espaciamiento de los hijos. Se les informará en forma objetiva, con serias bases científicas, sobre los diversos métodos que se emplean para regular la natalidad, sus efectos y su calificación moral. Se les ofrecerá la alternativa humanizante de la planificación familiar mediante los métodos naturales (también llamados métodos diagnósticos) de acuerdo con las orientaciones de la Iglesia. Nuestros programas se esmerarán en revalorizar el significado de la continencia periódica y sus positivos efectos en el crecimiento de la pareja, cuando es asumida y vivida por ambos en el amor y en el afecto comunicado en formas múltiples en su vida diaria. Nuestros programas se abstendrán de ofrecer métodos artificiales de limitación de los nacimientos.

** En nuestros programas de formación de los padres para el ejercicio responsable de su misión educadora se les insistirá en que ellos por naturaleza son los primeros educadores de sus hijos y se les ayudará a cumplir este deber y a defender este derecho Particularmente se insistirá en la misión evangelizadora de los padres y en el deber que tienen de participar en la educación sexual de sus hijos y vigilar que la educación que se les imparte en las escuelas esté de acuerdo con los principios cristianos.

g. El matrimonio y la paternidad no se improvisan. Por eso nuestros programas tendrán en cuenta estos componentes educativos en la educación sexual y en la preparación al matrimonio.

h. La pedagogía para preparar a los esposos para el ejercicio responsable de la paternidad requiere una base ascética que los disponga para los esfuerzos y los sacrificios que son inherentes a esta misión. Sólo en estas condiciones puede florecer el amor conyugal y paternal. (Cfr. FC.34).

i. Los deberes que emanan del hecho de la procreación son deberes naturales de los cuales las personas no pueden evadirse en conciencia. Las leyes civiles que regulan el ejercicio de estos deberes (como el deber de reconocer a los hijos, el de cuidar de su mantenimiento, salud y educación, etc.) obligan en conciencia. Quien esté incapacitado para cumplir estos deberes por sí mismo está obligado en conciencia a permitir que el Estado o la Iglesia, por medio de instituciones, centros de servicio, casas de adopción, etc. custodien los derechos de los niños. El abandono de los niños es un crimen, aún en el caso de que las leyes civiles no lo penalicen. Nuestros programas, especialmente los de pastoral social, cuidarán de que se eduque a la población para lograr que disminuya lo más posible el abandono infantil en todas sus formas.

Todo esto debe ser animado por el envío misionero de la conferencia General del Episcopado latinoamericano y del Caribe, es decir en Aparecida. Que dentro de la tercera parte llamada “LA VIDA DE JESUCRISTO PARA NUESTROS PUEBLOS” en su numeral 9.6 nos da las orientaciones para volver a una paternidad responsable del Varón y unas líneas de acción, como son:

a. “Revisar los contenidos de las diversas catequesis preparatorias a todos los sacramentos.

b. Profundizar, en las instancias Pastorales pertinentes, el rol específico que le cabe al varón en la construcción de la familia.

c. Promover, en todos los ámbitos de la educación católica el papel del varón en la vida matrimonial, en el ejercicio de la paternidad y en la educación de la fe de sus hijos.

d. Desarrollar, en las universidades católicas, la investigación y reflexión necesaria que permita conocer la situación actual del mundo de los varones, las consecuencias del impacto de los actuales modelos culturales en su identidad y misión y pistas que puedan colaborar en el diseño de orientaciones pastorales.

e. Denunciar una mentalidad neoliberal que no descubre en el padre de familia más que un instrumento de producción y ganancia, relegándole incluso en la familia a un papel de mero proveedor.

f. Favorecer, en la vida de la Iglesia, la activa participación de los varones, generando y promoviendo espacios y servicios en los campos señalados.” (Aparecida Nº 463).

Bibliografia

Concilio vaticano II

Constitución *sobre la Iglesia en el mundo actual.*

Decreto *sobre la función Pastoral de los Obispos.*

Catecismo de la Iglesia católica

Juan Pablo II. *Hombre y Mujer lo creó, El Amor Humano en el plan Divino,* Cristiandad, Palabra, Madrid, 2000.

Exhortación Apostólica, Familiaris Consortio, San Pablo, Roma, 1981.

III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Puebla-México, Trípode, Caracas-Venezuela, 1979.

V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Aparecida, Brasil, Paulinas, Bogotá-Colombia, 2007.

SCOLA Angelo. *Hombre y Mujer. El misterio Nupcial,* Encuentro, Madrid, 2001.

ROS CODOÑER, Javier. *La Familia. 150 preguntas y respuestas*. Manuales Universidad Católica de valencia-España, 2009.